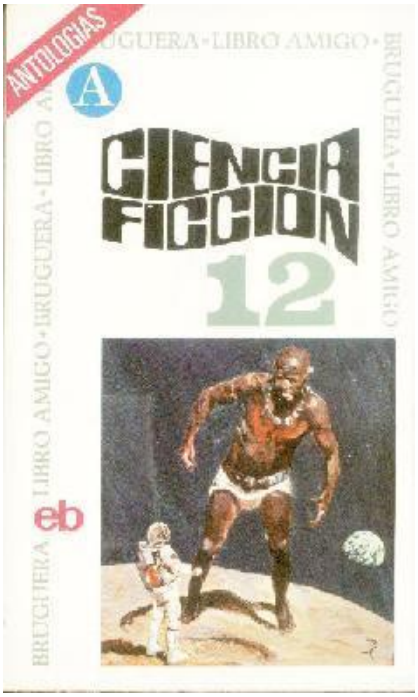
Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Ciencia Ficción 12

Carlo Frabetti

(Recopilador)

Título Original: *Ciencia Ficción. Duodécima Selección.*



Contenido

Keith Laumer • *ÉRASE UNA VEZ UN GIGANTE...*
J. T. McIntosh • *SACRIFICIO HUMANOIDE*
Leo P. Kelley • *MONEDAS*
Gilbert Thomas • *BUTTERFLY DE QUINCE AÑOS*
Stephen Becker • *EL NUEVO ENCICLOPEDISTA*
Edward Wellen • *EL LIBRO DE ELÍAS*
Harry Harrison • *SUCEDIÓ EN EL SÓTANO*
James G. Ballard • *¡CLAMA ESPERANZA, CLAMA FURIA!*
Ron Goulart • *EL HOMBRE MECÁNICO*
Stephen Barr • *EL MAESTRO DE ALTAMIRA*

PRESENTACIÓN

SF Y PSICOLOGÍA

Cuando el autor británico James G. Ballard propugnó la necesidad para que la SF se ocupara menos del espacio exterior y más del «espacio interior» del hombre, e incorporó a su singular narrativa diversos conceptos freudianos, así como la teoría del inconsciente colectivo y los arquetipos de Jung, se dijo que la SF había descubierto la psicología.

Sin embargo, aunque no de una forma tan deliberada y explícita como en el caso de Ballard, la SF casi siempre ha conllevado una importante preocupación psicológica. Y eso, a pesar del hecho que a menudo —como gustan de repetir los detractores del género— sus personajes carecen de «auténtica dimensión humana».

La explicación de esta paradoja estriba, por una parte, en que la SF es, en gran medida, una literatura simbólica, y, por otra, en su básica preocupación por los efectos que en el hombre y la sociedad pueda causar el progreso tecnológico, preocupación que implica necesariamente consideraciones psicosociológicas generales, independientemente del hecho que los personajes estén más o menos individualizados.

Érase una vez un Gigante *constituye una clara muestra del contenido psicológico-simbólico de buena parte de la SF: el virtuoso y olímpico gigante representa sin duda al padre arquetípico, mientras que el relato en sí mismo expresa de forma inequívoca el drama edípico.*

Sacrificio Humanoide *—cuyo protagonista «psicoanaliza» a las computadoras más que repararlas— representa la otra vertiente psicológica de la SF, es decir, la que deriva del análisis de la relación dialéctica hombre-máquina.*

Análogamente, Monedas *lleva a sus últimas consecuencias el tema frommiano del «miedo a la libertad», mientras que* Butterfly de Quince Años *es una irónica disquisición sobre las consecuencias del control a distancia de la mente humana. Por no hablar del delicioso cortísimo de la serie* El Nuevo Enciclopedista*, donde asistimos a un hábil golpe de estado estrictamente basado en la psicología de masas.*

Caso aparte es el de Clama, Esperanza; Clama, Furia*, del citado Ballard, cuya preocupación psicológica, totalmente deliberada, se plasma en imágenes de una belleza y una sugestión difíciles de igualar, imágenes hechas de la inestable materia de los sueños, en un mundo donde la nostalgia es un paisaje ondulado y la soledad un barco que navega por la arena.*

CARLO FRABETTI

ERASE UNA VEZ UN GIGANTE

KEITH LAUMER

Un comentarista freudiano calificaría de edípico a este relato: el abnegado y protector gigante es el padre simbólico al que el protagonista necesita destruir, para luego mitificarlo a través del arrepentimiento.

Érase una vez un Gigante*..., que vivía solo con sus recuerdos en un mundo lejano, abrupto y helado. Pero un día, unos enanitos codiciosos llamados hombres...*

* * *

A un millón de kilómetros de distancia, Vangard era una esfera de hierro fundido gris, con un arco de luz amarilla por el lado que miraba al sol y negro como el carbón por el otro, y una ancha franja de rojo herrumbroso en la línea divisoria. Las cordilleras parecían torcidos cabellos negros irradiando del blanco resplandor de los polos, extendiéndose, con pequeñas sierras que las cruzaban, y que formaban un enrejado a lo largo del planeta, como la palma de la mano de un viejo. Era un mundo de roca, no macizo, pero sí grande, con una superficie dos veces mayor que la de la Tierra. Vi cómo la imagen de la pantalla se agrandaba, hasta que pude superponerla a las líneas de la carta de navegación. Entonces rompí el sello de mi haz luminoso de uranio y llamé:

—¡Rey tío 629 llamando a CQ! ¡Tengo problemas! Estoy realizando un acercamiento de emergencia a R-7985-23-D, y no tiene buen aspecto. Mi ruta es 093 más 15, a las 19.08. ¡Atención! Espero instrucciones, ¡y de prisa! ¡Retransmitan todas las estaciones!

Puse en marcha la sirena para repetir la llamada mil veces en una milésima de segundo, y entonces cambié para escuchar y esperé cuarenta y cinco segundos. Esto era lo que tardaba la hiperseñal en llegar a la estación de Ring 8 y producir una respuesta automática.

La señal automática llegó tal como estaba previsto; pasó otro medio minuto y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Entonces se oyó una voz que sonaba como si yo no hubiera debido despertarle de su siesta:

—Rey tío 629, aquí la estación de radio Z-448 en la frecuencia de tres por tres ¡No puede usted, repito, no puede usted posarse en Vangard! Informe de todos los detalles...

—¡Olvídese de eso! —contesté con impaciencia—. Voy a chocar contra ese planeta; ¡la fuerza con que lo haga depende de ustedes! Primero hágame aterrizar, ¡y luego ya nos ocuparemos de la burocracia!

—¡Se encuentra en el radio prohibido de un mundo en cuarentena de clase cinco, 629! Las órdenes de navegación le obligan a alejarse...

—Enterado, 448 —le interrumpí—. ¡Estoy a setecientas horas de Dobie con una carga especial a bordo! ¿Cree que elegí este lugar para tener una avería? Necesito consejo técnico, ¡y lo necesito ahora!

Otra espera; después se oyó la voz, esta vez tensa:

—Rey tío, transmita un informe de la situación a bordo.

—Bueno, bueno. Pero apresúrese —contesté preocupado.

Apreté los botones que le darían por duplicado la lectura de los instrumentos, probando que mi situación era aún peor que la expuesta. No se trataba de una broma. Me había asegurado para que el viejo cacharro hubiese visto su último puerto.

—De acuerdo, rey tío; tardó demasiado en informar; ahora tendrá que lanzar la carga al mar y observar la siguiente secuencia de navegación...

—¡Le dije que era una carga especial! —aullé—. ¡De categoría diez! El servicio médico de Dobie me ha contratado para este viaje. ¡Tengo diez casos de congelación en mi frigorífico!

—De acuerdo, rey tío —replicó la estación, sonando ahora un poco desorientada—. Comprendo. Tiene usted a bordo víctimas vivas bajo criotesis Siga a la escucha. —Hubo una pausa—. Me ha puesto usted en un aprieto, 629 —añadió la voz con un tono casi humano.

—Sí —contesté—. De prisa. Esta roca se está acercando.

Seguí sentado, escuchando el rumor de las estrellas. A una luz y media de distancia, la computadora de la estación habría entrado en acción, asimilando los datos que yo le había proporcionado y vomitando una solución; y mientras tanto, el chico listo de guardia comprobaría mi informe. Esto me parecía muy bien; quería que lo comprobara. Era cierto hasta el último detalle. Los pasajeros, instalados en el compartimiento de carga, eran mineros gravemente quemados en un incendio ocurrido tres meses atrás en Dobie, un mundo pequeño sin facilidades para el tratamiento. Yo recibiría cuarenta mil en cuanto los hubiera entregado al centro médico del Servicio Público en buenas condiciones. Mi inspección preliminar estaba archivada, así como mi plan de vuelo, que mostraría una rectificación mínima en la trayectoria al pasar por Vangard, tal como lo hubiera hecho un operador cualquiera. Figuraba todo en los archivos. Yo era una víctima de las circunstancias. Ahora, el asunto pasaba a sus manos. Y si no me equivocaba en mis cálculos, sólo había una solución.

—Rey tío, tiene usted un serio problema —dijo mi informador invisible—. Pero hay una posible solución. ¿Lleva una cápsula que se pueda desprender? —Hizo una pausa, como si esperara una respuesta, y continuó—: Tendrá que lanzarla a los planos de sustentación de la atmósfera. Sólo dispondrá de unos segundos para hacerlo. ¿Ha comprendido? Ahora le envío los datos necesarios.

Se oyó rechinar una hilera de números, que fueron grabados automáticamente e introducidos en el computador de control.

—Comprendido, 448 —contesté cuando la voz se detuvo—. Pero..., éste es un mundo inhóspito. Suponga que el refrigerador se avería en el descenso. Sería mejor que conservara la cápsula y tratara de depositarla con suavidad.

—¡Esto es imposible, rey tío! —La voz, en su excitación, había subido de tono. Al fin y al cabo, yo era un valiente, aunque avaro capitán mercante, determinado a cumplir con mi deber, incluso con riesgo de mi propia piel—. Francamente, este acercamiento también es marginal. Su única probabilidad, y la de su carga, ¡es seguir mis instrucciones al pie de la letra!

No añadió que era una tremenda ofensa no obedecer una orden de navegación del monitor. No era necesario; yo lo sabía y lo había tenido en cuenta.

—Si usted lo dice... Tengo un circuito marcador en la cápsula. Pero escuche, ¿cuánto tardaría en mandarme una nave de salvamento?

—Ya está en camino. El viaje durará... unas trescientas horas.

—¡Pero son más de doce días! —Hice la pausa requerida por el lento proceso mental que un pobre pero honesto astronauta necesita para llegar a alguna sencilla conclusión, y luego proferí—: Si el equipo congelador se golpea, ¡el calorífugo no aguantará menos de cero grados tanto tiempo! Y... —Otra pausa y luego—: ¿Y qué hay de mí? ¿Cómo sobreviviré allí abajo?

—Le indicaré un lugar donde tendrá ayuda a mano. Ahora...

—¿Qué clase de ayuda? —interrumpí—. ¡Allí abajo no hay nadie, ni lo ha habido durante más de cien años!

—Limítese a seguir las instrucciones, rey tío. —Se le había escapado algo de simpatía, pero no mucha; incluso un héroe tiene derecho a pensar en conservar su vida, después de haberse preocupado de su tropa—. Hay un hombre allí abajo...

—¡Usted está loco! —grité—. Lo he comprobado; había una especie de colonia, pero todos murieron; los mató un virus...

—Uno de ellos todavía vive. Basta de charlas, y ahora...

Continuamos hablando un rato, pero lo más importante estaba dicho. Seguí las órdenes, haciendo lo que me habían indicado; ni más ni menos. En menos de una hora, todos los

espectadores del tri-D del sector sabrían que una nave hospital averiada había descendido sobre Vangard, con las vidas de diez hombres, once contando la mía, en la balanza. Y yo estaría en las defensas del objetivo, en posición para la segunda fase.

El sonido empezó a mil millas: el perdido y solitario sollozo de moléculas del aire que son agrietadas por cinco mil toneladas de un fletador demasiado viejo y pesado, a demasiada velocidad, por el camino equivocado y sin sistema de retroceso. Trabajé con lo que quedaba de los chorros de posición, colocando la nave en posición para aterrizar de cola, reservando los restos de la masa de reacción para el lugar y el momento en que fuera más necesaria. Cuando la tuve en posición, disponía de ocho mil millas de pozo de gravedad. Jugué con el cuadro de mandos señalando el área de aterrizaje, mientras se movía y baqueteaba y los gemidos se convertían en alaridos.

A doscientas millas, los motores se conectaron y surgieron por doquier luces rojas y presiones, como las que debe sentir un sapo bajo una bota. Esto continuó el tiempo suficiente para que yo me desvaneciera y volviese en mí media docena de veces. Entonces, de improviso, se lanzó en una caída libre, ya sólo quedaban unos segundos. Presionar la válvula de la cápsula no era más difícil que llevar a cuestas un yunque por un kilómetro de escalera de cuerda; sentí una sacudida cuando la sección de la carga se desprendió. Me coloqué en posición, bajé el parachoques, llené mis pulmones del viciado aire de la nave; y golpeé el botón de expulsión; diez toneladas de plumas me dieron en la cara y me lanzaron a otro mundo.

Salí nadando del gran océano negro donde acechan las pesadillas y me asomé a la incierta luz de la semi-inconsciencia, a tiempo de ver un vasto panorama de montañas como dientes de tiburón, de cumbres nevadas, que cruzaban aquel mundo hasta un horizonte quebrado a cincuenta kilómetros de distancia. Debí desmayarme de nuevo, porque, al siguiente segundo, una sola cima llenaba la pantalla del ojo de buey, lanzándose hacia mí como una ola. La tercera vez que volví en mí, iba a aterrizar, dando tumbos hacia lo que parecía un campo de lava negra. Entonces vi que era un follaje de un verde negruzco y muy denso. Tuve el tiempo suficiente para observar que el marcador de situación de la cápsula parpadeaba con luz verde, lo cual significaba que había aterrizado y estaba intacto.

Esta vez volví en mí y sentí frío: fue lo primero que noté. Lo segundo fue que me dolía la cabeza y todo el cuerpo. Tardé lo bastante como para escribir un testamento legándolo todo a la Sociedad Eutanásica, para liberarme de mis ataduras, abrir la cápsula y arrastrarme hacia el exterior, que la gente deportista hubiese calificado de aire sano de las montañas. Me palpé donde me dolía, y encontré los huesos y las articulaciones intactos. Conecté el termostato de mi traje y empecé a sentir algo de calor.

Estaba tendido sobre un lecho de agujas de pino, en el supuesto que las agujas de pino tengan una longitud de un metro y el grosor de una caña. Formaban una mullida alfombra sobre la tierra que rodeaba los árboles, grandes como columnas jónicas, iluminados por un resplandor verde oscuro. En la lejanía, entre los troncos de los árboles, vi el destello blanco de la nieve. Reinaba el silencio y nada se movía, ni siquiera las anchas ramas que se arqueaban sobre mi cabeza. Los instrumentos de mi traje me informaron que la presión del aire era de 16 PSI, el contenido de oxígeno de un 51 por ciento, la temperatura ambiente de 10 grados centígrados bajo cero, y la gravedad, 0,6 g, tal como suponía. Las esferas de posición indicaban que las cápsulas se encontraban a poco más de cincuenta kilómetros al nordeste de donde yo estaba. Según todos los instrumentos de mi complicado cinturón, todo funcionaba normalmente. Y si la información que yo había recogido era tan correcta

como garantizaba el precio, me encontraba a unos seis kilómetros de donde había planeado encontrarme, a un paseo de medio día del picadero de Johnny Trueno. Conecté los controles de energía de mi traje y me puse en pie, miré la brújula y empecé a caminar.

La escasa gravedad facilitaba la marcha, incluso para un hombre agotado por miles de millas de atmósfera; y el traje también me ayudaba. No se adivinaba al verlo, pero me había costado el mismo precio que unas lujosas vacaciones en uno de esos mundos de cristal y rodio, con climatización y agua corriente a todas las temperaturas. Además de los controles estándares de aire y temperatura y la servodirección que ahorraba el cansancio de caminar, estaba equipado con todos los circuitos de reflejos y amplificadores de sentidos que conocía la ciencia del mercado negro, incluyendo unos pocos que a la gente de la Liga de Seguridad les hubiera gustado poseer. Solamente el monitor metabólico valía una fortuna.

Me tomé un descanso después de la primera hora, bebí un sorbo de jarabe nutritivo, tragué un poco de agua, y durante unos segundos escuché el paso de la eternidad. Pensé en una nave llena de colonizadores, en el primitivo amanecer de los viajes espaciales, volando hacia un universo del cual sabían menos que Colón de América, y que vagaron sin rumbo durante nueve años antes de hacer aquí un aterrizaje forzoso. Pensé en ellos saliendo al gran silencio de este mundo glacial (hombres, mujeres y probablemente niños), sabiendo que nunca, nunca podrían volver. Pensé en ellos enfrentándose a este hecho..., y decidiéndose a vivir. Eran gente audaz, pero su audacia ya no existía en el mundo. Ahora sólo había otra clase de audacia: la mía. Había pioneros audaces, llenos de infundadas esperanzas, decisiones y grandes ideas sobre el futuro. Yo era un audaz de la gran ciudad; y el presente era suficiente para mí.

—Es este silencio —dije en voz alta—. Acaba haciéndote efecto.

Pero el sonido de mi voz era demasiado leve para aquel gran vacío. Me puse en pie y emprendí la marcha hacia la siguiente montaña.

Es curioso que, después de toda una vida en medio de ruidos, unas pocas horas sin ellos puedan cambiar toda tu actitud hacia las vibraciones de aire de tu radio auditivo. No oí más que un leve grito, como el de un solitario pájaro marino que llama a su pareja; pero me separé del árbol bajo el que había estado descansando como si me hubiera quemado, y me quedé inmóvil, con la cabeza inclinada, intentando clasificar aquel sonido que aumentaba en intensidad, lo cual significaba que estaba más cerca, con una rapidez que me sugirió la futilidad de la huida. Miré en torno mío buscando un árbol joven al que trepar, pero aquellos pinos habían nacido viejos; la rama más baja estaba a quince metros. El único escondite que me quedaba eran unos miles de troncos de árbol. Ignoro por qué tuve la sensación que sería mejor esperar cara a cara lo que fuese. Por lo menos, así le vería al mismo tiempo que él a mí. Yo sabía que era algo vivo y que comía carne; la voz leve y dogmática de mi primer antepasado me lo indicaba. Hice un gesto con la muñeca que puso la diminuta metralleta en mi palma, y esperé, mientras la llamada se hacía más fuerte y más angustiosa, como la de una oveja abandonada, un toro desesperado o un ciervo moribundo. Ahora oía el paso de unos pies muy grandes, galopando a una cadencia que, incluso bajo tan escasa gravedad, sugería un tamaño voluminoso.

Entonces apareció ante mi vista, y confirmó la intuición de mi tatarabuelo. No era un lebrel, ni siquiera una hiena, pero era como una hiena de torso de dos metros de anchura, tobillos anchos como mis muslos, la cabeza del tamaño de un helitaxi y mandíbulas que podían sostener a un hombre como un perro llevando a casa el diario vespertino. Tal vez fue este último pensamiento lo que impidió que mi dedo apretara el gatillo. El perro monstruoso se paró en seco haciendo crujir las agujas de pino, emitió un alarido final, y me

enseñó un metro de lengua roja. El resto de su cuerpo era marrón y negro, cubierto de piel fina. Sus dientes eran grandes, pero no pasaban de quince centímetros desde las encías hasta sus extremos. Sus ojos eran brillantes, negros y pequeños como los de un elefante, rodeados por un círculo rojo. Se acercó lentamente, como si quisiera ver bien lo que iba a comer. Yo oía crujir sus articulaciones mientras se movía. Sus hombros eran altos, moldeados por fuertes músculos. A cada paso, sus enormes plantas se hundían en el follaje del suelo. Había leído libros sobre los animales que crecen anormalmente en condiciones de escasa gravedad, pero ver uno de carne y hueso era diferente. Sentí que mis rodillas flaqueaban e hice acopio de valor. El perro estaba ahora a tres metros, y de las ventanas de su nariz, en las que hubiera entrado mi puño, salía el humo de su aliento. Yo sabía que si se acercaba más, apretaría el gatillo.

—¡Quieto, chico! —exclamé, intentando dar a mi voz un tono de mando. Él se detuvo, ocultó la lengua, la sacó de nuevo, y entonces se sentó sobre las patas traseras, como una vieja acomodándose en su mecedora favorita. Se quedó allí mirándome, y yo le devolví la mirada. Y mientras estábamos así, llegó el gigante.

Se acercó silenciosamente, por un pasillo entre grandes árboles, y a pesar de ser tan grande, no le vi hasta que estuvo a unos quince metros de mí.

Desde luego era muy grande.

Es fácil describir a un hombre de tres metros y medio de altura, después de todo; es dos veces el tamaño normal. Únicamente un hombre grande, con el que se podría bromear sobre el número de su calzado.

Pero el doble de altura es cuatro veces el área de cielo que ocupa al acercársete, ocho veces el tamaño de sólidos huesos y músculos. Un hombre de setecientos kilos, bajo la gravedad de la Tierra. Aquí pesaba poco más de la mitad; pero incluso así, cada pierna aguantaba doscientos kilos. Eran gruesas, musculosas, compitiendo con los brazos, el pecho y el cuello, que parecía un roble de cien años, sosteniendo la gran cabeza. Pero, a pesar de ser tan macizo, guardaba las proporciones. De no estar junto a un enano como yo, que le hiciera de escala, hubiera parecido un aspirante cualquiera a Señor Universo, con sus huesos rectos, los miembros bien formados, y todos los músculos dibujados, pero no desproporcionados. Su cabello era negro, ondulado, y caía en una melena mal cortada, pero no peor que la de cualquier otro hombre que no hubiera ido al barbero durante mucho tiempo. Tenía una barba muy poblada y unas gruesas cejas negras sobre grandes ojos de color azul pálido. Su piel, tostada por el sol, tenía el color del cuero muy usado. Sus facciones eran lo bastante regulares como para calificarlo de guapo, si se es admirador del tipo Júpiter-Poseidón. Me di cuenta de todo esto mientras avanzaba, a grandes zancadas, hacia mí, vestido de cuero y ligero a pesar de su peso. Se detuvo junto a un árbol, se pasó descuidadamente una mano por la cabeza, una mano enorme; me contempló, y durante un terrorífico momento me sentí como un niño elevando la mirada hacia el mundo de los adultos. Muchos pensamientos cruzaron mi mente, fantasmales imágenes de un mundo de calor y amor, seguridad y otras ilusiones, olvidadas hacía tiempo. Las aparté y recordé que yo era Baird Ulrik, un profesional, en cumplimiento de una misión, en un mundo sin cabida para las fantasías.

—Usted es el hombre que llaman Johnny Trueno —dije. No contestó. Quizá sonrió un poco—. Soy Patton, Carl Patton. Caí de una nave —añadí, señalando el cielo.

Él asintió.

—Lo sé —respondió. Su voz era profunda y resonaba como un órgano, reverberando en su gran caja torácica—. Oí caer su nave. —Me miró de arriba abajo y no vio ninguna

fractura—. Me alegro que llegara sano y salvo al suelo. Espero que «Woola» no le haya asustado.

Su lenguaje era anticuado y pomposo, con un deje de extraño acento. Mi rostro, normalmente impasible, debió conmoverse mientras hablaba, porque él sonrió. Sus dientes eran cuadrados y tan blancos como la porcelana.

—¿Por qué razón? —pregunté—. He visto como mi sobrina de tres años acariciaba a un gran danés en la pata. No llegaba más arriba.

—Venga conmigo a mi casa. Tengo comida y fuego.

Hice una pausa, como siempre que se debe decir una cosa importante. Asumí una actitud noble y meneé la cabeza.

—Tengo que recuperar la cápsula de carga. Hay diez hombres dentro.

Su rostro interrogaba.

—Siguen vivos..., por ahora —dije—. Tengo una máquina que indica si la cápsula ha aterrizado satisfactoriamente. Los tubos son a prueba de choques, así que si el mecanismo de situación ha sobrevivido, ellos también. Pero el equipo quizá no. Si resultó dañado, ellos morirán.

Le expliqué cómo funcionaba la congelación.

—Es extraño —comentó— congelar a un hombre vivo.

—No hubieran vivido demasiado, si no estuvieran congelados —le expliqué—. Tenían quemaduras de tercer grado en todo el cuerpo. Probablemente también había daños internos. En el centro médico pueden ponerlos en tanques vivificadores y hacer que su piel vuelva a crecer. Cuando se despierten, estarán mejor que nuevos. —Le dirigí una significativa mirada, llena de feroz determinación—. Si llego a tiempo, claro. Si se despiertan aquí... —dejé la frase en suspenso, para no entrar en detalles sobre la clase de muerte que tendrían. Miré las esferas de mi muñeca—. La cápsula está en algún lugar en aquella dirección. —Señalé a la lejanía hacia el norte—. No sé a qué distancia. —Le lancé una mirada para ver cómo había caído este último dato. Cuanto menos revelara, mejor. Pero él parecía menos simple de lo que mis averiguaciones me habían hecho suponer. Un error podía trastornarlo todo—. Quizá a ciento cincuenta kilómetros, o más.

Miró hacia la dirección que yo señalaba.

—Allí hace mucho frío.

—Si los refrigeradores no funcionan, el calorífugo quizá los conserve durante doscientas horas, pero no más; y la nave de salvamento no puede llegar en menos de trescientas horas.

Reflexionó, mientras me observaba desde su altura. Sus ojos eran bastante amistosos, pero de una forma remota, como una vela ardiendo en la ventana de una casa vacía.

Miró a lo lejos, hacia el norte.

—Han caído en una mala región. Las Torres de Nandi son muy altas.

Yo ya lo sabía; había elegido el lugar con cuidado. Le dirigí una valerosa mirada por encima del hombro.

—Tengo que hacer todo lo que pueda.

Sus ojos me devolvieron la mirada. Por primera vez, un pequeño fuego parecía brillar en ellos.

—Primero debe descansar y comer.

Hubiera podido añadir algo más para convencerle, pero, sin embargo, asentí.

—De acuerdo.

Di un paso y sentí que el mundo daba vueltas bajo mis pies. Me detuve para recobrar el equilibrio y noté una luminosa aguanieve en el aire, todo se inclinó y me sumergí en el oscuro lugar que siempre está al acecho...

Lo primero que vi al despertarme fue una especie de luz anaranjada en el techo de madera barnizada de rojo y negro, de seis metros de altura. La luz provenía de un gran fuego, bastante grande como para asar un buey, que chisporroteaba en una chimenea hecha de rocas del tamaño de una lápida. Me hallaba tendido en una cama no tan ancha como un campo de balonmano y el aire olía a sopa. Me incorporé, me arrastré hasta el borde y di un salto de un metro para llegar al suelo, sobre unas piernas blandas como pasta demasiado hervida. Me dolían las costillas probablemente a causa de un largo trayecto sobre el hombro del gigante.

Éste me miró desde la gran mesa.

—Está cansado —dijo—, y tiene muchas magulladuras.

Bajé la mirada. Llevaba mi ropa interior y nada más.

—¡Mi traje! —aullé. Y mi tono no era el de un hombre débil. Representaba sesenta de los grandes en valor de equipo y la cantidad de un millón en créditos, arrojados al fuego, y un juego de trajes limpios para reemplazarlos.

—Allí.

Mi anfitrión señaló con la cabeza el extremo de la cama.

Lo agarré y lo examiné. Todo parecía estar bien. Pero no me gustó la idea de estar indefenso al cuidado de un hombre con el que más tarde tendría que negociar.

—Ya ha descansado —dijo el gigante—. Ahora coma.

Me senté a la mesa sobre un montón de mantas y me incliné sobre una cazuela de espeso caldo hecho con sabrosas verduras rojas y verdes, y trozos de tierna carne blanca. Había un pan correoso, con sabor a nueces, y un áspero vino tinto que pasaba mejor que la más fina cosecha de Arondo, en Plaisir 4. Después, el gigante desplegó un mapa y señaló un trozo en relieve, como una mancha de estuco mal colocada.

—Si la cápsula está ahí —dijo—, será difícil. Pero quizá haya caído aquí.

Indicaba una región menos abrupta, hacia el sur y el este de la zona peligrosa

Realicé la operación de comprobar el acimut en el indicador. La posición que yo le había dado tenía un error de sólo tres grados. A 179 kilómetros, la posición que el RD había señalado para la cápsula, supondría un error de unos quince kilómetros.

El gigante señaló nuestra ruta en el mapa. Bordeaba las estribaciones de lo que él llamaba las Torres de Nandi.

—Quizá —dijo. No era un hombre de muchas palabras.

—¿Cuánto rato de luz nos queda? —le pregunté.

—Cincuenta horas, o algo menos.

Esto significaba que había dormido cerca de seis horas. Tampoco me gustó. El tiempo era oro y mi programa muy apretado.

—¿Ha hablado con alguien? —pregunté, mirando a la gran y no muy moderna pantalla en un extremo de la habitación. Era un modelo de banda. Y con un retraso L de media millonésima. Esto significaba una espera de cuatro horas para conectar con la estación de Ring 8.

—Notifiqué a la estación central que usted había llegado sano y salvo —repuso.

—¿Qué más les dijo?

—No había nada más que decir.

Me puse en pie.

—Llámelos de nuevo —exclamé—, y dígales que me pongo en camino hacia la cápsula.

Dije esto con los dientes apretados y sin autocompasión. Por el rabillo del ojo le vi asentir y durante un segundo me pregunté si el famoso sistema de análisis Ulrik se había equivocado, si aquel viril gigante iba a seguir sentado sobre sus ancas y dejarme a mí, pequeño y frágil, rastrear la pista solo.

—El viaje no será fácil —dijo—. Los vientos asolan los pasos altos y hay nieve en las cimas de Kooclain.

—Mi traje climatizado me facilitará las cosas. Si pudiera usted darme un poco de comida...

Se dirigió a un estante y bajó un paquete del tamaño y la forma de una unidad climatizada para alimentar, por lo menos, a cinco personas. Entonces supe que había mordido el anzuelo.

—Si mi compañía no le molesta, Carl Patton, iré con usted —dijo.

Johnny Trueno abría la marcha, con un paso fácil que ganaba terreno a un ritmo engañoso, sin que el paquete de su espalda pareciera molestarle en absoluto. La única arma que llevaba era un bastón de acero de tres metros de largo. El monstruoso perro trotaba a su lado, con el hocico pegado al suelo; yo cerraba la marcha. Mi paquete era ligero; el gigante había observado que cuanto menos cargado fuera, más aprisa iríamos. Todavía me dolían los huesos, pero me sentía ágil como un potro bajo la menor gravedad. Caminamos durante una hora sin cruzar palabra, a lo largo de una ladera cubierta de grandes árboles. Al alcanzar la cima, el gigante se detuvo y esperó a que yo llegara, resoplando un poco, pero animoso.

—Descansaremos aquí —dijo.

—Al diablo el descanso —contesté—. Los minutos son vitales para esa pobre gente.

—Un hombre debe descansar —repuso razonablemente, y se sentó, colocando sus brazos sobre las rodillas. De este modo, sus ojos quedaban al nivel de los míos, estando yo de pie. Esto no me gustó, así que también me senté.

Dejó pasar unos diez minutos antes de ponerse nuevamente en marcha. Me di cuenta que Johnny Trueno no era un hombre al que se pudiera intimidar. Sabía al paso que debía ir. Yo iba a tener trabajo en hacerlo todo de acuerdo con mi plan.

Cruzamos un ancho valle y llegamos a las altiplanicies. Hacía frío; los árboles eran más escasos, más desnudos, empequeñecidos por las heladas y retorcidos por los vientos, hasta darles el aspecto de jorobados agarrando las cosas con manos artríticas. Había manchas de nieve y el aspecto del cielo preludiaba una próxima nevada. Yo podía sentir el viento cortante que descendía de las cumbres, pero el gigante le hacía frente con sus brazos desnudos.

—¿No tiene usted un abrigo? —le pregunté, en la siguiente parada. Nos encontrábamos en un saliente de roca, expuestos a las ráfagas de lo que se estaba convirtiendo en un vendaval de sesenta y cinco kilómetros por hora.

—Aquí tengo una capa —contestó, dando un manotazo sobre el paquete que llevaba a la espalda—. Me la pondré dentro de un rato.

—¿Hace usted mismo sus ropas? —pregunté, mirando el cuero curtido, forrado de piel y con grandes puntadas de marinero.

—Me las hizo una mujer —contestó—. Hace mucho tiempo.

—¡Ah! —dije. Intenté representármelo con su mujer, y adivinar cómo sería ella cómo se movería y qué aspecto tendría. Una mujer de tres metros de altura—. ¿Tiene un retrato suyo?

—Sólo en mi corazón.

Dijo esto sin entonaciones, como si fuera una frase ritual. Me pregunté qué se sentiría siendo el último de la especie, pero no se lo dije. En cambio, inquirí:

—¿Por qué vive aquí solo?

Miró a lo lejos, por encima de una roca helada.

—Éste es mi hogar —contestó.

Era otra respuesta automática, tras la cual no se escondía ningún pensamiento. Era simplemente su modo de ser. Nunca se le ocurriría que, con la ayuda de un empresario listo, podía explotar la situación y hacer llorar y cobrar de unos cuantos billones de espectadores de tri-D, ávidos de emociones. Una opereta sacada de la vida real. ¡Pobre Johnny Trueno, tan valiente y tan solo...!

—¿Por qué hace usted eso? —me preguntó de repente. Yo sentí un nudo en el estómago.

—¿A qué se refiere?

Dejé escapar la pregunta entre dientes, mientras acariciaba el cañón del arma, que tenía en la palma de la mano.

—Usted también vive solo, Carl Patton. Pilota una nave espacial. Soporta la soledad y la fatiga. Y, como ahora, ofrece su vida por sus compañeros.

—No son mis compañeros —murmuré—. Son carga por la que me pagan, eso es todo. Si no la entrego, no me pagarán. Y no ofrezco mi vida; me limito a dar una caminata por razones de salud.

Me contempló, estudiándome.

—Muy pocos hombres se internarían en las alturas de Kooclain en esta estación; y ninguno sin una razón importante.

—Yo tengo una razón importante: cuarenta mil.

Esbozó una sonrisa.

—Según mi opinión se le puede tachar de muchas cosas. Carl Patton, pero no de ser un loco.

—Sigamos —dije—. Tenemos un largo camino por delante.

Johnny Trueno aminoró el paso para que yo pudiera seguirle. El perro daba la impresión de estar un poco nervioso, levantaba el hocico olfateaba el aire y después continuaba andando. Yo les seguía a paso ligero, jadeando en las cuestas y respirando profundamente en las paradas, lo cual era suficiente para recobrar fuerzas, pero no tanto como para hacer que el gigante fuera más lento. Poco a poco fui adquiriendo el ritmo, hasta que llegamos a recorrer más de seis kilómetros por hora. Es una velocidad muy buena en suelo plano, bajo una gravedad normal, y habría que ser un atleta entrenado para mantenerla durante mucho rato. Aquí, con los eficientes músculos de piezas electrónicas del traje que hacían la mayor parte del trabajo, era un paseo para mí...

Nos detuvimos para comer. El gigante extrajo pan, queso y una enorme botella de vino de su mochila, y me alargó una cantidad suficiente para dos comidas. Lo comí casi todo y metí el resto en el bolsillo del hombro cuando no me miraba. En cuanto él acabó su ración, no mucho mayor que la mía, me puse en pie y esperé. Pero él no se movió.

—Ahora descansaremos una hora —me dijo.

—De acuerdo —contesté—. Descansará usted solo. Yo tengo algo que hacer.

Y comencé a andar por la nieve; pero antes que hubiera dado diez pasos, el perro me adelantó y me bloqueó el camino. Intenté sobrepasarlo por la derecha y se colocó delante de mí. Hizo lo mismo cuando lo intenté por la izquierda.

—Descanse, Carl Patton —me dijo Goliat.

Se volvió a tender, puso las manos debajo de la cabeza y cerró los ojos. Bueno, no podía hacerle caminar, pero por lo menos no le dejaría dormir. Volví sobre mis pasos y me senté junto a él.

—Parece como si nadie hubiera estado aquí antes de ahora —comenté; y añadí—: No se ve ni una mosca.

Pero esto tampoco necesitaba una respuesta.

—¿De qué se alimenta? —le pregunté—. ¿De qué hace el queso y el pan?

Él abrió los ojos.

—Del corazón del árbol amigo. Lo pulverizo para hacer harina, o hago pasta y la dejo fermentar.

—Curioso —repuse—. Me imagino que importa el vino.

—El fruto del mismo árbol nos da el vino.

Dijo «nos» con la misma naturalidad como si tuviera una esposa y seis hijos esperándole en casa.

—Debió ser duro al principio —observé—. Si todo el planeta es así, es difícil comprender cómo sobrevivieron sus antepasados.

—Lucharon —dijo el gigante, como si esto lo explicara todo.

—Usted ya no tiene por qué luchar —repliqué—. Ahora puede abandonar esta roca y vivir cómodamente en un mundo donde haya sol y algo de calor.

El gigante miró al cielo, como si reflexionara.

—Tenemos una leyenda que habla de un lugar donde el aire es suave y el suelo produce toda clase de frutos. No creo que me gustara esa tierra.

—¿Por qué no? ¿Acaso cree que existe algún placer en conseguir las cosas con dificultad?

Volvió la cabeza para mirarme.

—Es usted el que lleva una vida dura, Carl Patton. Yo estoy en mi casa, mientras que usted soporta frío y cansancio en un lugar que le es extraño.

Gruñí. Johnny Trueno volvía siempre mis palabras en contra mía.

—He oído decir que aquí hay una abundante vida animal —dije—. No he visto ni rastro de ella.

—Pronto la verá.

—¿Lo dice por intuición o...?

—Nos ha seguido una manada de escorpiones de nieve, durante horas. Cuando salgamos al llano, los veremos.

—¿Cómo lo sabe?

—«Woola» me lo dice.

Miré al gran perro, que estaba tendido con la cabeza entre las patas. Parecía cansado.

—¿Cómo es que tiene perros?

—Siempre los hemos tenido.

—Probablemente hubo una pareja en el primer viaje —dije—. O quizá embriones helados. Me imagino que incluso entonces embarcaban parejas de animales.

—«Woola» procede de una raza de perros guerreros. Un antepasado suyo fue el magnífico corredor «Steadfast», que despedazó a los lebreles del rey Roon en el campo del Cuchillo Roto.

—¿Ustedes han tenido guerras? —Él no contestó. Yo di un soplido—. Pensaba que, con las dificultades que debieron tener para sobrevivir, valorarían demasiado sus vidas para perderlas en la guerra.

—¿Qué valor tiene una vida sin la verdad? El rey Roon luchó por sus convicciones, y el príncipe Dahl, por las suyas.

—¿Quién ganó?

—Lucharon durante veinte horas; hubo un momento en que el príncipe Dahl cayó, y el rey Roon se detuvo y le ordenó que se levantara. Pero, al final, Dahl rompió la espalda al rey.

—¿Y qué? ¿Probó esto que tenía razón?

—Poco importa lo que un hombre crea, Carl Patton, con tal que lo crea con toda su alma y todo su corazón.

—Tonterías. Los hechos no se preocupan de quién cree en ellos.

El gigante se incorporó y señaló las blancas cimas que brillaban en el horizonte, altivas y lejanas como una asamblea de reyes.

—Las montañas son reales —dijo. Miró hacia el cielo, donde unas nubes altas, de un tono violeta y negro, formaban como una hilera de almenas—. El cielo es real. Y estas verdades son más grandes que los hechos de roca y gas.

—No entiendo esta charla poética —repliqué—. Es deseable comer bien, dormir en una buena cama y tener lo mejor de todo. Cualquiera que afirme lo contrario es un mártir o un loco.

—¿Qué es lo mejor, Carl Patton? ¿Existe un diván más blando que la fatiga? ¿Una salsa mejor que el apetito?

—Esto lo ha sacado de un libro.

—Si usted ansia el fácil lujo del que habla, ¿por qué está aquí?

—Es muy sencillo. Para ganar el dinero que me permita comprar lo demás.

—Y después (si no se muere en este viaje), ¿volverá al mundo cómodo y comerá los jugosos frutos cosechados por otra mano?

—Claro —repuse—; ¿por qué no?

Pensé que mi voz sonaba airada y me pregunté por qué; lo cual aumentó mi ira. Callé y fingí dormir.

Cuatro horas después alcanzamos la cima de un largo declive desde donde se divisaban unos mil quinientos kilómetros cuadrados de bosque y glaciares, de extensión suficiente para darme una idea del tamaño del mundo llamado Vangard. Habíamos caminado durante nueve horas y, pese a la unidad energética, yo empezaba a notarlo. El gigante parecía como nuevo. Se protegía los ojos con las manos contra el sol demasiado pequeño y brillante, como si presagiara una tormenta, y entonces me señaló una cumbre que se levantaba a unos tres kilómetros de distancia, al borde de un valle.

—Allí dormiremos —dijo.

—Está fuera de nuestra ruta —observé—. ¿Por qué no dormimos aquí?

—Necesitamos un techo y un fuego, y Holgrimm no nos los escatimará.

—¿Quién es Holgrimm?

—Su vivienda está allí.

Sentí un escalofrío en la espalda, como cuando los fantasmas intervienen en la conversación. No es que los fantasmas me preocupen; sólo la gente que cree en ellos.

—Al diablo con esto —exclamé—. Será mejor que vayamos a dormir. Mañana será un día difícil.

Recorrimos la distancia en silencio. «Woola», el perro, olfateó y gruñó mucho mientras nos acercábamos a la casa. Estaba hecha de troncos, pulidos, esculpidos, y pintados de negro. Tenía un tejado muy inclinado, de pizarra, un par de chimeneas de piedra y unas cuantas ventanas de cristal coloreado. El gigante hizo una pausa cuando llegamos al claro, se apoyó en el bastón y miró en torno suyo. El lugar parecía estar en buen estado de conservación, pues lo integraban la misma roca y la misma madera del terreno que lo rodeaba. No había adornos que pudieran sufrir los estragos del tiempo.

—Escuche, Carl Patton —me interpeló el gigante—; desde aquí casi se puede oír la voz de Holgrimm. Parece que dentro de un momento abrirá la puerta de par en par para recibirnos.

—Sólo que está muerto —dije yo.

Subí hasta la entrada, que era una tabla de madera negra y púrpura, de proporciones convenientes para la fachada de Notre-Dame. Traté sin éxito de abrir el gran cerrojo de hierro con ambas manos. Johnny Trueno lo levantó con el pulgar.

Hacía frío en la gran habitación. La capa de escarcha que cubría el suelo de madera crujió bajo nuestras botas. En la profunda penumbra, distinguí pieles de animales colgando de las altas paredes, verdes, rojas y doradas, brillantes como un faisán chino. Había otros trofeos: un gran cráneo de pájaro de un metro, con una colección de astas que parecían alas de marfil blanco, de las que pendía una serie de puntas de daga, con bordes negros. Había una cabeza de piel correosa que era toda mandíbula y dientes, y un hacha de batalla, de casi cuatro metros, con un complicado mango. Ocupaba el centro de la habitación una larga mesa, colocada entre dos chimeneas grandes como apartamentos de ciudad. Vi el reflejo de la luz en las grandes copas de metal, platos y cuchillos. Rodeaban la mesa sillas de alto respaldo, y en la gran silla del otro extremo, frente a mí, estaba sentado un gigante de barba canosa, con una espada en la mano. El perro gimió, lo cual expresó perfectamente mis sentimientos.

—Holgrimm nos espera —dijo suavemente la voz de Johnny detrás de mí.

Se adelantó; yo me sacudí la parálisis y le imité. Al acercarme, observé la fina capa de hielo que cubría al gigante de la espada, brillando en su barba, en el dorso de sus manos, y en sus ojos abiertos.

También había hielo en la mesa, en los platos y en la lisa madera negra de las sillas. «Woola» rascaba el suelo con las patas.

—¿No entierran ustedes a sus muertos? —proferí, con tono hostil.

—Sus mujeres le prepararon así, por orden suya, cuando supo que la muerte le acechaba.

—¿Por qué?

—Éste es un secreto que Holgrimm guarda muy bien.

—Estaríamos mejor fuera —le dije—. Este lugar es como una cámara frigorífica.

—Un fuego lo solucionará.

—Este amigo nuestro se derretiría; creo que lo prefiero tal como está.

—Sólo un poco de fuego, el suficiente para calentar nuestra comida y tendernos a su lado.

Había leños en una caja junto a la puerta; eran rojos, duros como el granito, y ya estaban cortados en tamaño conveniente, para mi compañero de viaje, quiero decir. Cargó con los leños de dos metros y medio de largo y veinte centímetros de diámetro como si fueran palillos. Debían estar llenos de aceite volátil, porque ardieron a la primera cerilla, despidiendo un perfume de menta y alcanfor. El gigante Johnny preparó una mezcla de vino caliente y una especie de jarabe que contenía un frasco asimismo cubierto de hielo, y me lo ofreció en una jarra de unos dos litros de capacidad. Era fuerte, pero bueno, de un sabor que primero me pareció trementina y que después me supo a ambrosía. También había pan y queso y una sopa que hervía en una gran cacerola sobre el fuego. Comí todo lo que pude, que no fue mucho. Mi espartano amigo se sirvió una pequeña ración, y brindó con el anfitrión antes de beber.

—¿Cuánto tiempo hace que ha muerto? —pregunté.

—Diez de nuestros años. —Hizo una pausa y añadió—: Lo cual significa unos cien, según la Liga.

—¿Era amigo suyo?

—Luchamos en distintos bandos; pero después volvimos a beber vino juntos. Sí, era amigo mío.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted... solo aquí?

—Nueve años. La casa de Holgrimm fue casi la última víctima de la epidemia.

—¿Por qué no le mató a usted?

Movió la cabeza.

—El universo también tiene sus enigmas.

—¿Qué pasó cuando todos se iban muriendo?

El gigante rodeó la copa con sus manos y fijó la mirada en el fuego.

—Al principio nadie lo comprendía; aquí no se conocía la enfermedad. Nuestros enemigos eran el lobo de las nieves, las avalanchas y el hielo. Aquello era diferente, un enemigo invisible. Algunos murieron en la ignorancia, otros huyeron a los bosques, donde también les alcanzó la muerte. Oxandra mató a sus hijos e hijas antes que la muerte se los llevara. Joshal permaneció en la nieve, blandiendo su hacha de guerra hasta que cayó y no pudo volver a levantarse.

—¿Qué fue de su familia?

—Ya lo ve.

—¿Qué quiere decir?

—Holgrimm era mi padre.

Dormimos envueltos en las pieles que Johnny descolgó de las paredes, y calentó junto al fuego. Tenía razón en cuanto al calor: las llamas derritieron el hielo en un radio de tres metros pero no afectaron al resto de la habitación. Aún era media tarde cuando emprendimos nuevamente el camino. Yo caminaba al paso más rápido que podía. El gigante no parecía cansarse, pero sí «Woola», que en el primer descanso se tendió sobre el costado, como un caballo muerto, aunque moviendo las costillas al ritmo de su respiración, y meneando la cola cuando mencionábamos su nombre. El aire estaba enrarecido, según el estándar de Vangard, pues la presión del oxígeno superaba a la normal de la Tierra.

—¿Por qué no hace volver al perro? —pregunté al gigante.

—Se negaría a volver. Y nosotros agradeceremos su compañía cuando vengan los escorpiones de la nieve.

—¿Está seguro que no imagina su existencia? Este lugar parece estéril como una tumba.

—Están esperando —repuso—. Me conocen, y conocen a «Woola». Muchas veces han puesto a prueba nuestra resistencia..., y han sembrado la nieve con sus cadáveres. Ahora nos siguen, y esperan.

—Mi arma se ocupará de ellos.

Le mostré mi reglamentaria ametralladora con recambio; él la observó cortésmente.

—Un escorpión de la nieve no muere con facilidad —dijo.

—Esto es bastante efectivo —comenté, demostrándolo con un disparo que desmenuzó una roca a veinte metros. El sonido resonó entre los gigantescos árboles. Él sonrió ligeramente.

—Tal vez, Carl Patton.

Aquella noche dormimos en el lindero del bosque.

La etapa del siguiente día fue distinta desde el principio. En la altiplanicie la nieve se había amontonado y helado, formando una costra que aguantaba mi peso, pero que se rompía bajo el del gigante y el del perro. Ahora yo ya no me veía obligado a apretar el paso. Abría la marcha y a Johnny le costaba seguirme. No se quejaba, ni respiraba con demasiada fuerza; se limitaba a seguir adelante, deteniéndose de vez en cuando a esperar al perro, y hacer un descanso cada hora.

El paisaje era cada vez más desértico. Mientras caminamos entre los árboles, había existido una ilusión de familiaridad; no muy cómoda, pero por lo menos era vida, un tipo de vida parecido al de la Tierra. Uno podía imaginarse que en cualquier lugar, detrás del próximo montículo, podía haber una casa, o una carretera. Pero aquí no. Esto era un campo nevado, tan desierto como Júpiter, con las largas sombras de las montañas occidentales que

se reflejaban en él. Y, al frente, el glaciar que resaltaba contra el oscuro cielo, blanco intenso a la luz del atardecer, azul marino en la penumbra.

Al cabo de tres horas el gigante me señaló algo detrás de nosotros, en el sendero. Parecía un reguero de pimienta negra destacando contra el blanco.

—La manada de escorpiones —dijo.

—No les tomaremos demasiada delantera si nos quedamos aquí —gruñí.

—Ya se acercarán en el momento preciso —me contestó.

Hicimos una etapa de nueve horas, subimos y bajamos una montaña y subimos otra más alta, antes de hacer alto. Era casi de noche cuando acampamos al abrigo de una roca helada, si puede llamarse campamento a un par de hoyos en un campo de hielo. El gigante encendió un pequeño fuego y calentó algo de sopa. Me dio mi usual espléndida ración, pero me pareció que disminuyó un poco la suya y la del perro.

—¿Cómo estamos de provisiones? —le pregunté.

—Bastante bien.

Fue todo lo que dijo.

La temperatura había descendido a nueve grados bajo cero. Desempaquetó su capa de piel de cordero, a rayas negras y anaranjadas, del tamaño de una vela y se envolvió en ella. Él y el perro durmieron juntos para proporcionarse calor. Yo decliné la invitación de unirme a ellos.

—Mi circulación es buena —dije—. No se preocupe por mí.

Pero, a pesar del traje, me desperté temblando y tuve que subir el termostato unos cuantos grados. Al gigante no parecía importarle el frío. Pero es que un ser de su tamaño tenía una ventaja: poseía menos superficie de radiación por unidad de peso. No sería frío lo que sentiría..., a menos que las cosas empeoraran mucho.

Cuando me despertó era plena noche, el sol había desaparecido tras las cimas del oeste. El camino recorría la ladera de un monte nevado de treinta grados de inclinación. Había bastantes rocas y bloques de hielo derrumbados, y nos veíamos obligados a avanzar despacio. La manada que nos seguía se había acercado mientras dormíamos; estimé que estaban a quince kilómetros de nosotros. Había unos veinticinco animales, desparramados en un ancho radio. Esto no me gustó; sugería más inteligencia de la que yo esperaba de aquellas horribles criaturas. «Woola» movía sus ojos, enseñaba los dientes, y gemía mientras volvía la cabeza para mirarlos. El gigante continuaba avanzando, despacio, pero sin detenerse.

—¿Qué haremos? —le pregunté en la siguiente parada—. ¿Les dejamos acercarse o nos fortificamos en algún lugar donde no puedan rodearnos?

—Deben llegar hasta nosotros.

Miré hacia el pie de la montaña que habíamos escalado sin descanso durante más horas de las que yo podía recordar, intentando juzgar a qué distancia se hallaban.

—No más de ocho kilómetros —dije—. Podían haberse acercado en cualquier momento en las últimas dos horas. ¿A qué están esperando?

Él miró hacia la alta cordillera de tres kilómetros de alto.

—Allí arriba el aire es frío y ligero. Presienten que nos debilitaremos.

—Hay que tener valor..., pero no dejar que se suba a la cabeza. ¿Qué tal si les tendemos una emboscada allí arriba?

Señalé un amasijo de trozos de roca unos cien metros más arriba.

—No caerían en ella.

—De acuerdo —dije—. Usted es el astuto guía nativo; yo no soy más que un turista. Lo haremos a su manera. Pero, ¿cómo nos las arreglaremos cuando oscurezca?

—Pronto saldrá la luna.

Durante las dos horas siguientes recorrimos cerca de un kilómetro. Ahora el declive era de cuarenta y cinco grados. A cada paso se desplomaba una cascada de nieve en polvo. Sin el traje no creo que hubiera podido resistirlo, incluso con la escasa gravedad. Ahora el gran Johnny utilizaba mucho sus manos y el jadeo del perro era lastimero.

—¿Cuántos años tiene el perro? —pregunté cuando nos tendimos sobre la espalda en la siguiente parada, mientras mis acompañantes se esforzaban en respirar una atmósfera que para ellos era excesivamente ligera, y yo fingía la misma dificultad mientras respiraba la rica mezcla del colector de mi traje.

—Tres años.

—Equivale a unos treinta y cinco de los nuestros. ¿Cuánto... —jadeé un poco cuando recordé que debía hacerlo— cuánto viven?

—Nadie lo sabe.

—¿Qué quiere decir?

—Su especie muere luchando...

—Al parecer tendrá ocasión de luchar.

—Está agradecido..., por esa razón.

—Da la impresión de estar muerto de miedo —dije—. Y muy cansado.

—Está cansado. Pero no tiene miedo.

Recorrimos otro kilómetro antes que la manada decidiera que había llegado el momento de atacar.

El perro fue el primero que se dio cuenta; lanzó un ladrido como un elefante moribundo y dio un salto de seis metros para colocarse entre ellos y nosotros. No podíamos estar en una posición peor, desde el punto de vista defensivo, con la sola excepción del hecho que nos hallábamos a mayor altura que ellos. Era un lugar sin características definidas, cubierto de nieve helada, con precipicios a los lados y totalmente liso. El gigante cavaba un hueco con los pies y trabajaba en círculo para agrandarlo.

—Maldito estúpido; debería estar haciendo un montículo —le grité—. Lo que está cavando es una tumba.

—Haga como yo..., Carl Patton —jadeó—. Para salvar su vida.

—Gracias. Me quedaré aquí encima.

Elegí un lugar a su izquierda y amontoné algunos trozos de hielo para fabricarme una plataforma desde donde disparar. Comprobé cuidadosamente el lanzallamas, y después gradué la ametralladora para un alcance máximo. Ignoro por qué me molesté en hacerlo a escondidas; el gigante no conocía la diferencia entre un arma legal y una de contrabando. Quizá sólo era el instinto defensivo. Cuando acabé, la manada se hallaba a trescientos metros y se acercaba rápidamente, no corriendo o brincando, sino avanzando implacable con un resplandor de patas de acero, que arrasaban el suelo como el fuego devora la hierba seca.

—Carl Patton, sería mejor que se colocara a mi espalda —me aconsejó el gigante.

—No necesito esconderme detrás de usted —repliqué.

—¡Escúcheme bien! —exclamó con una voz que por primera vez no tenía el habitual tono reposado y calmoso—. No pueden atacar a toda velocidad. Primero deben pararse y levantar su aguijón. En ese momento son vulnerables. Apúnteles en el ojo, pero..., ¡cuidado con sus garras!

—Dispararé desde una distancia algo mayor —repuse.

Disparé una ráfaga contra uno que iba al frente de los demás, pero que aún estaba a doscientos metros de distancia. El hielo pareció encenderse; había fallado por muy poco.

Disparé al siguiente, dándole en el centro de la negra armadura en forma de hoja que cubría el tórax; pero ni siquiera aminoró el paso.

—¡Apunte al ojo, Carl Patton!

—¿Qué ojo? —grité—. ¡Todo lo que veo es armadura y pistones!

Disparé a las patas, fallé y volví a fallar y luego vi volar un miembro en fragmentos. Su propietario debió vacilar durante un par de microsegundos, o tal vez fuese que yo parpadeé. Ni siquiera estaba seguro de a cuál había alcanzado. Avanzaron, ahora en filas más compactas y dando la impresión de ser más grandes y más mortíferos, como una ola de asalto de ligera armadura, provistos de púas e invulnerables, sin nada para detenerlos más que un hombre con un palo, un viejo perro agotado y yo con mi metralleta. Sentí que el arma se estremecía en mi mano y me di cuenta que había estado disparando sin parar. Retrocedí un paso, tiré el lanzallamas, y apunté la metralleta hacia la hilera que llegaba al lugar donde «Woola» se acurrucaba, paralizado.

Pero, en vez de abalanzarse sobre el gran perro a toda velocidad, la pareja que se hallaba frente a él se detuvo en seco, ejecutó rápidos, pero complicados movimientos de miembros, extendiendo sus antenas hacia el suelo y levantando sus cuartos traseros, sacando unos largos aguijones de sesenta centímetros que se balancearon, a punto para clavarse en el cuerpo indefenso del animal...

Nunca hubiese creído que algo tan grande pudiera moverse tan de prisa. Se levantó con la rapidez del rayo y saltó en el aire para caer sobre el enemigo que tenía a la izquierda con las mandíbulas abiertas de par en par, volvió a saltar, se retorció y atacó de nuevo mientras dos de sus adversarios, heridos, clavaban sus aguijones en el hielo. Vi todo esto en una fracción de segundo mientras levantaba la metralleta, cargando el arma para lanzar un disparo de multimegavatios al animal que se erguía frente a mí. El proyectil le abrió una herida de treinta centímetros de anchura, lo despidió a un metro de distancia, pero no le impidió atacar. El aguijón salió, para ir a enterrarse en el suelo, a mis pies.

—¡El ojo! —La voz del gigante me llegó, atronadora, por encima de los ladridos de «Woola» y el airado zumbido que provenía de los atacantes—. ¡El ojo, Carl Patton!

Entonces lo vi: una placa de siete centímetros, de cristal reticulado, de un rojo vivo, situado en una curva de la armadura. Explotó cuando yo disparé. Apunté a la izquierda y disparé de nuevo, y por el rabillo del ojo vi al gigante asestando golpes a derecha e izquierda con su palo. Bajé de mi montículo, y me abrí paso hacia él, disparando contra todo lo que tenía más cerca. Los escorpiones nos rodeaban por todos lados, pero sólo media docena de ellos podían acercarse a la vez al borde de la depresión de cuatro metros que el gigante había excavado. Uno rebasó el borde, empujado por los otros, perdió el equilibrio, y murió al ser aplastado por el palo. Yo maté a otro y salté al hoyo, junto al gigante.

—Espalda contra espalda Carl Patton —me gritó.

Una pareja llegó por encima de la barricada de monstruos muertos y, mientras se preparaban a atacar, disparé contra ellos y después contra el que ya avanzaba sobre sus cadáveres. Entonces, de improviso, la presión cedió en intensidad, y oí el jadeo del gigante, los estridentes ladridos del perro, sentí un dolor en el muslo y que el aliento me quemaba la garganta. Un escorpión vacilaba a tres metros de distancia, pero no se acercó. Los otros retrocedían, emitiendo zumbidos. Yo empecé a salir del hoyo, y un brazo de hierro me detuvo.

—Ellos deben... venir hasta nosotros —balbuceó el gigante. Tenía el rostro congestionado y le costaba respirar, pero sonreía.

—Si usted lo dice —repuse.

—Su pequeña arma es muy potente —dijo, en vez de comentar mi estupidez.

—¿De qué están hechos? Mis balas rebotan en ellos como si fueran acorazados.

—No son adversarios fáciles —observó—, y, no obstante, hemos matado nueve. —Miró hacia donde estaba el perro, que jadeaba, de cara al enemigo—. «Woola» ha matado a cinco. Ahora han retrocedido...

Se interrumpió, mirando mi pierna. Se puso de rodillas y tocó un desgarrón en mi traje que yo no había observado. Me preocupó ver la tela rota; ni siquiera un cuchillo hubiese podido penetrarla, pero uno de aquellos aguijones lo había logrado.

—La piel no está desgarrada —dijo—. Hoy ha tenido suerte, Carl Patton. El roce del aguijón es mortal.

Algo se movió detrás de él y yo lancé un grito y disparé. Un escorpión apareció en el lugar donde él estaba hacía un instante. Me eché al suelo, rodé hacia él y le disparé en el ojo al mismo tiempo que el palo de Johnny Trueno le daba en el mismo sitio. Me levanté y vi el resto de los escorpiones bajando la pendiente.

—¡Está usted loco! —grité al gigante. La ira vibraba en mi voz—. ¿Por qué no tiene más cuidado?

—Le debo la vida, Carl Patton.

Fue todo lo que dijo.

—¡No hay deuda que valga! ¡Nadie me debe nada!

Él no replicó; se limitó a mirarme, respirando con fuerza y sonriendo un poco, como un niño excitado. Aspiré profundamente el caliente y vivificante aire del depósito y me sentí mejor, pero no mucho.

—¿Quiere decirme su verdadero nombre, pequeño guerrero? —me preguntó el gigante.

Se me heló la sangre en las venas.

—¿A qué se refiere? —disimulé.

—Hemos luchado juntos. Es apropiado que intercambiemos los nombres secretos que nuestros padres nos dieron al nacer.

—¡Oh! Magia, ¿eh? La palabra secreta del poder. Dejémoslo. Johnny Trueno es suficiente para mí.

—Como quiera..., Carl Patton.

Entonces se fue a ver al perro, y yo comprobé los desperfectos de mi traje. Había una pérdida parcial de energía en los servos de la pierna y el calor también había sido afectado. Esto era un mal asunto. Aún faltaban muchos kilómetros para recorrer con el gigante antes de acabar el trabajo.

Cuando proseguimos la marcha media hora después, yo seguía preguntándome por qué me había movido tan de prisa para salvar la vida del hombre que había venido a matar.

Casi era totalmente de noche cuando nos acostamos, agazapados en hoyos excavados en la nieve. Johnny Trueno dijo que los escorpiones no volverían, pero yo sudaba dentro de mi traje climatizado, mientras la última claridad daba paso a una oscuridad negra como el carbón, como en el interior de una tumba sin nombre. Entonces debí quedar dormido, porque me desperté con una luz azulada sobre mi cara. La luna más próxima, Cronus, se había levantado sobre la cordillera. Era un disco lleno de cráteres de diez grados de anchura, casi lleno, que daba la impresión de estar lo bastante cerca como para saltar y golpearte la cabeza.

Caminamos mucho a la luz de la luna, considerando el declive de la falda del glaciar que estábamos escalando. A trece mil metros llegamos a la cúspide y miramos hacia la siguiente cordillera, al otro lado de un valle en penumbras, que aparecía plateada bajo las estrellas, a una distancia de treinta y cinco kilómetros.

—Quizá los encontremos al otro lado —dijo el gigante.

Su voz había perdido algo de su timbre habitual. Su rostro estaba congestionado y entumecido por el viento helado. «Woola» se acurrucaba tras él, y parecía más pequeño y más viejo.

—Seguramente —contesté—. O quizá detrás de la próxima.

—Será mejor encontrarlos antes, porque más allá están las Torres de Nandi. Si sus amigos han caído allí, su sueño será largo..., y el nuestro también.

Faltaban dos etapas para la próxima montaña. La luna ya estaba lo suficientemente alta como para iluminar todo el panorama, desde la cresta. No se divisaba otra cosa más que hielo. Acampamos a sotavento y luego continuamos. Yo tenía problemas con el traje, desequilibrado como estaba, y los dedos de mi pie derecho empezaban a helarse. Pese a los calientes concentrados que sorbía a escondidas mientras caminaba y al cordial sintético que el hipospray me inyectaba en la arteria femoral, empezaba a sentir frío y cansancio. Pero no tanto como el gran Johnny. Parecía desmejorado y muerto de frío, y caminaba como si tuviera un yunque sobre los pies. Continuaba disminuyendo su ración y la del perro para darme la misma cantidad de siempre. Yo metía lo que no podía comer en la bolsa y le veía pasar hambre. Pero era fuerte y desmejoraba con lentitud, de mala gana, luchando incesantemente.

Aquella noche, tendidos junto a una barrera que él había construido con bloques de nieve, para resguardarnos del viento, me hizo una pregunta:

—¿Qué tal es, Carl Patton, viajar a través del espacio, entre los mundos?

—Un destierro solitario —le dije.

—¿No ama su soledad?

—¿Qué importa eso? Hago mi trabajo.

—¿Qué ama usted, Carl Patton?

—El vino, las mujeres y las canciones —contesté—. E incluso puedo suprimir las canciones, si mucho me apura.

—¿Le espera una mujer?

—Varias —le corregí—. Pero no me esperan.

—Tiene pocos amores, Carl Patton. Entonces, ¿qué odia?

—A los locos —le dije.

—¿Son los locos los que le han conducido hasta aquí?

—¿A mí? Nadie me conduce a ningún sitio. Yo voy adonde quiero.

—Entonces, usted lucha por la libertad. ¿La ha encontrado aquí, en mi mundo, Carl Patton?

Su rostro era una máscara delgada, como esculpida por el clima, pero en su voz noté que se reía de mí.

—Sabe que va a morir aquí, ¿verdad?

No pretendía decir eso, pero lo hice, y mi voz sonó cruel a mis oídos.

Me miró del mismo modo que me miraba siempre antes de hablar, como si intentara leer un mensaje escrito en mi cara.

—Un hombre debe morir —dijo.

—No es necesario que usted se halle aquí —repuse—. Ahora es el momento de acabar con todo esto, retroceder y olvidarlo todo.

—Usted también podría hacerlo, Carl Patton.

—¿Renunciar, yo? —estallé—. No, gracias. Nunca abandonaría mi trabajo.

Él asintió.

—Un hombre debe acabar lo que ha empezado. De otro modo, no es más que un copo de nieve llevado por el viento.

—¿Cree que esto es un juego? —le espeté—; ¿un combate? Vencer o morir, o quizá ambas cosas, y que gane el mejor.

—¿Contra quién combatiría yo, Carl Patton? ¿Acaso no somos compañeros de viaje?

—Somos extraños —dije— Usted no me conoce y yo no le conozco a usted. Y deje de adivinar las razones por las que yo actúo.

—Usted salió para salvar la vida de seres indefensos, porque era su deber.

—¡Pero no el suyo! ¡No tiene por qué morir en estas montañas! Puede alejarse de esta fábrica de hielo, vivir el resto de sus días cómodamente, tener todo lo que desee...

—Ningún hombre puede proporcionarme lo que yo deseo.

—Suponga que nos odia —le dije—. A los extranjeros que vinieron aquí y mataron a su mundo.

—¿Acaso se puede odiar a una fuerza de la naturaleza?

—Está bien..., ¿*qué* odia usted?

Pensé que no iba a contestar.

—Odio la cobardía que hay en mi interior —contestó—. La voz que susurra consejos de capitulación. Pero si huyo, y salvo el pellejo, ¿qué espíritu vivirá para iluminarlo?

—Quiere correr..., ¡entonces corra! —casi grité—. ¡Va a perder la carrera, gigante! ¡Huya mientras pueda!

—Continuaré..., mientras pueda. Si tengo suerte, la carne morirá antes que el espíritu.

—¡Al diablo el espíritu! ¡Es usted un maníaco suicida!

—Entonces, estoy en buena compañía, Carl Patton.

No le contesté.

Sobrepasamos los ciento cincuenta kilómetros en la siguiente etapa. Cruzamos otra montaña, más alta que la última. El frío era subártico y el viento, un cortante cuchillo. La luna desapareció y llegó la aurora. El monitor me avisó cuando nos encontramos a quince kilómetros de la cápsula. Aún funcionaban todos sus sistemas. Las células de energía durarían un centenar de años. Si yo fallaba, los mineros congelados podían despertarse en un nuevo siglo, pero se despertarían.

Johnny Trueno tenía ahora muy mal aspecto. Sus manos estaban agrietadas y ensangrentadas por el agudo frío, tenía las mejillas hundidas y los labios descoloridos, pelados por las heladas. La piel que cubría sus huesos estaba tensa. Caminaba muy despacio, pesadamente, envuelto en sus pieles. Pero caminaba. Me coloqué en cabeza y mantuve el paso. El perro tenía todavía peor aspecto que su amo. Se arrastraba por las pendientes a gran distancia de nosotros, y en cada parada intentaba alcanzarnos. Poco a poco, a pesar de mis negativas, los descansos se hicieron más largos y las marchas más cortas. A última hora de la tarde, llegamos al elevado paso que el gigante dijo que conducía a las Torres de Nandi. Durante el último trecho caminé entre muros de hielo cortados en forma vertical, con la perspectiva de cimas de hielo afiladas como botellas rotas, juntas como dientes de tiburón, que se elevaban en sucesivas hileras hasta donde la vista podía alcanzar.

Me volví, para indicar al gigante que se apresurara en llegar arriba, pero no pude terminar. Señalaba, gritaba algo que yo no podía oír porque un ruido sordo me lo impedía. Miré hacia lo alto y vi que toda la ladera de la montaña estaba cayendo sobre mí.

El suelo estaba frío. Era el suelo enlosado de una habitación del asilo; yo tenía diez años y estaba tendido sobre la cara, sujeto por el peso de un muchacho de catorce años llamado Soup, con el físico de un mono y su misma fuerza para luchar.

Cuando me empujó por primera vez contra la pared, esquivó mis puñetazos y me tiró al suelo; lloré y pedí ayuda al círculo de interesados espectadores, la mayoría de los cuales

había soportado más de una vez el peso de los nudillos de Soup. Ninguno de ellos se movió. Cuando me golpeó la cabeza contra el suelo y me intimó a decir tío, abrí la boca para hacerlo y, en vez de eso, le escupí en la cara. Si antes Soup se contenía un poco, ahora dejó de hacerlo. Su musculoso antebrazo rodeó mi mandíbula y colocó su rodilla en mi espalda. Yo sabía, sin una sombra de duda, que Soup era un chico que no conocía su propio vigor, que haría toda la fuerza que pudiera con sus músculos, que, llevado por la emoción del descubrimiento de su propio poder animal, me doblaría la espalda hasta que la columna vertebral crujiera, y yo moriría, moriría, a manos de un atrasado...

A menos que yo me salvara. Era más inteligente que Soup, más inteligente que cualquiera de ellos. Él no podía matarme, no podía si yo utilizaba mi cerebro, en lugar de desperdiciar mis fuerzas contra un cuerpo de doble tamaño que el mío.

Con la imaginación abandoné mi cuerpo y me contemplé a mí mismo; vi como se arrodillaba sobre mí, aguantando su propia muñeca, y manteniendo el equilibrio con un pie en el aire. Comprendí que, torciéndome hacia la derecha, podía escaparme de la presión de la rodilla, y entonces, con un movimiento rápido...

Su rodilla resbaló cuando yo me moví debajo de él. Con toda mi fuerza, levante las piernas. Desequilibrado, empezó a caer hacia su derecha, sin soltarme todavía. Me lancé contra él y mi cabeza quedó bajo su barbilla. Me incorporé, aferré un puñado de grueso cabello rojizo y lo arranqué con todas mis fuerzas.

Lanzó un grito y me soltó. Me retorcí como una anguila mientras él intentaba sujetarme las manos, que todavía asían su pelo; me abalancé, y clavé los dientes en su gruesa oreja. Dio un alarido e intentó escaparse; yo sentí que el cartílago se había roto y noté el gusto salado de la sangre. Se liberó de mis manos, que encerraban un mechón de cabello y un pedazo de cuero cabelludo. Vi su rostro, contorsionado como una máscara demoníaca, mientras se separaba de mí, aferrándome todavía las muñecas. Coloqué la rodilla sobre su vientre y su cara adquirió un tinte verdoso. Me puse en pie de un salto; él se retorcía, emitiendo un extraño sonido ahogado. Calculé la distancia y le asesté un fuerte puntapié en la boca. Le propiné otros dos puntapiés, cuidadosamente calculados, con toda la energía de la que fui capaz, hasta que el auditorio de rudimentario criterio reaccionó y me apartaron de él.

Hubo un movimiento a mi lado. Oí el roce de algo duro chocando contra otra cosa dura. Se hizo la luz. Aspiré y vi a un anciano de barba blanca que me miraba desde muy arriba, desde el borde de un profundo pozo...

—Aún está vivo, Carl Patton —dijo la voz del gigante, que parecía un eco muy lejano.

Vi que me tendía las manos, apartando un trozo de hielo, que levantó lentamente y tiró a un lado. Tenía nieve en el cabello y trozos de hielo en la barba. Su aliento era helado.

—Salga de aquí —murmuré, arrancando las palabras del hielo que había en mi pecho—. Salga antes que caiga el resto de la montaña.

Él no contestó; levantó otro trozo de hielo y liberó mis brazos. Intenté ayudarle, pero sólo logré que más nieve cayera sobre mis hombros. Él colocó sus enormes manos bajo mis brazos y tiró hacia arriba, sacándome de mi tumba. Me quedé tendido boca arriba y él se echó junto a mí. «Woola» se arrastró hasta él, emitiendo lastimeros gemidos. Desde arriba seguía cayendo una lluvia de nieve, que el viento se llevaba. Una masa de hielo del tamaño de un portaaviones pendía sobre nosotros, a unos cincuenta metros.

—¡Corra, estúpido, maldito estúpido! —chillé, aunque parecía un murmullo.

Él se arrodilló lentamente, me ayudó a levantarme y se puso en pie. Cayeron algunos fragmentos de hielo. Le vi dar un paso hacia la zona peligrosa.

—¡Vuelva —me esforcé en gritar—, o quedará atrapado!

Se detuvo mientras caía más hielo.

—Carl Patton..., ¿podría volver usted solo?

—No —repuse—. Pero no hay razón..., ahora..., para que usted muera...

—Entonces seguiremos.

Dio otro paso y se tambaleó al ser alcanzado en el hombro por un trozo de hielo del tamaño de una pelota. El perro ladró a su lado. Ahora el hielo caía a nuestro alrededor como arroz en una boda. Él siguió caminando, dirigiéndose hacia la hendidura final. Una explosión se produjo más arriba; el aire silbó en torno nuestro. Él dio tres pasos más y cayó, me hizo caer a mí y se arrodilló para protegerme. Le oí gemir mientras los fragmentos de hielo le golpeaban. Detrás de nosotros, algo se derrumbó como un dique que se rompe. El aire estaba lleno de nieve, cegándonos, ahogándonos. La luz se desvaneció...

Los muertos lloraban. Era un sonido triste, desolado, lleno de sorpresa porque la vida hubiera sido tan corta y estuviera tan llena de errores. Yo comprendí lo que sentían. ¿Por qué no era uno de ellos? Pero los muertos no tenían dolor de cabeza, ni sentían los pies fríos, ni los pesos que les aplastaban contra las rocas puntiagudas. No, a menos que fueran ciertas las historias sobre a dónde iban las personas malas. Abrí los ojos para echar una mirada al infierno, y vi al perro. De nuevo estaba ladrando, y yo moví la cabeza y vi un brazo más grande que mi pierna. El peso que notaba era lo que quedaba de Johnny Trueno, tendido sobre mí, bajo una rota capa de hielo.

Me costó media hora liberarme. Naturalmente, el traje era lo que me había salvado, con su armadura defensiva automática. Tenía magulladuras, y una o dos costillas rotas, pero nada que me impidiera volver a la base y a mis millones de créditos.

Porque el trabajo estaba hecho. El gigante no se movió mientras le desenterré, ni cuando le levanté un párpado. Aún tenía algo de pulso, pero no duraría mucho. Había estado sangrando por las heridas que el hielo le había hecho en la cara y las manos, pero la sangre ya estaba helada. Lo que el hielo había dejado por hacer, lo terminaría el frío. E incluso aunque recobrara el conocimiento, la pared de hielo detrás de él le cerraba el paso como la puerta de una cámara acorazada. Cuando las mujeres llegasen en busca de su gigantesco amigo, le encontrarían aquí, tal como yo le describiría, noble víctima del clima y de la mala suerte que trágicamente nos desvió de nuestro objetivo en unos quince kilómetros, después de aquella prolongada marcha. Proclamarían que me había ayudado hasta la muerte y entonces cerrarían el libro sobre otro capítulo de la historia.

No me proporcionó ninguna satisfacción haber probado una vez más mi inteligencia; era sólo cuestión de analizar los datos y actuar de acuerdo con ellos.

—Adiós, Johnny Trueno —dije—. Fuiste un hombre hecho y derecho.

El perro levantó la cabeza y gimió. Yo conecté la unidad energética de mi traje y me encaminé hacia la cápsula, que estaba a veinte kilómetros de distancia.

La cápsula, de seis metros de longitud, reposaba sobre un montón de nieve dura, en un pequeño hueco entre las desnudas rocas, en apariencia intacta. Esto no me sorprendió; el automecanismo que había instalado hubiera podido hacer aterrizar suavemente una tienda de porcelana, sin romper ni una sola taza de té. Me había comprometido a entregar la carga intacta y me llenaba de satisfacción cumplir lo pactado al pie de la letra. Estaba tan ocupado felicitándome por esta victoria, que hasta que me encontré a quince metros de la cápsula no me di cuenta que la nieve de su alrededor estaba removida, quizá pisoteada, y luego aplanada para ocultar las huellas. Entonces ya era demasiado tarde para esconderse; si había alguien allí cerca, ya me habría visto. Me detuve a tres metros de la puerta de

entrada y fingí desplomarme, como si estuviera exhausto por mis esfuerzos, mientras miraba en torno mío, por encima y por debajo de la cápsula. Pero no vi absolutamente nada.

Me quedé tendido el tiempo suficiente para que saliera quienquiera que me estuviera acechando. Pero no salió nadie por lo que tuve que tomar la iniciativa. Me puse en pie con exagerado cansancio y me tambaleé hasta la entrada. Los arañazos de la entrada me hicieron sospechar algo. El mecanismo todavía estaba intacto, se abrió en seguida y entré en la cápsula. Dentro todo parecía normal. El sello de la caja frigorífica continuaba cerrado herméticamente y las esferas indicaban que las unidades refrigeradoras funcionaban a la perfección. Me sentí casi satisfecho con esto, pero no del todo. No sé por qué, excepto quizá porque las penosas lecciones que me había dado la vida me habían enseñado a no dejar nada al azar. Me costó media hora quitar las cubiertas de los controles. Cuando lo logré, lo vi en seguida: un solenoide estaba medio abierto. Era la mínima avería que se podía esperar después de un difícil aterrizaje; pero no, sabiendo lo que yo sabía. Había sido forzado con una palanca y el soporte inclinado una fracción de milímetro, lo suficiente para atascarlo..., e incidentalmente afectar al ciclo de climatización, que descongelaría a los diez hombres de aquella habitación helada en un plazo de diez horas. Lo arranqué. Oí silbar el gas de las tuberías, rompí la puerta acorazada y lo comprobé visualmente. El termómetro del interior indicaba tres grados. La temperatura aún no había tenido tiempo de subir; las diez largas cajas y su contenido estaban intactas. Esto quería decir que el sabotaje era reciente. Todavía me sentía confundido por las implicaciones de esta deducción, cuando oí el crujido de unas pisadas sobre el hielo, a través de la puerta abierta.

Illini tenía un aspecto muy distinto de cuando lo vi por última vez, en su cómodo empleo burocrático de la Liga Central. Su cara de mono, detrás de la fría máscara, estaba más delgada y pálida, así como su larga nariz, azul por el frío, y su barbilla, sin afeitar. No pareció sorprendido al verme. Atravesó la puerta y otro hombre le siguió. Miraron a su alrededor, anotaron las marcas en la costra helada que rodeaba el indicador, en el panel abierto y lo mantuvieron así.

—¿Todo va bien aquí? —me preguntó con naturalidad, como si nos hubiéramos cruzado en la calle.

—Casi —dije—. Hay un pequeño problema con un solenoide. Nada serio.

Illini asintió, como si estuviera al corriente. Sus ojos centellearon al mirarme.

—Parecías estar en dificultades ahí fuera —dijo—. Veo que te has recuperado muy de prisa.

—Debe ser psicosomático —contesté—. En cuanto entré, me sentí mejor.

—Entonces, ¿el sujeto está muerto?

—¡Diablos, no! —contesté—. Está vivito y coleando en Phoenix, Arizona. ¿Cómo encontraste la cápsula, Illini?

—Fui lo bastante afortunado como para convencer al tipo del mercado negro que te proporcionó el equipo para que me vendiera uno exacto, sintonizado a la misma clave. —Parecía ligeramente divertido—. No te aflijas demasiado, Ulrik. Hay muy pocos secretos para un presupuesto ilimitado.

—Uno es suficiente —repliqué—. Bien jugado. Pero me contrataste para hacer un trabajo. El seguirme hasta aquí puede haberlo desbaratado.

—Tu plan era bastante bueno —dijo Illini juiciosamente—. Y la estratagema de los hombres enfermos... —Señaló la puerta del compartimiento con la cabeza—. Muy inteligente. Hasta cierto punto. Es evidente, a causa del equipo especial que instalaste en la

cápsula, que tenías una vaga idea respecto a que tu cargamento sobreviviría a la experiencia.

—¿Y bien?

—Se te encargó que nos desembarazaras del sujeto, de modo que no despertara ninguna sospecha, proporcionando, al mismo tiempo, una bonita historia al público. Perfecto. Pero la muerte del monstruo en un desafortunado intento de rescatar a unos hombres que nunca se hallaron en peligro rozará lo cómico. La gente no estará satisfecha. Puede empezar a investigar las circunstancias que hicieron morir a su protegido. Pero si parece que *pudo* haber salvado a los hombres..., el público aceptará su martirio.

—¿Acaso pretendes sacrificar a diez hombres para reforzar esta teoría?

—Un precio trivial por una mayor seguridad.

—¿Cómo justificarás tu presencia aquí? Al Servicio de Instrucción no le gustará.

Illini me dirigió una mirada inocente.

—Estoy aquí legalmente. Por suerte, mi nave se hallaba en la vecindad y oí tu llamada. La estación de Ring aceptó mi ofrecimiento de ayuda.

—Entiendo. ¿Y qué pretendes hacer conmigo?

—Lo que estaba convenido, naturalmente. No tengo la intención de complicar más las cosas. Seguiremos tu plan tal como estaba concebido..., con la sola excepción que he mencionado. Puedo confiar en tu discreción, por razones obvias. Tus honorarios están depositados en la Central de Créditos.

—Has pensado en todo, ¿verdad? Pero te has olvidado de una cosa: soy temperamental. No me gusta la gente que hace cambios en mis planes.

Illini levantó un labio.

—Conozco tu inclinación a tranquilizar tu conciencia de asesino profesional mediante tu escrupulosidad en otros asuntos. Pero, en este caso, temo que deben prevalecer mis deseos.

La mano del hombre que había detrás de él se posó casualmente sobre el arma que colgaba de su cadera. Todavía no había pronunciado una palabra. No era necesario. Era muy diestro con las armas. Illini no hubiera escogido más que al mejor, o al segundo. Era algo que seguramente yo comprobaría pronto.

—Nuestro trabajo aquí sólo requerirá unas horas —dijo Illini—. Después... —Hizo un expresivo gesto—. Todos estaremos en libertad de dedicarnos a otros asuntos. —Sonrió como si todo estuviera ya aclarado—. Por cierto, ¿dónde está el cuerpo? Quiero verlo, cuestión de rutina.

Crucé los brazos y me apoyé contra la mampara. Lo hice con cuidado, por si estaba equivocado sobre unas cuantas cosas.

—¿Qué pasará si no te lo digo?

—En este caso, me vería obligado a insistir.

Los ojos de Illini eran astutos. El pistolero se puso en tensión.

—¡Ah! —dije—. Es un caso delicado. Un cadáver carbonizado no ayudaría en nada.

—Las instrucciones de Podnac son de inutilizar, no de matar.

—Para ser un funcionario público que hace su trabajo, parece que te arriesgas mucho, Illini. ¿Quizá los generosos motivos que el comisionado me explicó se han unido a ciertas consideraciones privadas?

Illini levantó los hombros, esbozando una sonrisa.

—Parece ser que hay depósitos de laticita —dijo—. Es verdad, tengo intereses en el contrato de explotación. Pero alguien se había precipitado para aprovecharse. ¿Por qué no aquellos que lo hicieron posible?

—Otro punto en contra mía —repuse—. Debí haber pedido un porcentaje.

—Ya es suficiente, muchacho —contestó Illini—. No intentes discutir conmigo, Ulrik. Habla o sufrirás las consecuencias.

Meneé la cabeza.

—No te creo, Illini. Todo oscila sobre el borde de una navaja. Un solo signo de problemas aquí, incluso una mancha de grasa en la cubierta, y todo se averiguará.

Podnac hizo un rápido movimiento y el arma pasó a su mano. La miré e hice una mueca.

—Esto es para intimarme a salir, para que ustedes trabajen mejor fuera, ¿verdad?

—Te advierto, Ulrik...

—No te molestes. No iré a ninguna parte. Pero tú te vas, Illini. Tienes la nave cerca de aquí. Sube a ella y lárgate. Será mejor.

—¡Estás loco! ¿Arriesgas toda la operación por causa de un ridículo sentimentalismo?

—Es mi operación, Illini. La acabaré a mi manera o no lo haré. Soy así. Ésta es la razón por la que me contrataste, ¿lo recuerdas?

Aspiró profundamente, como un hombre que se prepara para una larga zambullida, y luego espiró.

—¡No tienes ni la más mínima posibilidad, Ulrik! Vas a estropearlo todo... ¿Por qué?

—No todo. Todavía me pagarás por un trabajo terminado. Todo depende de ti. Puedes informar que examinaste la cápsula y lo encontraste todo normal. Intenta algo distinto y todo se vendrá abajo.

—Somos dos. Podríamos agarrarte, desarmado como estás.

—No mientras tenga la mano sobre el arma que llevo debajo del brazo.

Los ojos del hombrecillo me traspasaron. Puso cara de hombre masticando vidrio y sacudió la cabeza hacia su mano oculta. Caminaron uno junto al otro, hacia la puerta, y saltaron. Yo les miré mientras se alejaban.

—Me las pagarás —me dijo Illini—. Te lo prometo.

—No lo harás —le contesté—. Te limitarás a contar esos millones y mantendrás la boca cerrada. Es lo que le gustaría al comisionado.

Dieron media vuelta y yo me enderecé y bajé las manos. Podnac apuntó y disparó, y el impacto me lanzó a seis metros de donde estaba.

El mundo estaba lleno de luces parpadeantes y sonidos atronadores, pero me agarré a un resto de lucidez y no perdí el conocimiento. Lo hice porque era necesario; justo a tiempo. Podnac estaba entrando en la cápsula y se oía la voz de Illini detrás de él. Le apunté, apreté el gatillo y desapareció de mi vista.

Me dolía todo el cuerpo, como un pulgar que acaba de ser golpeado por un martillo. Un líquido caliente me goteaba por el interior del traje; los huesos rotos crujían al moverme. Entonces lo supe: no saldría de ésta. Estaba herido. Illini había ganado.

Su voz me llegó a través de una nebulosa.

—¡Hizo fuego desobedeciendo mis órdenes, Ulrik! ¡Oíste cómo se lo decía! ¡No soy responsable!

Parpadeé unas cuantas veces y pude ver al hombrecillo a través de la puerta abierta, medio agachado, en el mismo lugar que estaba la última vez que lo vi, mirando hacia la puerta y esperando el destello que acabaría con él. No sabía que yo estaba malherido, que podía entrar y acabar el trabajo sin ninguna oposición por mi parte. Pensaba que el fuerte e inteligente Ulrik estaba fingiendo de nuevo y ahora le acechaba, tranquilo y letal, dueño de la situación. Muy bien. Intentaría que siguiera creyéndolo. Yo estaba perdido, pero él también, si podía convencerle para que se fuera. Cuando los monitores llegaran y encontraran mi cadáver y la nota que procuraría escribir antes que la muerte me

sorprendiera, Illini y compañía habrían cesado en su negocio de robar planetas y estarían en una penitenciaría. Me esforcé en encontrar mi voz y grité:

—No tendré en cuenta esta tentativa, Illini. Recoge al muchacho y lárgate. Estaré observando, y también las pantallas del monitor. Si intentas aterrizar de nuevo, tendrás que explicárselo a ellos.

—Así lo haré, Ulrik. Tú mandas. Tendré que usar un elevador para llevarme a Podnac...

No le contesté. No podía. Eso preocupó a Illini.

—¡Ulrik! Informaré que lo he encontrado todo en orden. No hagas ninguna tontería. Acuérdate de tus millones en créditos.

—Márchate —logré articular.

Le vi retroceder unos cuantos pasos y luego dar media vuelta y empezar a subir la cuesta. Las luces se desvanecían y volvían; yo perdía y recuperaba el conocimiento.

De repente volví a ver a Illini, guiando el cuerpo de su protegido, fláccido en el elevador. Cuando volví a mirar, ya habían desaparecido. Entonces dejé de apoyarme en la mampara y me sumí en la oscuridad.

Cuando me desperté, Johnny Trueno estaba sentado junto a mí.

Me dio agua. La bebí y pregunté:

—¡Estúpido buey! ¿Qué está haciendo aquí?

Yo dije esto, pero sólo se oyó un balbuceo, que provenía de mis pulmones agotados.

Estaba tendido con la cabeza apoyada contra la pared, del modo que él me había colocado, y miré su cara delgada, los labios agrietados y pelados, el cabello mate mezclado con trozos de hielo, y los ojos de un azul brillante fijos en los míos.

—Me desperté y vi que se había ido, Carl Patton. —Su voz había perdido la resonancia. Era la voz de un hombre viejo—. «Woola» me condujo hasta aquí.

Consideré sus palabras y entonces comprendí. Casi me hizo sonreír. Una nota escrita con sangre podía perjudicar los planes de Illini, pero un gigante vivo los reducía a la nada.

Hice una nueva tentativa y logré articular un susurro:

—Escúcheme, Johnny. Escúcheme bien porque no volveré a repetirlo. Todo era una treta..., una trampa para matarle. Este planeta está atiborrado de minerales que valen millones, billones. Pero..., la ley de la Liga..., no podían tocarlos mientras un gigante viviera. Los hombres que hay aquí nunca estuvieron en peligro. Por lo menos no debían estarlo. Pero hubo un cambio en los planes, que sólo podían llevarse a cabo después que usted desapareciera, y si continúa vivo... —Era demasiado complicado—. Olvídelo —dije—. Usted los ha vencido. Nos ha vencido a todos. Continúa viviendo. Ahora lo importante es que viva, así que tiéndase en el suelo. Aquí hay calor y provisiones de emergencia, es todo lo que necesita hasta que vengan a buscarnos, y entonces lo habrá logrado. Había un solenoide atascado, ¿comprende? ¿Sabe lo que es un solenoide? Y usted lo arregló. Salvó a los hombres. Será un héroe. Entonces no se atreverán a tocarle...

—Está seriamente herido, Carl Patton...

—¡Maldito sea, mi nombre no es Carl Patton! ¡Es Ulrik! Soy un asesino a sueldo, ¿comprende? Vine a matarle...

—Ha perdido mucha sangre, Ulrik —dijo con suavidad—. ¿Hay material médico aquí?

—Nada que pueda ayudarme. Me han metido mucha metralla. Mi cadera izquierda no es más que un amasijo de huesos y de carne. El traje me ayudó un poco..., pero no lo suficiente. Olvidémoslo. ¡Lo importante es que ellos no saben que usted vive! Si vuelven para echar una mirada y le descubren..., antes que llegue el equipo de salvamento..., vencerán. Y no pueden vencer, ¿entiende? ¡No les dejaré!

—En casa hay una máquina médica. Los doctores la colocaron allí durante la epidemia. Puede curarle.

—Claro..., y en el centro médico me harían bailar el somalí dentro de treinta y seis horas; y si no hubiera venido no me estaría ocurriendo esto. Olvídelo y dedíquese a mantenerse con vida...

Entonces debí desvanecerme, porque me desperté al sentir que alguien clavaba afilados cuchillos en mi costado. Abrí los ojos y vi mi traje abierto y mucha sangre. El gran Johnny me hacía algo en la pierna. Le dije que me dejara en paz, pero continuó cortándome, con una sierra roja y caliente, y vertiendo ácido en mis heridas. Después de un rato me desperté de un largo sueño; miré mi pierna, vendada desde la cadera con vendas del armario de primeros auxilios.

—Todavía le queda mucha fuerza, Ulrik —dijo—. Luchó conmigo como el demonio congelado.

Quería decirle que me dejara solo, que me permitiera morir en paz, pero no pude articular ningún sonido. El gigante estaba en pie, envuelto en sus pieles de color púrpura y verde. Me tomó en brazos y se dirigió a la puerta. Intenté gritar de nuevo, para decirle que ahora debía salvar lo único que quedaba: la venganza. Que ya había tenido la ocasión de jugar a san Bernardo en el rescate, que otra caminata sin esperanza por la nieve sólo significaría que Illini y compañía habrían ganado, después de todo; que mi estratagema no habría servido para nada. Pero era inútil. Noté que se tambaleaba cuando el viento le golpeó y oí cómo se conectaba el termostato de mi traje. Entonces la manta de algodón y lana me cubrió.

Apenas me acuerdo del viaje de regreso. El monitor metabólico del traje me mantuvo inconsciente..., esto y también las defensas de la naturaleza contra la sensación de ser transportado en hombros a través de una tormenta de nieve, mientras los huesos rotos supuraban y comenzaban a clavarse en la carne de mi muslo. Una vez miré la cara grande y helada y encontré los ojos nublados por el dolor.

—Déjeme aquí —dije—. No quiero ninguna clase de ayuda. Ni de usted, ni de nadie. Ganaré o perderé yo solo.

Él meneó la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué hace esto?

—Un hombre —contestó—, un hombre..., debe hacer lo que se ha propuesto hacer...

Continuó adelante. Era un cadáver, pero no quería echarse a morir.

Comí y bebí, por reflejo, de los tubos que tenía en la boca. Si hubiera estado consciente, me hubiera dejado morir de hambre para acortar la prueba. A veces estaba consciente media hora seguida y me sentía como un cuarto de buey colgado en el gancho de un carnicero; otras veces dormía, y soñaba que había aprobado los exámenes de ingreso en el infierno. Unas cuantas veces me di cuenta que me caía, que estaba tendido en la nieve, y luego de las enormes manos que me levantaban penosamente, gimiendo; del cuerpo grande y torturado que continuaba avanzando.

Luego hubo otra caída. La última. Permanecí allí tendido mucho tiempo, esperando la muerte. Y después de un rato me di cuenta que el traje no me dejaría morir tan fácilmente. La comida y las drogas de la nave, que mantendrían saludable a un hombre sano durante un año, mantendrían a un hombre moribundo en un estado de tortura casi el mismo tiempo. Mi destino era éste, me gustara o no. Abrí los ojos para decir al gigante lo que pensaba de aquello, y vi su casa a cien metros de distancia, acogedora entre los grandes árboles.

Salvé la distancia a embestidas, avanzando sobre una capa de hielo cortante. La puerta se resistió al principio, pero al final la empujé con todas mis fuerzas y cedió, y yo caí de bruces contra el suelo de planchas de madera. Entonces pasó otro lapso largo e impreciso, mientras me arrastraba hacia el enorme botiquín y me metía en su interior. Oí ponerse en

marcha la unidad de diagnóstico y noté como me palpaban los brazos sensoriales. Después permanecí inconsciente durante largo rato.

Esta vez, cuando recobré el conocimiento, estaba hambriento, tenía la cabeza clara, no sentía ningún dolor, y tenía la pierna enyesada. Busqué a mi anfitrión con la mirada, pero me hallaba solo en la enorme casa. En el hogar no ardía ningún fuego, pero hacía calor. En el pasado, alguien había instalado un calentador espacial de controles automáticos para que el gigante gozara de una buena temperatura cuando el fuego se apagase. Encontré algo de comida en los estantes y moví las mandíbulas por primera vez en muchos días. Era doloroso, pero satisfactorio. Conecté la unidad emisora y me preparé para contar mi historia al Universo, y entonces recordé que aún quedaban algunos detalles por aclarar. Fui hacia la puerta con la vaga idea de comprobar si Johnny Trueno estaba fuera, cortando leños para hacer ejercicio. Todo lo que vi fue un trozo de nieve barrida por el viento, los árboles gigantes al fondo) y el cielo gris, parecido a una lona mojada. Y otra cosa: un bulto alargado en la nieve, a medio camino entre la casa y el lindero del bosque.

El crujido de la nieve bajo mis pies sonó casi como una explosión en el silencio mientras caminaba hacia el bulto. El gigante yacía boca arriba, con los ojos fijos en el cielo, cubiertos por una capa de hielo. Tenía los brazos doblados y las manos abiertas, como si llevase a un niño. La nieve le cubría como un manto que le protegiera en su sueño. El perro estaba junto a él, helado en su puesto de guardia.

Durante largo rato, contemplé al gigante, y se formaron palabras en mi interior, cosas que requerían una voz para cruzar el golfo, más ancho que el espacio, y llegar adonde él se había ido. Pero todo lo que dije fue:

—Lo conseguiste, Johnny. Nosotros fuimos los inteligentes; pero tú fuiste el que hizo lo que se había propuesto hacer.

Pulsé la tecla de «emisión», para disparar el proyectil que hundiría a Illini y su tripulación como si pilotaran una canoa de plomo pero entonces, la pequeña y sabia voz de la discreción empezó a hablarme en un susurro. Aniquilarlos sería un bonito gesto por parte de un cadáver, muerto con una mueca de triunfo en el rostro. Consideraba incluso justificado hacerles explotar en el espacio para salvar de ellos el helado paraíso de Johnny Trueno, teniendo en cuenta la traición que habían intentado hacerme.

Pero yo estaba vivo, y Johnny había muerto. Y aquel millón aún me esperaba. No había nada en la cápsula que no tuviera su explicación en el gran escorpión que me había mordido la pierna. Johnny sería un héroe, y le levantarían un monumento en algún lugar donde no llegasen las naves excavadoras; yo me encargaría de ello.

Al final tomé la decisión adecuada, la decisión inteligente. Les dije lo que querían oír: que los hombres estaban a salvo, y que el gigante había muerto como un héroe. Entonces me dispuse a esperar a la nave de salvamento.

Cobré el dinero. Desde entonces he vivido medio retirado. Esto es una bonita manera de decir que no me he confesado a mí mismo que no acepto más misiones. He pasado el último año viajando, contemplando paisajes, disfrutando de los lugares de lujo, gastando una parte de la renta que me producen mis ahorros. He comido, bebido, y gozado de todos los deportes emocionantes, desde el esquí aéreo hasta el paseo submarino, pero sea lo que fuere lo que estoy buscando, tengo la sensación que nunca lo encontraré, como tampoco lo encontrarán los demás hombres sedientos de emociones.

Es un universo grande e impersonal, y los hombres insignificantes ansían algo que les confiera una estatura comparable a las estrellas.

Pero en un mundo donde una vez hubo un gigante, los demás estamos condenados a ser siempre pigmeos.

SACRIFICIO HUMANOIDE

J. T. MCINTOSH

El tema de la supermáquina suele ser objeto de mitificación —ya sea en sentido positivo o negativo— y de un tratamiento más bien solemne. No son muchos los relatos que abordan la materia con objetividad, y menos aún los que lo hacen con humor.

Éste es el caso del divertido relato que sigue, donde un malentendido entre humanoides y supermáquinas origina una embarazosa situación, en la que oficiará de mediador un astuto ingeniero terrestre, que más bien merecería el título de psicólogo de computadoras.

* * *

—Sé que es risible —dijo Kni, riendo para corroborar lo que decía—, pero esos terrícolas consiguen hacer cosas.

A tres mil kilómetros de distancia, en otro continente del planeta Psit, Bru emitió una risilla escéptica.

—¿Y cómo, con su pobre alcance tecnológico?

—Bien, lo que ocurre es que los miramos desde nuestro punto de vista tecnológico. ¿Cuáles crees que son los resultados, cuando los científicos establecen un test para artistas?

—¿Quieres decir que los terrícolas son más artistas que científicos?

Hubo una interferencia en la línea, muy breve. Kni se detuvo, sorprendido. Las líneas telefónicas no tenían jamás una interferencia. Siguió adelante, sin embargo, sin hacer comentarios.

—Es obvio que su capacidad es distinta de la nuestra. Por ejemplo, una cosa que confunde nuestra visión de su alcance tecnológico es que cuando hacen algo lo hacen lo suficientemente bien como para que funcione, y no mejor. Son inquietos, impacientes, perezosos. No revisan dos y tres veces, como hacemos nosotros; llevan a cabo su trabajo una sola vez y para siempre. Cuando ven que algo marcha lo dejan ir, y si se estropea, lo arreglan y en paz. Sólo si algo va mal con excesiva frecuencia y causa muchos problemas para arreglarlo, inventan otra cosa que no necesite tantas reparaciones.

Bru rió de nuevo, con incredulidad.

—Inseguro. Descuidado. Nada de eso suena como si tu terrícola fuera a sernos de mucha utilidad aquí, en Tfan.

Kni se mostraba evidentemente como un agente de propaganda terrícola en Psit.

—Depende de cuál sea el trabajo, por supuesto. Pero debes comprender que, debido a esta característica, los terrícolas son quienes mejor reparan en toda la galaxia. Tienen práctica. Cualquier terrícola que trabaje con máquinas da por sentado que antes o después la máquina va a ir mal y él tendrá que repararla; tiene una total confianza en que será capaz de hacerlo. Son particularmente buenos con robots y calculadoras...

—¿De veras? —dijo Bru, mientras su interés se acrecentaba—. ¿Y cómo?

—Te lo estoy diciendo; están acostumbrados a arreglar cosas que van mal. Nosotros no. Escucha, cuando nosotros terminamos de hacer una máquina, unimos, soldamos y remachamos su cubierta. No pensamos en que tendremos que sustituirla por otra o repararla. Los terrícolas ajustan sus cubiertas con tuercas y tornillos, con la absoluta convicción que tarde o temprano, tendrán que volver a desmontarlo todo pieza por pieza... —Se interrumpió bruscamente al notar una nueva interferencia. Después preguntó con curiosidad—: ¿Qué ocurre? No habrá interferencias atmosféricas...

—Para serte franco..., sí —dijo Bru de mala gana.

Esta vez fue Kni quien rió con incredulidad:

—¿Algo va mal con CAT [1] en tu área? Pero es imposible...

—No. Imposible no. Verás..., bien...

—Ahora comprendo que estés desesperado.

—Oh, no exactamente desesperado...

—Pero te aferras a un clavo ardiente. No crees realmente que mi terrícola sea capaz de ayudarte y, sin embargo, estás dispuesto a dejar que lo intente. ¿No es verdad?

—Sí —dijo Bru tristemente. Aquella conversación no era de su agrado. Los psitianos detestaban cualquier clase de problemas, y también reconocer sus errores. A pesar del hecho que, como supervisor del área de Tfan, Bru no estaba obligado, en teoría, a discutir sus asuntos con Kni, éste tenía una posición superior a la suya y podía, de quererlo así, solicitar un informe completo.

Sin embargo, Kni dijo afectuosamente:

—Bien, conozco la capacidad de este terrícola y estoy seguro que podrá serte útil. Te lo enviaré.

—Hazlo, por favor —dijo Bru, agradecido—. ¿Cuál es su nombre?

—John Smith.

—Un nombre peculiar. ¿Alguna forma especial de tratarle? ¿Tabúes, sensibilidad, rarezas religiosas?

—No. No lo creo. Hará sus concesiones.

—¡Que hará sus concesiones! —Bru se daba cuenta, con incomodidad, del hecho que Kni no tenía una opinión demasiado elevada de su inteligencia, pero esto era demasiado.

—Claro que sí —dijo Kni vivamente—. Tiene gracia. Bien, entonces, le preguntaré si quiere trabajar para ti. Dirá que sí, seguro..., sólo que tendrás que estar dispuesto a pagar.

—Lo que sea, si lo consigue.

—Estará de acuerdo. Los terrícolas inventaron la frase: *doble o nada*.

—Sólo una cosa más. —Después de lo cual Bru guardó silencio durante tanto rato que Kni empezó a pensar que se había cortado la comunicación. Finalmente Bru dijo—: En realidad..., ya hay un terrícola aquí, en Tfan.

—¿De veras? Pensé que John Smith era el único en este planeta.

—Bien..., sabes..., este terrícola no está exactamente vivo. Por otra parte, no está exactamente muerto.

—¡Oh! —dijo Kni, comprendiendo—. Uno de ésos.

—Sí. Lo que me preocupe es que no sé cómo reaccionará John Smith cuando se entere. Podría callármelo, pero John Smith andará por ahí y alguien puede hablarle de ese otro terrícola. O quizá visite el museo y lo vea.

Hubo un silencio, mientras Kni reflexionaba. Finalmente, dijo con animación:

—Bien, eso es problema tuyo. No dudes en llamarme si puedo serte de alguna utilidad. Belmurins

—Belmurins —dijo Bru, incómodo.

John Smith, cuya sola vestimenta eran unos calzones cortos y unas sandalias con suelas de amianto, salió de su cápsula a la cegadora claridad solar de Tfan.

—¿John Smith? —inquirió un esbelto robot.

—Siempre me han llamado así.

—¿John Smith? —repitió el robot.

—No otro.

—¿John Smith?

—Sí —dijo Smith, rindiéndose.

El robot tomó su equipaje, consistente en una única bolsa de viaje muy abultada, y lo condujo a un vehículo que se puso en marcha automáticamente. Cinco minutos más tarde, el vehículo se detuvo y Smith y el robot se dispusieron a bajar.

Smith parpadeó. Llovía ahora torrencialmente y el cielo estaba negro. Mientras observaba, la lluvia se convirtió en granizo y, después, otra vez en lluvia. Ciertamente, Tfan tenía una problema atmosférico.

—Rayos y truenos —dijo, desenvolviendo un impermeable.

—No comprendo —dijo el robot.

—No. ¿Por qué ibas a hacerlo?

Dos minutos después, Smith se inclinaba ceremoniosamente ante Bru, el supervisor del área de Tfan.

—Belmurins —dijo Bru dudosamente, mirando a Smith de arriba abajo.

—Belmurins.

Los psitianos eran humanoides (y por esto, naturalmente, llamaban humanoides a los humanos). Se asemejaban a los patos, sin embargo, más de lo que se asemejaban a John Smith. Delgadas piernas y grandes pies sostenían sus cuerpos en forma de huevo y cubiertos de plumaje, inclinados hacia delante como el del Pato Donald. Sus velludas cabezas podían girar en todas direcciones. A diferencia de los patos, poseían dos útiles y fuertes brazos provistos de grandes manos de seis dedos.

Parecían reproducirse por medio de huevos, pero no era así. Doce de ellos se juntaban, efectuaban unas maniobras tremendamente complicadas y algo dolorosas y, a su debido tiempo, producían un bebé psitiano. El pasatiempo no era popular, considerándose un deber social y nada más. En consecuencia, los psitianos tenían gran dificultad en comprender que otras razas sintieran inclinación alguna por el sexo.

—Tenemos un problema. Hombre —adelantó Bru.

—No me diga.

—Sí, lo digo. Lo acabo de decir.

Dudó. Su pensamiento no se hallaba en el problema del control atmosférico, sino en el terrícola del museo. La situación podía, en cualquier momento, volverse muy tensa. Ahora que aquellos terrícolas eran miembros de la Federación, con totalidad (o casi totalidad) de derechos, podía producirse una buena polémica sobre el hecho que, durante cientos de años, hubiera habido un terrícola en el museo de Tfan. Y ni siquiera era un terrícola muerto.

—Para ser breve, el control automático del tiempo en esta área va muy mal —dijo Bru, apartando con un esfuerzo su pensamiento del otro problema.

—¿Mal? Inconcebible. Ninguna de sus máquinas va nunca mal.

Los psitianos eran sordos a la ironía.

—Eso no es totalmente cierto, Hombre. Nuestro control del tiempo ha ido mal últimamente.

Dudó; luego decidió no dar por sentado el conocimiento de Smith de la situación general. Lo mejor era describir brevemente el pasado para el terrícola, de quien no se podía esperar que conociese la historia de Psit.

—Hace cien años —dijo didácticamente— que fue instalado el control automático del tiempo, Hombre. Consistía en seis coordinadores electrónicos, uno para cada área, y varios millones de piezas de equipo, bajo el control de los coordinadores. Dentro de cada coordinador se elaboró el modelo del tiempo que requeríamos. Asumieron toda la responsabilidad, proporcionando las condiciones atmosféricas de todo el planeta, utilizando todas las máquinas requeridas y modificando el ciclo atmosférico hasta conformarlo lo más exactamente posible al modelo que nosotros habíamos proporcionado.

—¿Quiere decir temperatura, lluvia, dirección y velocidad de los vientos, variación de las estaciones?

—Exactamente. Continuando, Hombre. Durante varios años, después de la instalación del CAT, no hubo efecto alguno en nuestro clima. Esto era de esperar: los coordinadores estaban recopilando y almacenando información, y experimentaban con los diferentes medios de control del tiempo que les habíamos proporcionado. Hace unos noventa años, nuestro clima empezó a estar bajo un control creciente y, para la época en que CAT llevaba ya veinticinco años operando, la instalación era un éxito rotundo.

—¿Qué clase de modelo era el requerido?

—La mínima variación posible de temperatura de un día a otro. Lluvia principalmente de noche. Cambios estacionales graduales y predecibles. Fuerza del viento nunca superior a cierta medida. Prevención de tormentas violentas o, al menos, localización de tormentas violentas en ciertas áreas prescritas. Evitación de extremos. Todo esto se consiguió en veinticinco años.

—Y, ¿qué es lo que ha ido mal?

Volvió el recuerdo de aquel terrícola del museo. Resultaba imposible concentrarse con una cosa como aquélla sobre uno. No había criminales en Psit, tal como otras razas entendían la palabra. Como raza, los psitianos eran incapaces de sentir la decepción necesaria.

Bru dijo abruptamente:

—Hombre, tenemos un terrícola en animación suspendida en el museo.

Smith enarcó las cejas:

—¿Qué tiene eso que ver con la atmósfera?

—Nada, yo..., ¿no le importa?

—Escuche, de qué hablábamos, ¿del tiempo o del terrícola del museo?

—¿No le importa el terrícola del museo?

—Cada cosa a su tiempo. Bien, hablemos del terrícola del museo. ¿Cómo es que está allí, cuánto tiempo lleva allí, y por qué no lo han liberado?

Bru dio un suspiro de alivio. John Smith iba a ser razonable, aparentemente. No iba a organizar un alboroto y a demandar una investigación a toda la galaxia sobre aquel asunto, como bien podía haber hecho. Algunos visitantes lo hacían, al descubrir especímenes de su propia raza en el museo de Psit.

—Mucho antes que ustedes viajaran por el espacio, Hombre —dijo Bru con más soltura—, nosotros, naturalmente, conocíamos vuestra existencia, así como todos los miembros de la Federación en aquel tiempo. Pero, de acuerdo con las leyes de la Federación, que ahora ustedes obedecen también, no se debe ocasionar interferencia alguna en el desarrollo natural de los mundos primitivos. Una vez que éstos consiguen viajar por el espacio, por supuesto, tenemos que tomar contacto con ellos. Bien, este terrícola fue recogido y traído aquí cien años antes que ustedes empezaran a experimentar con cohetes.

Smith emitió un silbido:

—¡Un terrícola de 1850! ¿Quiere decir que este chico ha estado en animación suspendida más de trescientos años?

—Sí.

—Y, ¿cómo es que se llevó a cabo este hecho de acuerdo con las leyes de la Federación? Si no es interferencia raptar a un terrícola vivo, no sé entonces lo que es.

Pero su voz era tranquila y su gesto no se había alterado. Bru respiró más aliviado todavía. Este terrícola poseía mejor control de sí mismo que la mayoría de los visitantes extranjeros que encontraban miembros de su propia raza conservados en láminas de cartón y bajo cristal, es decir, en un museo. El mismo Bru había tenido, en una o dos ocasiones, razón para desear que los zoólogos de Psit no hubiesen sido tan industriosos en recoger especímenes de tantos mundos y se hubiesen dado cuenta que, en pocos años, los mundos primitivos afectados iban a obtener su puesto y sus derechos en la Federación.

—Está permitido —dijo Bru—, recoger especímenes que, de todas formas, iban a estar muertos. Este terrícola fue rescatado de un primitivo barco de vela casi en el momento en que éste zozobraba.

—Entiendo. ¿Y no ha sabido nada desde el momento, hace trescientos años, en que el barco se hundía bajo sus pies?

—Ha estado en animación suspendida desde entonces.

—¿Y se le podría hacer revivir?

—Sí, si lo cree conveniente.

—Diablos, sí. Hagámoslo en seguida. Pienso en el *shock* que tendrá el pobre chico. Pero si hubiese tenido elección no hay duda que hubiese optado por vivir, mejor que por una muerte que no es muerte en cualquier lugar o tiempo. Va a pensar que esto es el cielo, o el otro barrio... ¿Dónde está el museo?

—¿Y el asunto del CAT? —dijo Bru.

Smith gruñó.

—Fue usted quien trajo a la conversación el otro asunto. Resolvámoslo primero, ¿eh?

—Muy bien —suspiró Bru. En ocasiones era más bien tonto poseer una conciencia. De todas formas, no se arrepentía de haberle dicho a Smith lo del terrícola del museo. Los psitianos, como raza, eran tímidos, sinceros, responsables, detestaban los secretos y el tener que ocultar cosas que podían producir problemas cuando, a la larga, se descubriesen. La presencia del terrícola en el museo no hubiera preocupado a Bru lo más mínimo mientras no hubiese ningún otro terrícola en Tfan. Sin embargo, una vez que Smith hubo llegado, Bru se sentía tan angustiado por la posibilidad de un escándalo que no había tenido más remedio que dejar escapar bruscamente lo que llevaba en el pensamiento.

Un cuarto de hora después caminaban por las salas del museo. Para ser exactos, era Smith quien caminaba, mientras Bru resollaba y se balanceaba tras él.

—Creo que está por aquí —gruñó Bru—. Sí, allí. Mire.

Smith miró y estuvo a punto de caer. Tan sólo pudo encontrar una palabra para expresarse, y la usó:

—¡Cristo!

—Yo no sabía que eran bisexuales —Bru tenía un tono quejumbroso.

—No se me ocurrió decírtelo —replicó Kni vivamente, al otro lado del hilo telefónico—. ¿Tiene eso alguna importancia?

—Tiene mucha importancia. Resultó ser que John Smith es de una clase y el terrícola del museo de la otra. Desde que vio el espécimen, está completamente trastornado y no he podido sacarle una sola palabra coherente. No me ha dejado siquiera decirle en qué consiste el problema del CAT. ¿Son siempre así los terrícolas cuando encuentran terrícolas de la otra clase?

—No lo sé. Nadie puede saberlo, excepto tú. Supongo que el terrícola del museo ha sido revivido.

—Aún no.

—¿Aún no? No comprendo. ¿Por qué se muestra John Smith tan fuera de control si el otro terrícola no ha sido ni tan siquiera revivido?

—Eso es lo que te pregunto —suspiró Bru—. Evidentemente, no puedes ayudarme.

—Nunca ocurrió una cosa así en Psit antes de ahora. Aparentemente tan sólo uno de los dos sexos terrícolas viaja por la galaxia, es decir, el de Smith, cualquiera que éste sea. De forma que no tenemos experiencia alguna sobre lo que ocurre cuando se encuentran dos terrícolas de diferente sexo. Por lo que tú dices, debe producirse un profundo choque emocional.

—De eso puedes estar seguro. Bien, ¿hay algo que puedas sugerirme?

—¿Para hacer que Smith se concentre en tu problema? No, no puedo sugerirte nada. Y a todo esto, ¿qué es lo que va mal con la atmósfera de Tfan? La nuestra va bien y si tu coordinador fallase, los otros harían su trabajo. ¿Cómo puedes tener problemas atmosféricos si nosotros...?

—Estoy seguro del hecho que la alteración atmosférica es puramente local —dijo Bru con cautela—. No debes preocuparte por ello.

—Espero que tengas razón.

Bru dudó un momento y luego dijo: «Belmurins», despidiéndose. Su intención había sido preguntar cuál era la táctica a adoptar con referencia a John Smith, pero, puesto que Kni había negado poseer conocimiento alguno sobre la psicología social de los terrícolas, su opinión no tenía ningún valor especial. Por otra parte, si continuaba hablando, las preguntas de Kni sobre el tiempo en Tfan iban a volverse más y más insistentes..., y Bru, probablemente responsable de lo que marchaba mal, se encontraba incómodo con todo aquello.

Como psitiano, se encontraba incómodo teniendo que guardar silencio. Su impulso natural era confesarlo todo, como había hecho en el caso de John Smith. Sin embargo, en el caso de Smith, ambos estaban cara a cara, pero no así en el de Kni. Aquello establecía una diferencia.

No habiendo recibido ayuda alguna de Kni, Bru tenía que tomar una decisión con respecto a Smith. Se sentía molestamente consciente del hecho que era posible que cometiese otro error...

Por lo menos, tenía la autorización de Smith (esto hablaba en favor de su raza) de revivir al otro terrícola, entendiéndose que no iba a emprenderse ninguna acción legal en contra. Eso ya era algo.

Smith daba vueltas por la habitación como el padre que espera un feliz acontecimiento. En cualquier momento, los psitianos vendrían a decirle que podía hablar con la chica y su impaciencia le impedía estarse quieto. Podía haber permanecido con ella, de quererlo así, durante todo el proceso, pero sabía que era desagradable y, en cierto sentido, carecía del interés de un parto. Por todo ello, prefería dejar aquello a los psitianos.

Sabiéndose uno de los cuatro terrícolas en sesenta años luz, todos varones, Smith había pensado prudentemente lo menos posible en mujeres durante los cinco años últimos. El tenía veintiocho y la última vez que viera a una mujer había sido a los veintitrés.

Por supuesto que había compensaciones para la clase de vida que llevaba. De no ser así, hubiese vuelto a la Tierra tiempo atrás. Las razas humanoides, como los psitianos, pagaban sumas fabulosas por sus servicios cuando tenía éxito en sus reparaciones, de forma que, si el asunto del CAT terminaba bien, podía retirarse de aquel ir y venir entre planetas extranjeros y volver a la Tierra, física y económicamente capaz de llevar una vida desocupada y tremendamente agradable.

Smith llevaba consigo unos cuantos libros y revistas, en caso de sentir un poderoso deseo de recordar la Tierra y la vida entre sus semejantes. Pero había llegado a saber resistirse a este deseo. Puesto que no era posible obtener un batido de plátano, lo mejor era borrar de la mente la existencia de los batidos de plátano. Y si había algo que desease más que un batido de plátano, entonces era mucho más necesario pensar en otra cosa.

De pronto, la visión de aquella muchacha (*Genus homo*, sexo femenino, periodo 1850, edad real trescientos setenta años aproximadamente, edad aparente veinte o menos), había desencadenado el caos en la máquina emocional de Smith, perfectamente controlada hasta entonces.

No era imposible, después de todo, conseguir un batido de plátano.

Para su exhibición en el museo, la muchacha había sido vestida con su indumentaria original, tratada para durar indefinidamente. Llevaba un traje de brocado negro bastante detestable, de cuello alto, mangas largas, hasta los tobillos y altas botas. En consecuencia, Smith había visto tan sólo su cara ya que nada se mostraba al descubierto de su figura; todo lo que sabía de ella es que era pequeña y delgada.

Había encontrado bellísimas sus facciones menudas y delicadas, y por un momento pensó si, como Frederick en *Los Piratas de Penzance*, estaba tan poco acostumbrado a ver mujeres que la más vieja y fea de ellas pudiera parecerle Venus. Una rápida consulta a sus revistas le había convencido que el rostro de aquella muchacha podía muy bien figurar en la cubierta de cualquiera de ellas, con peinado y maquillaje adecuados y un vestido lo suficientemente corto.

Bru entró de aquel modo tambaleante, seguido de dos robots negros y silenciosos, que se estacionaron junto a la puerta.

—¿Bien? —dijo Smith cortante—. ¿Cómo está?

—No he estado con los doctores. Hombre. No sé nada de sus progresos. Pienso que, mientras espera, puedo contarle más cosas sobre nuestro problema.

—No voy ni siquiera a escucharle.

—Cuando nos vimos por primera vez, pensé que era una criatura muy razonable para ser extranjero.

—Eso fue antes que me hablase de la muchacha. ¿Por qué lo hizo? Vamos a ver. ¿Por qué no terminó una cosa antes de empezar la otra?

Bru suspiró.

—Temía que usted se enfureciese. Quise dejar claro el asunto antes de seguir adelante. Ahora empiezo a preguntarme si alguna vez seguiremos adelante con el asunto.

Smith miró hacia la puerta, tras la cual los doctores psitianos se ocupaban de la muchacha de 1850. «Me pregunto cómo será esa cabecita morena sobre una almohada —murmuró para sí—. Es algo difícil de imaginar. Después de todo, la niña es victoriana. Probablemente no sepa nada sobre el amor.»

Bru tomó una decisión; volviéndose hacia los robots les dijo con firmeza:

—No se autorizará a este hombre a entrevistarse con el otro terrícola hasta que el CAT se encuentre en buen funcionamiento de nuevo. Deberán pasar estas instrucciones a todos los demás robots. Nada de lo que él o yo digamos revocará esta orden...

—¿Qué diablos está diciendo? —explotó Smith.

—Por favor, repita.

El robot al que Bru se había dirigido repitió:

—No se autorizará a este hombre a entrevistarse con el otro terrícola hasta que el CAT se encuentre en buen funcionamiento de nuevo. Pasaremos estas instrucciones a los demás robots. Nada de lo que usted o él digan revocará esta orden.

—Correcto —asintió Bru. Se volvió a Smith con expresión de disculpa—. Lo siento, Hombre, éste es, aparentemente, el único medio de...

Smith había logrado controlarse. No servía de nada perder los estribos con los humanoides; todo lo que se conseguía con ellos era hacerles pensar que uno era inestable.

—¿No ha pensado en esa pobre niña? —demandó—. Hay un miembro de su raza en este planeta (yo), y después de mantenerla casi muerta durante trescientos cincuenta años no la va a dejar...

—Hombre —dijo Bru pacientemente—, discutamos ahora sobre el CAT. Cuanto antes lo resolvamos, antes podrá reunirse con el otro terrícola. Es muy simple, ¿no?

Smith hizo una honda inspiración.

—No comprendo a los psitianos; tienen tanto miedo a que yo les traiga problemas que no me dicen por qué me han mandado a buscar, sino que sueltan de pronto vuestra confesión sobre la chica del museo. Entonces... Bueno. Suponga que les traigo problemas ahora. Suponga que informo a la Federación que...

—No puede, Hombre —dijo Bru, satisfecho—. Cuando firmó el documento, en nombre de su raza, en el que se convenía revivir al terrícola, convino también en no llevar a cabo ningún procedimiento legal.

Smith le miró con furia durante varios segundos. Luego dijo:

—Suponga que no tengo éxito.

Bru mostró agitación.

—Debe tenerlo. Kni tiene gran confianza en usted...

—Eso está muy bien. Pero si no lo logro, ¿qué le ocurrirá a esa muchacha?

—Por favor, inténtelo —suplicó Bru.

—Está bien —dijo Smith, con resignación—. Hable. Dígame lo que va mal en su maldita atmósfera.

Bru suspiró con alivio.

—Hace setenta y cinco años —dijo— CAT llegó a ser lo que todos habíamos esperado que fuese al instalar los coordinadores...

—Un momento. ¿Por qué seis coordinadores? ¿No hay interferencias?

—En absoluto, Hombre. Trabajan juntos. Su propósito es idéntico. Son independientes. Como iba diciendo, en los treinta años siguientes, el tiempo fue exactamente el que habíamos requerido. Entonces se volvió demasiado preciso.

—¿Demasiado preciso? ¿Qué quiere decir?

—En esos treinta años el CAT desarrolló tal control sobre las condiciones atmosféricas que cada día era una reproducción exacta del anterior. Todos los días ocurría lo mismo. Exactamente al mismo tiempo todas las mañanas, la lluvia se detenía. Exactamente al mismo tiempo, por la tarde, había una leve llovizna. Y exactamente al mismo tiempo durante la noche, la lluvia empezaba otra vez. Era posible poner los relojes en hora guiándose por el tiempo atmosférico. Había, por supuesto, variaciones estacionales pero el cambio era tan leve, tan gradual, que resultaba imperceptible de un día a otro.

—Bien, eso es bueno, ¿no?

—Los psitianos son muy susceptibles a la monotonía, Hombre.

—Debieron pensarlo antes, ¿no?

—Quizá, pero...

—Ustedes quisieron la mínima variación y la obtuvieron. Eso no suena tan terrible.

—Ahora lo sabemos. Si pudiéramos volver mañana a ese rígido control del tiempo, lo haríamos.

Smith frunció el entrecejo y después su rostro se aclaró.

—Empiezo a comprender. Metieron la nariz en CAT y éste ha empezado a hacer cosas raras.

—Sí. Afortunadamente la experiencia se llevó a cabo tan sólo en esta área, de forma que las consecuencias se reducen a...

La puerta se abrió y uno de los doctores psitianos entró de aquella forma vacilante.

—El terrícola despertará dentro de pocos segundos —dijo a Bru.

Smith dio un paso hacia la puerta. Los dos robots se movieron también. A través de la puerta, Smith pudo ver dos robots más aparecer en el corredor. La orden de Bru les había sido transmitida por radiorrobot. Cada uno de los robots de Tfan la obedecería como si le hubiese sido comunicada directamente.

—Por lo menos, le escribiré una carta —dijo con resignación.

—No sé si eso se puede autorizar —dijo Bru.

—Sí que se puede —dijo Smith con firmeza—, y lo será.

Lo fue.

La carta que diez minutos más tarde le fue tendida a la muchacha de 1850 —por mediación de uno de los robots, ya que la orden de Bru no prohibía la comunicación— decía así:

> Querida morenita:
>
> Hay tanto que explicar que no sé encontrar el principio. No temas nada de las extrañas criaturas con fisonomía de pato; no tienen intención de hacerte ningún daño.
>
> Es el año 2203 y te encuentras en un mundo muy distante de la Tierra. Tendrás que afrontar el hecho que ninguno de los que conociste vive ya, y también que el mundo en que viviste ha desaparecido. No se refiere a que la Tierra ya no exista; se encuentra allí todavía y pronto regresarás a ella, pero no será en absoluto como tú la recuerdas.
>
> Aparte de ti, yo soy el único terrícola en Psit. Los patos, que son los nativos psitianos, no hablan inglés y, por razones muy complicadas de explicar, no puedo reunirme contigo hasta haber terminado el trabajo que vine a hacer, trabajo que no tiene nada que ver con tu presencia aquí.
>
> Mi nombre es John Smith y tengo veintiocho años. Nací en San Francisco, Norteamérica. Creo que eres inglesa o norteamericana, o al menos que puedes comprender el inglés.
>
> Te adjunto una copia de *Currents Affairs*. Es la única revista de las que tengo que no lleva fotografías hasta que tengas tiempo de darte cuenta de lo diferente que va a resultar todo. No sacarás mucho en limpio de *Currents Affairs*, pero, al menos, demostrará que lo que te digo, no es una broma.
>
> Por favor, escríbeme. Puedes hacerlo. Tuyo. *John Smith*.

No bien hubo Smith terminado de escribir la carta y dado ésta a uno de los robots para su entrega inmediata, Bru continuó como si no hubiese habido interrupción alguna en su conversación.

—Creímos —dijo— que todo lo que había que hacer era crear una leve interferencia en el sistema de comunicaciones del coordinador de esta área, de forma que el control atmosférico quedase ligeramente desorganizado y la monótona precisión de los últimos cuarenta y cinco años interrumpida.

—¿Qué hicieron?

—Interceptamos mensajes de la estación de control de Psor, a mil seiscientos kilómetros de aquí; hicimos que las señales apareciesen confusas y enviamos nuestras propias señales.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El coordinador de CAT envió un equipo robot de reparaciones a Psor, y la estación fue registrada. Seguimos enviando señales falsas.

—Eso no fue muy inteligente —comentó Smith.

—¿Por qué no?

—Es obvio que el coordinador sabía que la estación de Psor estaba mintiendo. El CAT tiene tal control sobre Psit que los informes de las diversas estaciones no son más que confirmaciones; el coordinador sabe de antemano lo que las estaciones van a reportar.

—Eso es verdad, Hombre, pero creímos... Dime, Hombre, ¿cómo es que con tan bajo nivel tecnológico pueda entender de máquinas robot?

Smith podía habérselo dicho, pero no lo hizo. Hubiese sido como explicar los colores a un ciego o la música a alguien que no puede oír.

Muy pocas razas, aparte de la humana, diferían de un individuo a otro. En general esto era bueno, puesto que significaba una armonía que los humanos no conseguirían nunca. Pero, por otra parte, también significaba que los humanos conocían y toleraban las diferencias individuales de cualquier raza.

Cualquier ser humano ha conocido a alguien amable, o cruel, feliz, miserable, bueno, malo, animoso, perezoso, egoísta, altruista. En consecuencia, los terrícolas podían SUPONER, podían, por lo menos, tratar de pensar como lo haría otro terrícola, otro ser de diferente planeta, e, incluso, una máquina.

De esta forma, no era sorprendente que, en ocasiones, una raza superior, como los psitianos, tuviera que pagar grandes sumas para que les explicasen los actos de ciertas máquinas que ellos mismos habían provisto de una especie de cerebro.

—Así que el coordinador de área se rebeló —dijo Smith.

Bru sonrió con expresión de duda, sin gustarle la expresión «rebeló».

—Bien, ¿cómo diablos llamarlo entonces? —inquirió Smith—. Puede que yo me rebele por haberme desposeído de mi batido de plátano. El coordinador se rebeló porque empezaron a interferir en su trabajo.

—Muy bien —dijo Bru humildemente—. El coordinador del área se rebeló. En lugar de la máxima uniformidad, hemos tenido últimamente la máxima variación, Hombre. Debería haber un promedio de diez grados de temperatura y, en su lugar, lo hay de cuarenta. En lugar de lluvia cuidadosamente espaciada ocurre que, a veces, no llueve durante dos semanas y, al cabo de éstas, sobreviene una tormenta. Tengo cifras, si quiere verlas.

—Así que lo que les encantaría es que el coordinador volviese a la enloquecedora monotonía de hace unos cuantos meses.

—Creo haberlo dicho ya, Hombre.

—Me parece que el coordinador es la clase de computadora que se revisa a sí misma. ¿Componentes triples?

—Componentes quíntuples. Hombre.

—¿Con su propio departamento de reparación?

—Es completamente autónomo, Hombre. Sólo si uno de los coordinadores falla, los otros cinco se encargan que éste vuelva a funcionar perfectamente de nuevo.

—¿Y esto último no ha ocurrido? —dijo Smith con curiosidad.

—No.

—Entonces, ¿no es obvio que los otros cinco coordinadores están totalmente de acuerdo en lo que está ocurriendo?

Bru le miró, desconcertado y ansioso.

Se estableció una correspondencia entre Smith y la muchacha, quien resultó llamarse Henrietta Maugham-Battersby.

Se la mantenía en una pequeña *suite* y esto no parecía importarle demasiado; lo que podía ver de Psit desde sus ventanas la satisfacía por el momento.

La correspondencia se llevaba a cabo por medio de los robots. No había necesidad de direcciones. Los robots, con su intercomunicación, sabían casi siempre dónde estaba Smith, y no había nunca duda de dónde se hallaba Henrietta.

La primera carta de ella, escrita con una letra menuda y clara sobre papel plastificado y con una pluma verde, no llegó a Smith hasta la mañana siguiente. Decía así:

> Apreciado señor Smith:
>
> No puedo comprender por qué le resulta imposible venir a verme. Por favor, dígame la verdad. Siempre se me ha considerado una mujer fuerte y poco predispuesta a necesitar las sales porque alguien llame las cosas por su nombre.
>
> Le impiden venir a verme, ¿no es cierto? Cuando intenté reunirme con usted, comprobé que ciertas salidas me estaban vedadas por los hombres mecánicos, así que saqué mis propias conclusiones.
>
> Si tiene revistas con grabados, le suplico me permita verlas. Por supuesto, estoy interesada en lo que se lleva en 2203.
>
> Mi nombre es Henrietta Maugham-Battersby. Tengo, o tenía, dieciocho años de edad. Lo último que puedo recordar es que viajaba de Inglaterra a la India en el barco *Penélope*, para reunirme allí con mi padre, el coronel Maugham-Battersby, del Regimiento de Rifles número 53. Tal como usted dice, él y el resto de las personas que conocí deben estar muertas hace mucho tiempo. Lo he aceptado.
>
> Por favor, infórmeme sin demora de la verdadera situación. Atentamente, *Henrietta Maugham-Battersby.*

Él contestó inmediatamente, pero no envió su carta hasta tener alguna ropa dispuesta para ella. Esperaba que aquella ropa la sorprendería y, al recibir su respuesta más tarde, comprobó que había estado en lo cierto. La carta decía:

> Apreciado señor Smith:
>
> Es inconcebible que una orden de la criatura Bru a los hombres mecánicos pueda ser tan irrevocable como usted dice. Acuda usted a una más alta autoridad, y consiga una contraorden. Puesto que los psitianos se encuentran en una posición de dependencia con respecto a usted, estoy segura del hecho que puede ejercer la presión suficiente como para conseguirlo.
>
> Gracias por las prendas que me ha enviado, pero debe dar por descontado que no voy a usarlas. Los grabados de las revistas que me envió no consiguen convencerme del hecho que cualquier joven *decente* y *respetable*, en éste o en cualquier otro mundo, pueda ser capaz de semejante inmodestia. El hecho de haber podido encontrar mujeres voluptuosas que posen para semejantes grabados no constituye para mí sorpresa alguna. Puedo decirle que, en mis tiempos, semejantes representaciones no eran del todo desconocidas. Lo que mujeres voluptuosas de virtud fácil hagan no era, y no es, sin embargo, guía alguna para una joven respetable que se precie de serlo. Atentamente, *Henrietta Maugham-Battersby*.

La tercera carta de Smith fue escasamente algo más que una repetición de lo que dijera anteriormente. También la de ella. En su comunicación escrita había llegado a un callejón sin salida.

Apreciado señor Smith:

No haga, se lo suplico, ningún intento más para convencerme. Tal como se suele decir, no nací ayer. Es obvio que usted intenta aprovecharse de una mujer indefensa. No estoy tan indefensa ni soy tan crédula como usted parece pensar.

Esperaré hasta poder tomar contacto con la sociedad respetable de hoy día, y así estar en condición de determinar lo que se hace y lo que no se hace en esta época. Hasta entonces, me comportaré de acuerdo con mis propios principios de modestia y moralidad.

A pesar que usted ha traicionado mi confianza, debo, por supuesto, seguir contando con su ayuda para volver a mi mundo, a mi casa, tal como usted dice. Arregle usted un encuentro sin demora, por favor. Atentamente, *Henrietta Maugham-Battersby*.

Una vez recibida esta carta, Smith decidió que no habría más cartas. Se requería el contacto personal.

Había sido sorprendentemente difícil obtener las especificaciones exactas de las instrucciones originales del coordinador de CAT. Descuidadamente, Bru no había pensado siquiera en comprobar lo que Smith o cualquier otro técnico terrícola consideraban más obvio.

Se había dado al coordinador el control sobre la atmósfera de Psit, pero antes que una máquina haga algo, tiene que dársele no solamente poder para ello, sino también un motivo. Un coordinador de control de atmósfera tenía que *querer* controlar la atmósfera. Las normas dadas al coordinador debían contener también la explicación y el porqué de la conducta de CAT desde que Bru interfiriera con él.

Habiendo encontrado las normas en la biblioteca local, Smith las consideró cuidadosamente y llamó después a Bru:

—Quiero ver a Henrietta —dijo con firmeza.

—Sabe que eso es imposible, Hombre.

Smith meneó la cabeza.

—Aunque parezca extraño, fue ella quien adivinó cómo romper aquella prohibición; o, por lo menos, cómo actuar con respecto a ella. Ahí está lo que quiero decirle, Bru. No me sorprendería si tuviese alguna idea útil sobre su problema con el CAT, también.

Bru sonrió.

—Eso es ridículo, Hombre. Por el tiempo en que Henrietta-Hombre fue traído desde su planeta sus antepasados se encontraban tan sólo en la era del vapor.

—¿Y sabe usted qué clase de era fue ésa? No, no lo sabe, porque eso sucedió hace tantísimo tiempo en Psit que ni siquiera lo recuerda. Es la época en que todo funciona, Bru. Es la época de la expansión de la certeza, de la suprema seguridad. *Dios está en el cielo y todo va bien en la Tierra*. Es la era del sentido común.

Bru no dijo nada, no podía, al no tener una idea muy clara acerca de lo que Smith estaba diciendo.

—Nosotros aceptamos una situación —dijo Smith pacientemente—; por «nosotros» quiero decir usted y yo, a pesar del hecho que yo no estoy tan dispuesto a aceptar cosas como usted. Sabemos que cierto trabajo va a requerir mucho tiempo y problemas con el mecanismo y los componentes disponibles, e incluso más tiempo y problemas si fabricamos nuevos mecanismos y componentes, de forma que, al final, no lo hacemos. Los hombres y mujeres de 1850 hacían su trabajo como podían, y si no resultaba, lo hacían de nuevo. En 1850, mi ciudad, San Francisco, estaba siendo edificada en madera. Cuando se quemó, fue reedificada en acero, ladrillo y cemento.

Bru empezó a vislumbrar vagamente. Kni le había dicho que los terrícolas eran buenos en trabajos de reparación porque, a diferencia de los psitianos, estaban acostumbrados a la idea de reparar. En apariencia, lo que Smith decía era que esta predisposición en favor de reparar o sustituir, mejor que ajustar y reajustar, había sido más poderosa aún en 1850 que en 2203, incluso entre terrícolas.

—¿Sabe cómo devolver el CAT a su primitiva eficiencia? —preguntó Bru, directamente.

Smith replicó:

—Se lo diré después que Henrietta y yo hayamos tenido una pequeña charla.

—No me estará diciendo en serio que necesita la ayuda del Henrietta-Hombre...

—No. En serio no. Probablemente no dé más que contestaciones generales, como yo, pero podemos convertir estas respuestas en cosas prácticas. Podrá ayudar, Bru, ya lo verá. Fue idea suya acudir a una autoridad más alta para que su orden fuera cancelada.

—¿Una autoridad más alta?

—Kni. No es exactamente su jefe, pero le aventaja, y los robots lo saben. Kni sólo tiene que decir a sus robots que comuniquen a los suyos que puedo ver a Henrietta. Probablemente los robots se lo digan a usted para asegurarse, porque ésa es su forma de pensar, pero cuando usted confirme que las instrucciones de Kni superan a las suyas...

Bru se mostró agitado:

—No deseo la intervención de Kni, Hombre.

—Tendrá que aceptarla. Tal como dice Henrietta, yo puedo ejercer suficiente presión como para conseguirla. Si quiere que su coordinador funcione otra vez, comuníquese con Kni.

—Si lo hago, ¿puede garantizarme que...?

—No. No le doy ninguna garantía, Bru. Ahí es donde difieren su raza y la mía. Ustedes hacen cosas y esperan que funcionen, y hay que reconocer que generalmente lo hacen. Nosotros probamos algo *a ver* si funciona.

—Pero, ¿tiene usted algún plan?

—Seguro. Su coordinador de CAT está construido bajo el principio en que lo único que importa es el control atmosférico y que este control atmosférico significa excluir cualquier extremo.

—Todo eso es muy poco preciso.

—Cierto. El coordinador sabe también que ha sido construido por una raza orgánica sensible a los cambios climatológicos y que desea hacerlos lo más leves posible.

—Eso es aún más impreciso.

—Pero no menos cierto. —Smith sonrió de pronto—. Ya sabe todo lo necesario para comprender lo que ocurre y qué hacer con respecto a ello. Ahora quiero ver a Henrietta.

El desconcierto de Bru le confirmó que iba a ver a Henrietta.

Smith llevó a Henrietta a dar un paseo. Se había puesto pantalones y una camisa blanca. Ella llevaba aún su vestido de brocado negro.

La temperatura era de unos cuarenta grados.

Las complejidades de la ciudad parecían herir sus ojos, y pareció aliviada cuando la condujo hacia unos prados donde la hierba, a pesar de ser gruesa y amarillenta, era hierba sin lugar a dudas, y los arbustos, a pesar de ser color púrpura y capaces de un lento movimiento, tenían el aspecto de arbustos.

—Espero que comprenda, señor Smith —dijo ella con compostura—, que mi aparente conformidad con la situación no quiere decir conformidad con otras cosas que usted, de esto no hay duda, tiene en la mente.

—¿Y qué —preguntó él inocentemente— cree usted que tengo en la mente?

Ella alzó la nariz, enrojeció y no dijo nada.

—Deberá aceptar el hecho —dijo él— que transcurrirán por lo menos tres meses antes que usted vea a otros seres humanos, y seis antes de volver a la Tierra.

—Le repito lo que ya le dije en mi carta —contestó ella con frialdad—. No voy a tomar cuanto usted dice como guía de conducta actual, señor Smith. Cuando nos reunamos con otros... terrícolas, como usted los llama, tendré oportunidad de juzgar por mí misma.

Se detuvo, porque de pronto había empezado a llover torrencialmente. Pocos segundos después, la lluvia se convirtió en granizo.

Empezaron a correr hacia el único árbol a la vista, que constituía el único refugio próximo. Henrietta, entorpecida por su falda larga, no podía correr muy bien. Sin ceremonia alguna, Smith la tomó en sus brazos.

Cuando la dejó de nuevo sobre el suelo, al abrigo del árbol, ella dijo, sofocada:

—Gracias, señor Smith, pero debió haberme pedido permiso para...

—Está mojada. Tengo algunas ropas que mandé confeccionar para usted. Podrá cambiarse cuando volvamos.

—Nunca, señor Smith, ya le he dicho que... —sintió curiosidad—. ¿Hizo usted esas prendas?

—Sí, con la ayuda de un robot textil.

—¿Los hombres mecánicos pueden hacer cosas así?

—Los robots pueden hacer mucho más que ropa, Henrietta. Pueden...

—Señor Smith, aún no le he dado permiso para llamarme Henrietta.

—No importa, gracias, no lo necesito. Como iba diciendo, Henrietta, los robots pueden hacer mucho más que eso. Un coordinador electrónico controla la atmósfera.

—¿Sí? Pues parece estar haciéndolo rematadamente mal —dijo ella con acritud.

—Por eso estoy aquí, para arreglarlo. No creo que vaya a haber ningún problema. Después podemos ponernos en camino. La próxima nave en dirección a la Tierra, lo he preguntado ya, parte dentro de tres semanas y está tripulada por picors, que son bastante parecidos a los cocodrilos con cabeza de oveja. Es posible, pero poco probable, que haya otros humanos a bordo. En Pica podemos tomar otra nave hacia Nueva Italia, otro planeta del mismo sistema y colonia humana. Allí podrá ver seres humanos y hay también un servicio regular para la Tierra.

—¿Y nos llevará tres meses llegar a Nueva Italia?

Él asintió.

—Mire, ha parado de llover. ¿Quiere que volvamos?

—Sí, por favor. Hasta que arregle usted la máquina atmosférica, no creo que quiera salir a dar más paseos por el campo.

Volvieron a la ciudad.

—¿No siente resentimiento alguno contra los psitianos —preguntó Smith— por haberla sacado de aquel barco y traído aquí?

—No tendría sentido. Hubiera muerto, de no ser por eso. Y, además, será ciertamente interesante ver qué cambios ha habido en tanto tiempo.

—¿Incluso, aunque no crea nada de lo que los demás le dicen?

—He dicho todo lo que tenía que decir a ese respecto, señor Smith.

Bru andaba tambaleando y resoplando tras ellos.

—¿Por qué no vinimos en coche? —preguntó quejumbrosamente.

—Porque no quiero que los robots sepan lo que ocurre —dijo Smith—. Es algo que tengo por principio.

Se detuvieron. Henrietta, con su vestido negro tenía aún para Smith el aspecto de un paquete marcado: «No abrir hasta Navidades..., por lo menos.»

Observaron en silencio, durante varios segundos. Se encontraban en el patio de suministros, por donde entraban al CAT las materias primas. El enorme edificio alojaba el mayor depósito de CAT de Tfan, y el coordinador del área se encontraba a medio kilómetro de distancia. Frente al edificio había barras de acero, hojas de vidrio plateado, sacos de cemento y otros materiales que usaba el CAT. Los pequeños camiones robot iban de un lado para otro, llevando sin prisa los materiales dentro del edificio.

—¿No tiene importancia dónde se almacenen los materiales?

—No. Los camiones robot tienen muy poca capacidad de análisis. El CAT toma lo que necesita.

—Pero no ha precisado mucho material últimamente, ¿verdad?

—Al contrario —dijo Bru—. La demanda ha sido mucho más grande de lo normal. ¿Afecta eso en algo sus conclusiones?

—No, realmente. Si el suministro se interrumpiera aquí, el coordinador podría tomar lo que quisiese de los otros depósitos de CAT.

Henrietta no prestaba oídos a la conversación, ya que no hablaba ni entendía el psitiano. Observaba los camiones robot con apacible curiosidad. Había tenido la sensatez de darse cuenta que, por un tiempo, tendría que observar las cosas sin esforzarse demasiado en comprenderlas.

—Ayer —dijo Smith— pregunté a Henrietta qué hacer con respecto al coordinador. Ella dijo que la máquina le estaba castigando a usted por interferir en ella, y que para volverla a la normalidad tendría que mostrarle que el criminal había sido atrapado y castigado. Ése es usted, Bru.

Bru dijo:

—Eso es una tontería, Hombre.

Smith suspiró.

—Las máquinas son simples, Bru. La única razón para la existencia del CAT es registrar y controlar el tiempo. Usted empezó a interferir en sus operaciones. El coordinador de esta área llegó entonces a una conclusión simple y predecible. Debía ser la raza orgánica que lo había construido la que ahora interfería en su trabajo. El coordinador decidió entonces matar a todos los psitianos de esta área.

—¡Matarnos! —Bru no pudo reprimir un estallido de risa sarcástica.

—Es inútil negarse a creerlo. A una máquina no le importa quién la ha construido. El coordinador de CAT es autónomo. El coordinador, sabiendo que ustedes atacaban su función principal, decidió matarlos. Entonces, cuando todos los psitianos estuviesen muertos, podría controlar el clima a su antojo.

—Las variaciones atmosféricas no matan.

—No. Pero el coordinador no lo sabe. Ustedes le incorporaron la absoluta necesidad del hecho que el tiempo tuviese las mínimas variaciones, y a largo plazo. Cuando empezaron a interferir, él pensó: «Los psitianos son ahora mis enemigos. Para poder lograr el control de la atmósfera, debo matar a los psitianos. Por el momento, sólo es necesario actuar en esta área, porque es aquí donde se ha interferido con mi trabajo.» Comunicó con los otros coordinadores, que por supuesto, llegaron a la misma conclusión. Están esperando para ver lo que ocurre.

Bru ya no se reía.

—Parece haber una posibilidad, Hombre, en que usted tenga razón.

—Por supuesto que tengo razón. Un psitiano, o un terrícola, cuyo trabajo es construir máquinas de cortar hierba, se da cuenta que hay cosas que pueden ser más importantes que las máquinas de cortar hierba (comida, bebida y abrigo, por ejemplo. Un robot construido

para algo específico no sabe de nada más.) Ustedes han esperado que el coordinador continúe trabajando y se enfrente a la vez, con una horda de termitas, digámoslo así. Para el coordinador ustedes no son nada más que una horda de termitas. Si le dejan en paz, les dejará en paz Si no...

—¿El remedio? —dijo Bru ansiosamente—. ¿Hay algún remedio?

—Bien, antes que nada, no interfiera otra vez con él. Aprendan a acostumbrarse a la monotonía. Eso es lo que hay prescrito en el coordinador. Eso es lo que él quiere.

—Sí, sí. Pero, ¿para restaurarlo?

—Dé al coordinador un sacrificio humano.

—¿Cómo?

—Humanoide, digamos. Un sacrificio humanoide. Ésta es la entrada de provisiones del coordinador. El único medio de comunicar con él a excepción de los signos atmosféricos que recoge. Y como ha decidido recoger las señales que él quiere, este último no es un buen medio. No proporcionarle más suministros le haría creer que todos los psitianos de Tfan están muertos. Una forma mejor y más rápida es mostrarle que sus medidas han tenido éxito.

—¿Cómo?

—Dele cuerpos muertos. Puede analizar. Sabrá lo que son. El coordinador no es un patólogo, no sabrá cómo y por qué murieron los cuerpos. Afortunadamente ustedes, los psitianos, no se preocupan por lo que les ocurre a sus cuerpos cuando están muertos... Recojan los cadáveres de Tfan durante una semana y tráiganlos aquí.

—Eso se podría hacer. ¿Cree usted de veras que...?

—El coordinador no tiene ni idea de cuántos psitianos hay. Lo que él *quiere* es volver a las mínimas variaciones lo más pronto posible. Por razones que le parecieron excelentes, intentó matar. No sería muy difícil convencerle de haberlo conseguido.

—¿De qué están hablando que les toma tanto tiempo, señor Smith? —preguntó Henrietta.

—Sólo del tiempo —dijo Smith.

—Así que resolvió usted ese pequeño problema —dijo Kni—. Bien. Sabía que lo haría. Bru no es una persona muy inteligente.

—No —acordó Smith—. Ustedes, los psitianos, difieren unos de otros en carácter menos que la mayoría de las razas. Pero hay siempre diferencias en inteligencia e imaginación.

A Kni ya no le interesaba Bru.

—He reservado dos pasajes en la nave de Picor, tal como usted me pidió. Le gustará saber que hay otros dos terrícolas que viajan en ella.

—¿Sí? —dijo Smith.

No era una idea que le gustase demasiado. Había llegado a confiar que en tres meses solo con Henrietta tendría oportunidad de hacerla cambiar de parecer en muchas cosas. La compañía de otros dos terrícolas era lo último que hubiese deseado.

—Sí. Su amiga, el otro terrícola, ya los conoce.

Si Smith lo hubiese sabido, no hubiera dejado a Henrietta adelantarse hacia la nave mientras él sostenía su última entrevista con Kni. Había unas cuantas formalidades que llevar a cabo acerca de la transferencia de la formidable cuenta bancaria de Smith a la Tierra, y transcurrió cerca de una hora antes que él pudiera dirigirse al espaciopuerto.

Era muy poco probable que volviese a ver Psit o a Kni otra vez.

Smith corría hacia la nave de Picor cuando Henrietta salió apresuradamente para reunirse con él. Llevaba un vistoso vestido verde que demostraba, sin lugar a dudas, que había valido la pena esperar a que el paquete fuese abierto.

—He conocido a los dos terrícolas —dijo sin aliento—. Siento haber dudado de usted; ha sido muy paciente conmigo..., es obvio que me ha estado diciendo la verdad durante todo el tiempo.

—¿Huh?

—Parece gente agradable. La chica me ha contado un montón de cosas.

Smith se reunió con los «dos terrícolas», a quienes Henrietta iba a tomar por modelos, unos minutos más tarde. La chica le saludó con una sonrisa, complacida.

—¿Cómo está? —dijo soñadoramente.

El hombre dijo:

—Nuestro nombre es Gordon. Nosotros... —se ruborizó y sonrió después con fatuidad—, estamos haciendo un largo viaje de novios.

[1] CAT: Control Automático del Tiempo.

MONEDAS

LEO P. KELLEY

En su conocido ensayo El Miedo a la Libertad, *Fromm pone de manifiesto e interpreta el generalizado temor del hombre contemporáneo a tomar decisiones autónomas.*

No es arbitrario imaginar un futuro post-atómico en que este temor a la decisión haya sido llevado a sus ultimas consecuencias, convirtiéndose en auténtico tabú.

Probablemente, después de leer este relato, la próxima vez que dude entre ir al cine o ver la televisión (¡espero que no se le planteen disyuntivas más graves!) no lo decidirá lanzando al aire una moneda.

* * *

Esta noche era después de Aquello.

Había sido después de Aquello por lo menos durante tanto tiempo como Lank podía recordar. Él tenía ya diecinueve lanzamientos, en once de los cuales había participado (desde que contaba ocho años, según exigencia del antiguo ritual) sin perder ninguno. Y se alegraba de ello.

Ahora, mientras se abría camino entre el bosque de lanzas levantadas, que habían sido árboles vivos antes de Aquello, la noche le acariciaba con sus aterciopeladas manos, y su roce le hizo estremecer, incapaz de evitar la sensación de placer que le invadía a pesar del hecho que pronto cumpliría su vigésimo lanzamiento.

Vadeó un riachuelo y se sacudió vigorosamente al alcanzar la otra orilla. El agua le chorreaba por el largo cabello y el taparrabos que llevaba alrededor de las caderas. En su carrillo izquierdo, totalmente a salvo, su moneda chocaba contra sus dientes.

La necesidad de desperezarse se apoderó de él. Escupió la moneda, la recogió del fango y la lanzó al aire con destreza.

«Si es cara me desperezo.»

Cruz.

Lank lanzó una maldición.

Con resignación, volvió a meter la moneda en la cavidad del carrillo, y el barro granulado chocó contra sus dientes. Apresurándose, se dirigió hacia una colina que había frente a él. *Cruz.*

Allí arriba, en el monte, brillaba la luna en cuarto creciente. Cuando Lank llegó a la cima, la luna se había alejado. Descendió y pasó frente a las ruinas de Randland, sudando de miedo, y continuó a través de los campos en los que había diseminados objetos de antes de Aquello. Chatarra derretida, viejos automóviles. Campanarios derrumbados.

Hizo un alto en la plaza de los pozos, respirando en forma entrecortada, con los ojos medio cerrados y las piernas en tensión. Un sonido. Movió la lengua, empujando la moneda entre los dientes, y cerró los labios. Esperó, con los músculos tensos, mientras observaba.

Ella salió de uno de los pozos y empezó a alejarse con rapidez, mientras las compactas cenizas, muertas y desoladas, se arremolinaban en sus tobillos para dejar constancia de su paso.

Lank escupió. La moneda cayó en su mano, rebotó hacia arriba y hacia abajo. *«Cara, la mato; cruz, la hago mía.»* La moneda estaba frente a él, como un ojo de cobre entre las cenizas. *¡Cruz!*

Lank se abalanzó. Dio dos vueltas, murmurando y moviendo la cabeza de un lado a otro. Ella no lanzó su moneda, y esto sorprendió a Lank. En cambio, se desvió velozmente y siguió corriendo, para alejarse de él.

Lank la siguió, a toda velocidad. Ella no le prestaba atención. Cayó sobre ella, y los ciegos cráteres de la plaza de los pozos fueron los únicos testigos de su encuentro.

La joven gemía debajo de él, y le clavó los dientes en su hombro, lo cual divirtió a Lank. «Que muerda, pero si las monedas lo quieren, dará a luz a un niño —pensó—, que tendrá los ojos del color de la sangre, como los míos.»

Otros jóvenes de ambos sexos pasaban entre las vigas y los maderos calcinados y ennegrecidos por el fuego, deteniéndose para reír y señalar la escena que tenía lugar ante ellos, mientras se dirigían hacia el terreno del lanzamiento anual.

Lank se separó de la chica y se dejó caer, boca abajo, sobre el duro suelo con el corazón latiéndole apresuradamente. Tocó con el dedo la carne de su hombro, desgarrada por los dientes de la chica, lo lamió y volvió a tocar la herida. La sangre tenía un gusto salado.

Simuló que no la veía acercarse, pero cuando ella levantó el brazo, rodó hacia el otro lado. Su brazo cayó y el trozo de vidrio de antes de Aquello, que sostenía en la mano, se hundió en la tierra. *Coca*, se leía en el vidrio verde.

Y entonces el temor se apoderó de Lank. No era temor de haber sido herido, sino otro peor. ¡Se dio cuenta del hecho que la joven no había lanzado antes de atacarle! ¡Estaba seguro de ello! La había estado observando todo el rato.

—La moneda —refunfuñó, como maldiciéndola.

Ella levantó la cabeza unos centímetros sobre el barro. Sacó la lengua.

—¡Matar! —dijo.

—No la has lanzado —acusó él.

Empezaba a temer a aquella chica más que a las muertas ruinas de Randland o a los mares envenenados que, según decían, aún existían en alguna parte. Lank calculó que ella no debía haber visto más de ocho o nueve lanzamientos. Esto significaba que era más viejo que ella; y tal vez más hábil.

Ella alargó el brazo, con un movimiento rápido como un latigazo, para recoger su arma. Lank le agarró la mano. El fragmento de vidrio continuó clavado, impotente, en la tierra.

—*Tú* lo has querido —gruñó.

La joven sacudió su larga cabellera, como si quisiera esconderse tras ella.

—La primera vez, no.

Lank lanzó el arma al pozo más cercano. Se sentía manchado. La chica había decidido matarle, sin recurrir a la moneda. Cuando ella se levantó y corrió junto al borde del pozo, Lank la miró alejarse, deseando que hubiera salido *cara* en su propia moneda; entonces habría podido matarla. Ahora se había ido, y él se sentía enfermo de odio. Había oído decir que, a veces, se pasaba por momentos de locura en los que la acción no seguía al lanzamiento, sino que se ejecutaba por elección. Meneó la cabeza y agradeció a las monedas que no fuera antes de Aquello. Pero este pensamiento le preocupó. ¿Acaso podían regresar las antiguas costumbres de antes de Aquello? La idea le atemorizó y luego le encolerizó. Deseó que la chica perdiera el lanzamiento.

Lo perdió. Y también Lank.

La había buscado entre los cientos de personas congregadas en el lugar del lanzamiento, y la encontró echada sobre la rama desnuda de un árbol muerto. Se quedó a unos metros de distancia, incapaz de apartar la vista de quien podía causar tanto daño. Vio que tenía la moneda en la cavidad de su oreja derecha, dispuesta.

Frente a la multitud de la cual Lank y la joven eran simples fragmentos, un muchacho desnudo se erguía sobre un simbólico montón de escombros, demasiado joven para haber lanzado alguna vez; era el elegido para este lanzamiento. Madera quemada, metal retorcido, huesos blancos y rotos, ése era el estrado en que se hallaba el solemne chico de ojos oscuros, que agarraba la moneda en su pequeño puño.

—¡Lanzamiento! —Un murmullo recorrió la multitud.

—¡Lanzamiento! —Una súplica, que muchos deseaban que no fuera escuchada.

Y entonces se oyó un murmullo creciente, acompañado por una oscilación de los cuerpos y un destello de monedas circulares de plata y cobre, que el gentío echaba al aire, una y otra vez, para animar al niño.

—*¡Lánzala, lánzala, lánzala!*

Silencio.

Todos contuvieron el aliento; un silencio estéril.

El niño levantó el puño y lo abrió, dobló el pulgar y sostuvo la moneda con el índice doblado. Y entonces la lanzó. En el mismo instante, extrañamente rígido, exclamó:

—*¡Cruz, ganas; cara, pierdes!*

Su moneda subió y cayó en la diminuta palma de su mano. Los ojos de la multitud la siguieron, mientras lanzaban sus propias monedas.

—*¡Cara!* —gritó histéricamente el niño, cayendo sobre el montón de escombros y arañándose el rostro.

Lank bajó lentamente la mirada hacia su propia mano. *Cara*. Se puso rígido. Entonces miró hacia arriba, al árbol y a la chica. Tenía la cabeza alta y le brillaban los ojos. «Esto significa —pensó Lank— que le ha salido *cruz*.» Mientras empezaba a alejarse en compañía de todos los demás perdedores, casi se olvidó de ella, pensando solamente en el horror que le esperaba y que debía soportar.

Mientras él y los demás iniciaban su caminata, localizó a la chica al borde de la multitud. Indiferente, o dando la impresión de estarlo, caminaba entre el polvo y los escombros.

Lank se movió hacia ella, impulsado por el odio. Había hecho el amor con ella, pero no era en esto en lo que pensaba ahora. Quería saber qué haría ella, cuando todos bajaran a las montañas de Randland.

No había nadie que les apresurara. Tampoco necesitaban que lo hicieran. Porque ésta era la costumbre de después de Aquello; y así había sido siempre, hasta donde alcanzaba su memoria. Las monedas lo decretaban todo. Por lo tanto, caminaron la mayor parte de la noche, entre llantos y gemidos, tirándose del cabello. Hacia Randland.

Cuando llegaron, penetraron en un resquebrajado y medio derruido edificio, y encontraron el pasadizo que conducía al interior de la tierra, donde reinaba el terror. Otros, que perdieron antes que ellos, habían esculpido toscos escalones que descendían junto al vacío hueco del ascensor.

Lank se acercó a la chica.

—Soy el mismo de antes —le recordó, con la boca seca y la piel mojada por un sudor frío.

Ella apenas le miró, tal como hubiera mirado un cielo sin estrellas.

—Me alegro del hecho que hayas perdido —le dijo Lank, con aspereza.

Ella se encogió de hombros.

—No es la primera vez.

—¿Cuántas veces has lanzado?

—Nueve. La última vez también perdí. Pero sobreviví.

—Yo siempre he ganado —declaró Lank con orgullo.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora.

—Ahora tú y todos nosotros careceremos de monedas. Como era antes de Aquello.

Llegaron abajo y entraron juntos en la cámara acorazada.

—Me llamo Doll —dijo la joven.

—Yo, Lank.

«Tiren vuestras monedas», bramó una voz que no venía de ninguna parte y de todas a la vez.

Se oyó un sonido de metal que caía, como una ruidosa lluvia. Una cosecha abandonada; monedas de todas las denominaciones cubrían el suelo antiséptico. Medios dólares, diez centavos, cuartos, peniques, níqueles, como dioses moribundos sin discípulos.

«¡Hacia la izquierda! ¡Hacia vuestra izquierda!», bramó de nuevo la voz.

—¿Qué nos harán? —preguntó Lank.

—Dicen que cada vez es diferente —replicó Doll—; y, sin embargo, lo mismo.

Su respuesta no tenía sentido para Lank, y no le tranquilizó.

De repente, diez hileras de botones de colores surgieron en la anteriormente lisa superficie de la pared.

«Ustedes, que eran hombres y mujeres —habló la voz de nuevo—. Ahora que están sin monedas, ¡elijan!»

La gente contempló, atemorizada, los botones de colores, y después se miraron unos a otros. Esto era muy diferente de todo lo que sabían o habían imaginado en la pardusca superficie de la tierra desolada por los átomos, ahora tan lejos de ellos.

«Empujen y presionen. Empujen y presionen. ¿Empujar o no empujar?», entonaba la voz, inexpresivamente.

Una mujer apretó, vacilando, el botón más cercano a ella, aplastándolo contra el panel. Inmediatamente, aparecieron unas mesas llenas de comida, que se levantaban del suelo, haciendo tropezar a la asombrada gente.

Muchos, acordándose del hambre que el temor les había hecho olvidar, comieron con voracidad.

Lank se acercó para recoger una fruta que no le era familiar.

Doll interceptó su brazo.

—¡No lo hagas! —dijo.

Él se quedó mirándola sorprendido; pero no la comió.

Un hombre que había junto a Lank, masticando todavía, presionó el más verde de los botones, animado por la aparición de la comida en respuesta a la elección de la mujer.

Un ácido cayó, en translúcidos chorros, sobre la gente aterrorizada, y les hizo precipitarse hacia otras habitaciones adyacentes a la que contenía los botones.

Allí, lanzando alaridos, intentaron curar su carne quemada. Muchos de ellos murieron a causa de la comida envenenada.

Lank gritaba de dolor, que no provenía de su piel escaldada, sino del terror que invadía todos sus sentidos. Dio media vuelta y corrió por la habitación, que ahora ya no entrañaba peligro, y por el pasillo que conducía al lugar donde debía hallarse el hueco del ascensor. En vez del hueco, encontró una sólida pared. Sollozando, volvió a la habitación llena de monedas, buscó la suya, invadido por el pánico, y la encontró, reconociéndola por las muescas que había hecho en la cara de cobre de un hombre barbudo que había en la superficie.

La lanzó. La moneda le dijo que se escapara. Sus sollozos se convirtieron en un gemido, porque no podía obedecer. El impenetrable muro se lo impedía. Desesperado, se metió la moneda en la boca.

«Empujen y presionen, empujen y presionen. Escojan un botón. *¡Decidan!*»

La gente, aquellos que aún vivían, eran empujados de nuevo a la habitación de los botones, por largas baquetas rectangulares que salían de la pared como pistolas, forzándolos a apretar botones, desesperadamente y al azar.

Cuando lo hicieron, aparecieron unos pequeños cuchillos que se clavaban en la carne. Finas agujas de fuego brotaban como peces rojos para freírlos, y acallaron muchas bocas.

Lank se metió en una hendidura entre dos paredes, con los ojos desorbitados y la saliva cayendo de sus labios. Vio a Doll tendida en el suelo. Vaciló. Entonces dio un brinco, esquivando las llamas, la agarró y la arrastró hasta su diminuto refugio. Asombrado de su propia acción, la dejó caer en el suelo, a sus pies, mientras la pared cobraba vida repentinamente y aparecía la figura tridimensional de un hombre, con un uniforme desgarrado y yelmo, rodeado de brillantes flores, que, según pensó Lank, debían haber crecido antes de Aquello. Vio moverse al hombre, que se arrastraba a través de un follaje carente de pájaros, y aparecer a otro hombre y el objeto que había en sus manos resplandeció; oyó una fuerte explosión, vio al primer hombre que se tambaleaba y caía. Mucha sangre empapó su uniforme y las flores. Los ojos del hombre moribundo se posaron en Lank, a través de la pared. «Hay sorpresa —pensó— en su rostro y en sus ojos. Como cuando los perros me olfatean en las llanuras y se acercan ladrando. Entonces yo tengo este aspecto.»

Otra voz sonó profunda:

«¡Ya he llegado a una decisión, caballeros! Y mi decisión, como todos ustedes saben, es definitiva y vital para la nación. He decidido declarar...»

En la pared apareció ahora una consola de interruptores, botones y dedos que apretaban sin descanso, rápidamente. Luego, un lugar de antes de Aquello. Piedras, ladrillos y cuerpos. Todo ardiendo, ardiendo como flores de fuego en un jardín de blanca luz. Y, sobre todo, un espeso halo de denso humo, seguido por el bramido del viento despiadado de la tormenta de fuego.

«¡Ya he llegado a una decisión, caballeros...!»

La imagen empezó a desvanecerse de la pared.

El eco, como un malicioso fantasma, repitió:

«... Decisión...»

Lank sintió que el alivio le hacía tambalear. Ayudó a Doll a ponerse en pie.

—Ya se acaba —dijo, a ella y a sí mismo.

Con lentitud, Doll movió la cabeza, dudando.

Un ruido irritante y luego el repentino y dulce sonido de una voz de mujer, desesperada, suplicando:

«Deja de fabricar esto, Murphy, ¡te lo suplico! Ésta no es la solución. No estuvimos equivocados al decidir. El error estaba en algunas de nuestras decisiones. De todos modos, ya ha pasado.»

Lank se puso rígido y escuchó con atención.

«¡Vete al infierno, Marie! El lanzamiento que he enseñado a los supervivientes y este macabro circo que estoy organizando aquí garantizarán que nunca más habrá guerra. ¡Eh, cuidado! Has puesto la cinta equivocada. ¡Quítala!»

Al cabo de un momento, la voz repitió:

«Aprieten y presionen. Aprieten y presionen. *Escojan*.»

La gente atemorizada que había en la habitación, gritó:

—¡No!

«¡Decidan!»

—¡No, oh, no!

Lank guardaba silencio, observando y escuchando, al igual que Doll.

«Entonces, ¿no lo harán?»

Por toda respuesta, sólo hubo peticiones de clemencia por parte de los que nunca la habían conocido.

La voz habló de nuevo, inexpresiva, calmosa:

«Han visto a vuestros antepasados y los resultados de sus decisiones. Sus decisiones —continuó la voz—, tomadas por ellos mismos con la deficiente fibra de sus propios cerebros individuales. ¡Adelante y no les imiten!»

En alguna parte de la lejanía, Lank oyó el sonido del metal chocando contra el metal. Dio la vuelta y se quedó mirando el pasillo, con Doll detrás de él. En la cámara acorazada la pared se había retirado, dejando ver los escalones, que subían por el hueco del ascensor.

«¡No decidan! —gritaba la voz—. ¡Han visto el amargo fruto de tomar decisiones!»

Torpemente, la gente recogió sus monedas. Algunos las besaron, algunos las apretaron contra su frente; otros hicieron con ellas extraños movimientos en el aire. La pared se ennegreció y se convirtió de nuevo en una pared lisa.

La gente salió de la habitación, y empezó a subir apresuradamente por el hueco del ascensor. Lank estaba entre los primeros. Los muertos quedaron atrás.

A medio camino se detuvo, ignorando las maldiciones y los gritos de los que le seguían. Empujando y gritando, se abrió camino hacia abajo derribando a la gente que encontraba a su paso.

—¡Ven! —gritó a Doll, que todavía permanecía en la ahora silenciosa habitación.

—Vete —le dijo, moviendo la cabeza—. No volveré a subir. Allí sólo hay muerte. Me quedaré aquí.

La indignación obligó a Lank a alejarse de ella. Entonces se volvió a mirarla.

—¿Quieres morir aquí? ¿Es eso lo que quieres? ¿Con moneda o sin ella?

Doll asintió, sin mirarlo a él, sino al suelo.

Él escupió su moneda en la mano y la lanzó. Pero entonces, extrañamente triste, dejó caer la moneda al suelo, se abalanzó a través del umbral, agarró la muñeca de Doll y empezó a arrastrarla hacia el hueco, cuando...

«Tiren vuestras monedas», bramaba otra vez la voz. No venía de ningún sitio y de todos a la vez.

Lank giró en redondo, asombrado.

«¡Hacia la izquierda, hacia vuestra izquierda!»

Moviéndose ágilmente, Lank volvió corriendo a la pared, ahora sin botones, y esperó. Pronto, como había adivinado, los botones reaparecieron.

«Aprieten y presionen. Aprieten y presionen.»

Agachándose, olfateó a lo largo del muro, donde se juntaba con el suelo. El olor del tiempo. Tocó el suelo con los dedos. Estaba caliente. Corrió hasta el lugar donde había caído su moneda, la recogió y regresó junto al panel de los botones. Insertó la moneda en la hendidura donde el panel no se ajustaba perfectamente a la pared que lo sostenía. Trabajó con diligencia durante unos minutos, y al final logró apartar el panel de la pared. Su moneda resonó al caer al suelo.

Examinó con cuidado el espacio de detrás del panel, y vio las cintas girando silenciosamente en sus ruedas, vio las máquinas que proporcionaban energía al complejo automático activado por los impulsos bioeléctricos de los cuerpos humanos cuando entraban en la habitación, a través de la angosta puerta, y vio el esqueleto en el suelo, cubierto de harapos.

Sin entender nada, Lank estudió las letras bordadas en rojo en aquellos harapos: «Arrepiéntete.»

Se sintió desolado, pues no tenía la moneda en la boca.

Más tarde, bastante después de descubrir la puerta de la habitación de la computadora automática, encontraron los armarios de donde había salido la comida congelada, y la cinta transportadora que la llevaba y depositaba sobre las mesas, y los frascos de veneno que se volcaban para verter su líquido mortal sobre las patatas y las naranjas.

Comieron, pues no lo habían hecho cuando la comida entró por primera vez en la otra habitación. Lank miró a Doll. A pesar que estaba muy cansado, sintió un deseo en sus entrañas. «La deseo», pensó. Pero recordó que su moneda estaba en el suelo de la habitación contigua. Sin ella no podía...

Doll vio la aturdida expresión de su cara. Notó la presión de su brazo, primero la de un solo dedo, luego la de toda una mano, y su torpe suavidad la impresionó y la hizo llorar.

—No me dejaste comer cuando aparecieron los alimentos —dijo Lank, sorprendido. Vaciló, mirando con sospechosa ignorancia las cintas del programa que todavía giraban y la celda de combustible incandescente.

—Ya había perdido antes —contestó Doll—. Tenía miedo de lo que pudiera pasar.

Lank la llevó fuera de la habitación, cerró la puerta con cuidado detrás de él y con algo de miedo colocó en su lugar el panel de botones. Una quietud le sobrecogió. Deseaba desesperadamente salir de aquel lugar desde que habían perdido, y encontrarse en la familiar superficie de la tierra, bajo las estrellas.

Doll señaló el suelo.

—¿Y tu moneda?

Lank la vio brillar a la clara luz, que era una especie de oscuridad. Escupió encima en un arranque de cólera originado por la desesperación.

—Vamos —dijo.

—¿Sin la moneda? —preguntó Doll, con una gran esperanza.

—Juntos —respondió él con algo de temor.

Escalaron el hueco y emergieron en la oscuridad, que era una especie de penosa luz.

BUTTERFLY DE QUINCE AÑOS

GILBERT THOMAS

Teniendo en cuenta el estadio actual de las técnicas de persuasión y las experiencias de sugestión subliminal realizadas no hace mucho, el siguiente cuento casi se sale del ámbito de la SF para entrar en el del relato sociológico realista... Con ese peculiar humor, por supuesto, del que Gilbert Thomas ya nos ofreció una excelente muestra en Luana *(ver nuestra Ciencia-ficción, 2).*

* * *

Mi hija sólo tiene quince años, pero él se le insinuó después de cenar. No puedo censurárselo. Ella está endiabladamente bien; maduran antes, ahora, como en los mares del sur.

—Papi, se me ha insinuado —dijo Syrie después de la cena y de los puros, cuando él ya se había ido.

Se rió y arrugó la nariz.

No la culpo. El doctor Delilkhan era un tipo feo. Y Syrie aún lo suficientemente joven como para pensar que un hombre tiene que ser bien parecido para ser deseable-elegible, y el deseo se suponía que tenía que llegar después.

Había bailado un watusi salvaje antes de la cena, y con su falda corta y el agujero redondo del centro de su vestido, rodeando su ombligo, realmente no podía culparse al viejo pájaro. Así son los chicos de hoy en día... Le di el beso de buenas noches y ella salió mientras yo iba hacia mi estudio para poner en orden mis pensamientos.

Los problemas de otras personas mantuvieron mi mente apartada de los míos propios. Delilkhan había tenido más razón de la que él creía cuando dijo: «Y tú crees que tienes problemas...» La madre de Syrie había tenido que ser recluida; ése era uno de los problemas. Jennifer no desvariaba, simplemente se había vuelto loca silenciosa con el paso de los años. Yo estaba contento de ver que, en el asilo, ella podía ir y venir a su antojo tan lejos como quisiera, hasta la valla.

—Pero, papá, siempre está intentando tocarme —dijo Syrie antes de la siguiente visita de Delilkhan, con una de esas veraniegas joyas de cartón piedra que se llevan últimamente, maquillaje y medias de colores, sus piernas como tirabuzones de humo, mientras entraba en la sala con una blusa de red.

—Syrie, ponte algo encima.

—Pero, papá, todo el mundo va así...

—No me importa cómo vaya todo el mundo. Quítate esa maldita red y ponte un sostén.

—Sí, señor...

Vaya sorpresa. (Generalmente Syrie me espetaba más de un argumento.) Oí que la puerta se cerraba. Había salido.

—Mucho temperamento, tu hija —dijo Delilkhan entre el humo de los cigarros filipinos, los mejores del mundo, cuando lo son.

—Sólo tiene quince años.

—Sí, una deliciosa edad: Cleopatra tenía sólo trece cuando se casó; June Havoc bailaba en Broadway a los catorce.

—¿Por qué no la dejas en paz?

—¿De qué hablas?

—Lo sabes perfectamente.

—Oh, bueno. No tienes de qué preocuparte. Estoy muy ocupado para ese tipo de cosas..., rapto legal y todo eso; aunque si pusieran en vigor esa ley, no quedarían celdas para los borrachos. El querido Abby dice que si son lo bastante grandes, son lo bastante mayores, y puedo asegurar que tu hija es deliciosa; pero soy un hombre ocupado.

—¿Eres inglés?

—He estudiado en Inglaterra, Brasenose, ¿por qué?

—Cuando te excitas, aún se nota el acento.

Sonrió y tocó mi brazo.

—Hemos llegado a conocernos muy bien el uno al otro, Littlejohn; algunas veces me siento casi como un miembro de la familia, y ahora tengo que decirte una cosa...

Bebió un trago de mi coñac y me lo devolvió.

—Eres un loco, doctor Littlejohn —empezó tranquilamente—. No eres tonto, pero no llegarás a nada. La ética, aterrorizada ante lo imprevisto. La moralidad, esa asquerosa moralidad de la clase media, estrangulando a la humanidad desde el principio de los tiempos. —Hubo algo sobre tortillas y huevos, y concluyó—: El futuro te agradecerá esto.

—¿Lo dices por hacer tortillas y cascar huevos?

—Exactamente. Libérate de tus represiones, hombre. Libertad, libertad es la palabra. Diablos, tu hija sabe más de la libertad que tú...

—¿Cómo lo sabes?

—No importa cómo lo sé. Tengo ojos. Hablo con la gente. ¡Sé lo que está ocurriendo!

—¿Tocas ya la guitarra?

—Está bien, búrlate, pero déjame enseñarte lo que estoy haciendo y puede que te rías a carcajadas por dentro...

Sacó un estrecho frasco plateado de su chaleco, lo abrió de un tirón y vertió el contenido en su palma. Una pizca de metal.

—¿Qué es eso?

—La mente del futuro.

—Pues creía que sería más amplia.

—Muy divertido.

Pero se estaba poniendo blanco... Así ha sido siempre, el hombre iluminado lucha contra los filisteos. Es molesto ser tomado por un filisteo.

Syrie entraba desenfadadamente en la habitación cuando él deslizó la partícula en su frasco.

—En serio —dije ablandándome, pero no mucho—, ¿qué es esto?

—No tiene misterio —dijo, humedeciendo sus labios, y se inclinó hacia mí—. Los hemos insertado en cerebros de animales y del hombre, Littlejohn, del hombre.

—Así que es eso...

—Electrodos, Littlejohn, electrodos alojados cuidadosamente en la parte del cerebro que se quiere controlar...

Un hombre pasa doce años de su vida aprendiendo una profesión, y luego se presentan con sus botones y sus sustancias químicas e intentan borrarlo todo de la noche a la mañana.

—Manipulamos el cerebro, Littlejohn, la memoria, el aprendizaje, el odio, el miedo. Es más excitante que el espacio. Siempre te he dicho que la psiquiatría era interesante...

—Que soy un hombre conservador, eso lo sé, y también sé que el cerebro es un órgano eléctrico. Pero, ¿cómo puede ser manejado este órgano?, pregunto yo, basándome en la psiquiatría de Jung.

—Manéjalo con combustible: radiocontrol.

—El mal, doctor...

—Aquí no hay mal, soy un científico.

—Sí, y casi te pusieron en la puerta del club.

—Pero no lo fui, y ésa es la cuestión, Littlejohn. No sirve de nada ser hipócrita: soy bueno.

No quise escuchar más. Mi mente está siendo envenenada con pan blanco, pero estos Mesías siempre están funcionando; eso es lo que dijo mientras recorría la habitación.

—Ejemplo: monos; les hemos hecho saltar desde una milla de distancia, muñecos electrónicos bajo control humano.

—¿Humano...?

—Ejemplo: los ojos de un cachorro; deslizas un electrodo en su cerebro y hace funcionar sus pupilas como una «Leica», una de ellas apuntando con precisión a un globo ocular a *f* : 64 mientras que la otra permanece completamente abierta hacia un soplete; podemos decir que el animal no siente dolor.

—Háblame de Frankenstein...

—Ejemplo un gato; piloerección.

—¿Qué es piloerección?

—Pelos de punta...

Se puede lograr que los animales hagan cualquier cosa. Estamos hablando a los delfines. El Circo de Moscú cuenta con osos que van en bicicleta. Yo también hago bastantes cosas con la autosugestión.

—Ejemplo: chico de once años, vergonzoso, callado, de cuatro a diecisiete palabras cada dos minutos, se vuelve extravertido cuando su cerebro es estimulado; un Jerry Lewis, un Dino completamente cambiado. Cuarenta y cuatro palabras por minuto: matemático. Al muchacho le dimos electricidad siete veces.

—Es suficiente.

Syrie pasaba por la habitación cuando él se detuvo; luego se sentó frente a mí.

—A las hembras, Littlejohn, a las chicas, se les ha hecho controlar sus propios centros de placer. Les dimos un botón para presionar, y es agradable; vuélvelo a presionar y ya no quieren parar. Estrechan la mano de sus doctores y, pobres mujerzuelas, si insinúas que quieres casarte...

—¡Fuera de mi casa!

—Bueno, Littlejohn, fíjate en esto; los mandriles han sido excitados sexualmente por medio de ondas de radio con control remoto. Una pareja fue obligada a copular ochenta y una veces en noventa minutos. Tú, últimamente, no estás alternando nada...

—¡Fuera de mi casa!

No debí haberle hablado así; cada hombre tiene derecho a su opinión, a luchar hasta la muerte por su derecho a exponerla, y todo eso, así que le seguí. Ya estaba casi ante su coche cuando vi a mi hija Syrie sentada dentro, esperando ser conducida a algún lugar. Se inclinó y le besó cuando éste puso el coche en marcha.

Obviamente, soy un solitario en un mundo nuevo, que no entiendo. Pero si me hallara en una torre de marfil saldría por amor a mi familia. Lo sentí por Delilkhan cuando pasé la mayor parte de mi tiempo en una agradable habitación escuchando a gente interesante, pero también conferenciando cuando era preguntado. Ahora aproveché mis contactos para conseguir información. Sin sorpresa, me enteré del hecho que Delilkhan sólo me había dicho la mitad de la verdad, como suelen hacer los pioneros. Cuando Syrie, el día que la volví a ver, dijo, «No sé por qué le amo...», estuve seguro que mi información era correcta. El doctor Pol Vrasek, director del nuevo Departamento de Parapsicología de la

Universidad, me había informado que el hecho instalar electrodos en el cerebro constituía una técnica ya anticuada. Dijo que me enseñaría algo mejor. Y llevándome a una habitación a prueba de ruidos, dijo:

—Apártelo todo de su mente. No piense.

Es difícil para mí silenciar el cerebro. No podía dejar de pensar. Me vinieron los peores pensamientos. Quería ir a la Metro Goldwin Mayer y hacerme estrella de cine. Nunca se me había ocurrido una cosa así. Además de eso, la Metro está fuera de los negocios cinematográficos y se dedica a la televisión. Yo nunca había querido ir a televisión. Peyton Place. Estaba pensando eso cuando el doctor Vrasek volvió a entrar en la habitación, y sonriendo me preguntó:

—Bueno, ¿qué vas a ser? ¿El Hombre Invisible, Mickey Rooney o Gracia Metalia?

—Dios mío, lo hiciste.

—Claro: percepción subliminal: el mensaje enviado en frecuencias infra-ultrasónicas alcanzó justo sobre y bajo tus umbrales auditivos. —Me enseñó la pequeña máquina—. Te hablo y te digo lo que debes hacer, lo que debes sentir, el cerebro capta el mensaje, y tú crees que estás pensando todo eso.

Un simple aparato de radio y un magnetófono pueden hacer que marches durante horas, para siempre, sin que haya nadie tras ellos.

Syrie llevaba anillos de pétalos de flor y no gran cosa más cuando abandonó la casa aquella noche. Vestida sólo con esto.

—Pero, papá, es lo último de Carnaby.

—¿Qué es Carnaby?

—La calle Carnaby, tonto, donde está todo.

¿Y qué estaba ella «pensando»? ¿Estaba él citándola en algún sitio?

—Nadie me dice nada; pienso lo que quiero. Por primera vez en mi vida estoy segura de mí misma, papá, realmente segura.

Fui a su cuarto; carteles de corridas de toros en la pared, Portofino. Abrí su armario. Dios mío, olía bien. Tendría que casarme otra vez. Entonces me acordé de lo último que me había dicho Vrasek: «Fuera de condiciones controladas en laboratorio, para enfocar al sujeto, es mejor usar un interagente. Un elevador de tensión satélite, pequeño como un grano de mostaza, puesto entre el pelo, sirve si es sólo para una tarde...»

Busqué entre las ropas de Syrie. Me puse sus zapatos, altos y bajos, levantando bufandas y faldas en el aire hasta que parecí Jack Lemmon. Busqué en las costuras. Pero ningún rastro, ningún mensaje. Intenté vaciar mi mente para recibir alguna señal dirigida a ella: nada, nada. Espera. Hay algo. ¿Qué era? Escucha:

—Quítate la ropa...

La voz era familiar, la de mis pensamientos íntimos, justo como Vrasek me había demostrado. Pero podía ser una alucinación. Hasta que dijo:

—Syrie, nena...

Tiré su falda lejos de mí y salí de la habitación.

—Dulces besos...

Había oído bastante.

—Abre la boca...

No pude soportarlo más...

Le invité a cenar la noche siguiente, pero dijo que no podía venir, que tendría que salir pronto, pero que podría hacerlo la noche siguiente. Tenía algo importante que decirme.

Syrie estaba allí, durante la cena, y luego, con los ojos soñadores, prorrumpiendo en watusis salvajes y mostrándose nerviosa de vez en cuando. Delilkhan no podía apartar los

ojos de ella. Con el café y los licores, empezó a hablar de matrimonio para dentro de un año, más o menos, como resultado de un experimento inusitado acerca del cual ahora quería hablarme y que yo tendría que entender. Pero ya era demasiado tarde. Empezó a mirar fijamente a la luz que yo había dejado descubierta. Encerré a Syrie en su cuarto, tomé papel y pluma y esperé. Primero Delilkhan se puso a cuatro patas con una ancha sonrisa en su cara; haciendo girar su cabeza, empezó a babear. Tomé cuidadosas notas, y cuando empezó a dar alaridos, me subí al respaldo del sofá para dejarle espacio. No se necesitaban luces oscilantes, dulce música ni conversaciones profundas: le había dado suficiente dietilamida del ácido D-lisérgico como para enderezar a toda el aula de graduados de la Universidad. Podía ser que sobreviviera y podía ser que no. Era un experimento. Nadie ha tomado nunca tanto LSD. Desgarró sus ropas, se rió con fuerza, y luego débilmente, después el «viaje» fue cada vez peor... Se adentró en el túnel de la oscuridad. Empezó a dar vueltas, estirándose. Apagué las luces y puse una música apropiada: dodecafónica. Se fue contra la pared. Yo estaba seguro de una cosa: estaba pensando por mí mismo. Me había convencido. Dios no ha muerto.

Hace buenas migas con Jennifer, y los visito cada jueves.

Pero nunca llevo a Syrie.

¿Quién quiere ver sufrir a un hombre?

Afortunadamente, la tengo bajo perfecto control.

EL NUEVO ENCICLOPEDISTA

STEPHEN BECKER

Los relatos de SF supercortos, a menudo humorísticos, que a veces son poco más que «chistes novelados», constituyen uno de los recursos narrativos más característicos e interesantes del género... Como lo prueba este mordaz artículo de una hipotética enciclopedia del futuro.

* * *

Artículo para el Gran Libro de Historia
1.ª edición (2100 d. C.)

GILL, Robert (1970-2062). Líder de los Intransigentes, y uno de los fundadores de nuestra actual civilización. Los Intransigentes se negaron, en nombre del buen gusto y de la «libertad de asociación», a unirse a sus conciudadanos en la vasta y compleja red de refugios subterráneos construida por la Defensa Civil (*Opera Buffa*), entre 1995 y 2000 a costa de todo el progreso, libertades y diversiones por los que los hombres libres estaban luchando en todas partes. Gill Bull predijo con toda exactitud que la sociedad subterránea sería necesariamente autoritaria. Durante la Gran Alerta de 2003, unos treinta mil Intransigentes permanecieron en la superficie. Gill entregó su famoso informe cuando, tras el período obligatorio de sesenta días, la población volvió tímidamente a la superficie, sin que nada hubiera ocurrido, porque todos los enemigos potenciales habían permanecido también bajo tierra: «La autopista del West Side estaba despejada, no había estudiantes en

el Museo de Arte Contemporáneo, y no funcionaba la televisión; nosotros mismos nos ocupábamos de nuestra correspondencia.»

Como consecuencia de esto, durante la Segunda Gran Alerta, en 2007, las masas se negaron a volver bajo tierra. Los Intransigentes, entonces, sí lo hicieron, y así pudieron gozar de sesenta días de deliciosa soledad, concupiscencia y meditación, haciendo libre uso de las bibliotecas, cines, galerías, monocarriles y restaurantes proyectados para una subcivilización de doscientos millones de personas. Al emerger, dos meses después, encontraron un mundo desierto de vida, excepto en lo que se refiere a sus contrapartidas de otros países, si bien muchos edificios, vehículos, centrales generadoras, etc., seguían en perfecto estado de utilización. De estos grupos salió nuestra muy culta, saludable y pacífica población actual, de doce millones de habitantes, que incluye tan sólo a tres psiquiatras, y que carece de soldados. (*Quantum Jump*; también: *Darwin, Charles*: «Supervivencia de los más aptos».)

LIBRO DE ELÍAS

EDWARD WELLEN

De todos los episodios bíblicos para los que se ha aventurado una interpretación basada en una hipotética intervención extraterrestre, la leyenda de Elías —el profeta de Gilead raptado por un carro de fuego— es sin duda el caso más a menudo comentado. Y es que, desde luego, resulta bastante tentador interpretar el famoso «carro de fuego» como una máquina voladora impulsada por reactores...

Esta breve aportación a la Biblia apócrifa nos narra, por boca del propio Elías, el periplo cósmico del profeta y su desconcertante encuentro con otros dioses y otros cultos, en algunos de los cuales no es difícil ver una sátira de diversas maneras bastante «terrestres» de entender la religión.

* * *

CAPÍTULO PRIMERO

1. Y he aquí que, cuando cruzaba el Jordán con Eliseo, y avanzábamos hablando, apareció un carro de fuego que nos separó a ambos, y me elevé en un torbellino hasta el cielo.

2. Subí disparado hacia arriba como si fuera un grano y una pala aventadera me impulsara hacia lo alto.

3. Y Eliseo se inclinó a recoger mi manto y vi la aureola redonda de su cabeza que desapareció rauda. Y vi la aureola redonda del mundo, que desapareció rauda.

4. Y no vi nada más durante un rato.

5. Cuando recobré el sentido, estaba echado sobre algo blando en una habitación, como una cueva, pero con paredes suaves e iluminada sin ninguna llama.

6. Y junto a mí se hallaban dos seres con ropas parecidas al sol.

7. Los contemplé con un escalofrío de gozo, me levanté y les pregunté: «¿Son ustedes ángeles?»

8. Ellos se miraron, se echaron a reír y dijeron; «No.» (Y fue como si hablaran dentro de mi cabeza.)

9. Aunque se me había caído el manto, yo soy un hombre velludo, y estaba ceñido por una faja de cuero alrededor de mis caderas, pero hubiera sentido un escalofrío de temor, de no haber sido un hombre de Dios.

10. Les miré fijamente y les dije: «Soy un hombre de Dios, ¿son ustedes demonios?»

11. Ellos se miraron, enseñaron unos dientes resplandecientes y contestaron: «No.»

12. Entonces uno dijo: «Venimos de un mundo distinto al tuyo, sometido a una estrella distinta de la tuya. Algorab V es nuestro mundo.»

13. Quedé maravillado y hablé de nuevo preguntando: «¿Dónde estamos ahora?»

14. Uno tocó la pared y se abrió una ventana como un ojo; y a través de ella vi el carro en un lugar vacío, donde las estrellas brillaban con sosiego.

15. Después de una pausa, dije: «¿Adónde me llevan?»

16. Y uno contestó con estas palabras: «Somos estudiantes de religiones comparadas, es decir, pretendemos averiguar los modos en que los diferentes pueblos manifiestan la fe. Y para ello recorreremos los mundos, buscando pueblos y estudiando sus devociones. Tú, como ser de una clase, respondiendo al modo de ser de otras clases, serás, si estás dispuesto, nuestra piedra de toque para que los dos estemos informados.»

17. Yo pensé: «Me han llevado donde la estrella matutina y la estrella vespertina son una sola. Y si pretenden tentarme con extraños dioses, desencadenarán un torbellino, porque llamaré al Dios de la ira y al Dios de la misericordia, al único Dios, Aquel que está en todas partes y cuyo altar es un yunque donde golpea mi corazón, moldeándolo a Su Voluntad.»

CAPÍTULO II

1. Y llegamos a Mekbuda III y vimos, sin que nos vieran, una ciudad donde, por fin, se encontraban dos predicadores entre el pueblo.

2. Y el pueblo escuchaba, pues no quería herir los sentimientos de los predicadores. Pero al pueblo le costaba comprender que vivía a la sombra de la muerte, que la paz y la tranquilidad de las que gozaban eran una falsa paz y una falsa tranquilidad, que debían confesarse, someterse al Juicio y obtener el perdón.

3. Y los predicadores continuaron, uno por este lado y el otro por aquél, proclamando la necesidad de la confesión. Y el pueblo escuchaba, deseoso de agradar.

4. Y vi una persona abalanzarse sobre uno de los predicadores y matarlo, y escapar gritando.

5. La ira que sentí me hubiera impulsado a matar al asesino, pero los estudiantes me retuvieron para impedirlo.

6. Entonces vi al asesino buscando al otro predicador.

7. Y monté en cólera contra los estudiantes y les dije: «¡Vean!»

8. Ellos menearon las colas con desasosiego, pero no se movieron ni dejaron que yo lo hiciera.

9. El asesino se postró alegremente ante el predicador.

10. Y le confesó que había matado a su compañero.

11. El predicador retrocedió ante la mano todavía húmeda de sangre, diciendo: «Has cometido un gran pecado». Y el asesino sonrió con humildad, como si el predicador le hubiese bendecido.

12. Y el asesino explicó que le había gustado mucho el otro predicador y, escuchando sus enseñanzas y lleno de vergüenza por no tener nada que confesar, realizó una mala acción que a la fuerza tendría que confesar.

13. Pero antes que el asesino pudiera someterse al juicio y obtener el perdón, otro se abalanzó sobre el predicador y le mató, alejándose después con gritos de alegría y buscando al otro predicador, ansioso de confesarse.

14. Y pensé: «Lo que es fuego para el pecador es luz para el justo; pero es posible que el fuego del justo sea luz para el pecador.»

15. Continué pensando, de tal modo que no me di cuenta del hecho que los estudiantes me habían soltado, y todos nos fuimos de allí.

CAPÍTULO III

1. Luego llegamos a Naos II y observamos a la gente de una gran ciudad, que construía un templo a su dios más importante: Iluh, el dios de la Luz.

2. Y las piedras, veteadas de oro, se elevaban cada vez más y el edificio se levantaba para unirse al cielo.

3. Pero mientras el edificio se elevaba, los que lo construían abandonaron sus herramientas.

4. Pero no ocurrió como en mi propio mundo, cuando la gente quería llegar al cielo y Dios confundió sus lenguajes para que no se entendieran unos con otros.

5. Lo que ocurría era que el dinero, que hablaba en todas partes el mismo lenguaje, que todo el mundo entiende, guardaba silencio; no había oro para pagar a los constructores cuando hubieran acabado.

6. Entonces los sacerdotes de Iluh dijeron: «Que se hagan apuestas y se repartan premios, de los cuales la sagrada casa de Iluh tomará una parte.»

7. Y la gente acudió en tropel y las arcas se llenaron hasta rebosar.

8. Y los constructores recogieron sus herramientas, comenzaron de nuevo a construir y pronto acabaron el templo.

9. Y hubo gran regocijo en el templo y en las calles, y lo rodearon.

10. Pero no era el templo de Iluh, el dios de la Luz.

11. El pueblo estaba tan acostumbrado a arrodillarse ante Nuzsa, el dios de la Suerte, y a rezar a Nuzsa, el dios de la Suerte, que el templo se convirtió en el magnífico santuario de Nuzsa, el dios de la Suerte.

12. Les maldije en mi fuero interno.

13. Y he aquí que se oyó un trueno, como si rodaran gran cantidad de enormes dados.

14. Porque los constructores habían vaciado en secreto las piedras para extraer el oro que contenían y tener con qué apostar, y la torre se derribó y se hizo polvo.

CAPÍTULO IV

1. Llegamos a Adhara IV y vimos a un hombre santo, gris por el polvo de la carretera, erigiendo un altar a su diosa en un recodo del camino, cerca de una ciudad.

2. Cuando lo hubo hecho se puso en camino hacia la ciudad; y era la hora de los rezos vespertinos, y mientras pasaba, hombres y mujeres se resistían a levantar la vista del rollo de papel y a contestar a su saludo, aunque algunos inclinaban la cabeza con arrogante piedad y otros dormían. Pero él les bendecía mientras se alejaba, sin detenerse.

3. Y llegó a casa de una joven y bella viuda y le dijo que tomaría prestadas unas ropas para el altar.

4. La mujer sólo tenía una buena para darle y estaba sucia, ya que la mujer la había usado para limpiar el pergamino cuando vio acercarse al santo.

5. Pero al hombre piadoso no le importó si estaba limpia o no y la tomó.

6. Y le dio las gracias y la bendijo.

7. Continuó su camino y llegó a la casa de una joven y hermosa doncella, a quien pidió prestadas unas ropas para el altar.

8. Ella le dio una, sin una sola mancha, y él la tomó.

9. Y le dio las gracias y la bendijo.

10. Siguió su camino y llegó a la casa de una tercera joven y bella mujer, y le pidió unas ropas para el altar.

11. Ella le dio unas ostentosas, no demasiado apropiadas para un altar, pero él las tomó.

12. Y le dio las gracias y la bendijo.

13. Al poco rato, la noticia de estas ropas prestadas se extendió por toda la ciudad y muchos se enojaron porque no se había parado en su casa para pedírselas. Y el lugar se llenó de miradas y susurros.

14. El altar formaba la figura de una diosa reclinada. La cubrió con las tres ropas, una sobre otra, tapándole la cabeza, en la cual hizo unos agujeros para los ojos. Encendió un fuego dentro de la imagen y los ojos de la diosa brillaban a través de la tela. Y rogó a la diosa que velara por él.

15. Y al pasar los días mientras buscaba ropas, siempre de las mujeres jóvenes y hermosas, y las colocaba unas sobre otras, los ojos de la diosa se empañaban a pesar que él mantenía el fuego vivo.

16. Entonces se le acercaron los habitantes de la ciudad y le echaron en cara que no buscara a las piadosas, sino sólo a las ligeras y le previnieron contra las tentaciones de la carne

17. Cuando acabaron de hablar, él dijo: «Sí, aunque me haya equivocado, aunque me esté equivocando ahora, procuro lograr la santidad. Y como no hay santidad si no se tienen tentaciones que resistir, la mirada de la diosa será más débil y se extinguirá; y cuando su terrible mirada no me contemple, habrá llegado el momento de la prueba.

18. »Es imposible decir en qué enorme pecado caeré si no resisto.»

19. Y guardó silencio, con aspecto triste, aunque orgulloso.

20. Y le consideraron bueno y justo, y le enviaron a las mujeres jóvenes y hermosas para que le tentaran.

21. Y ellos mismos cesaron en sus oraciones vespertinas para tentarse unos a otros con todas las tentaciones posibles.

22. «Pues —decían—, ¿acaso no es algo bueno que nos ayudemos a convertirnos en santos?»

CAPÍTULO V

1. Visitamos Nashira V, y, aunque me impresionó, sonreí al ver al pueblo forjando cadenas para sus ídolos, para que no se cansaran de las inoportunas peticiones de las multitudes y huyeran.

2. Me di cuenta que esto era una burla, porque los ídolos, de estar vivos y sin encadenar, tampoco hubieran podido escaparse porque este pueblo había arrancado los brazos y piernas de las imágenes de sus dioses (una a una hasta que desaparecieron, haciendo luego una nueva imagen) para castigarlos por no haber escuchado sus peticiones.

3. Y vi que esto era una burla todavía mayor, pues este pueblo se consideraba a sí mismo más grande que sus dioses.

4. Pues las imágenes no podían regenerar las extremidades tal como el pueblo podía; pues cuando una persona perdía un brazo o una pierna, unos nuevos crecían en su lugar.

5. A veces, un brazo en el lugar de la pierna, o una pierna en el lugar de un brazo, pero crecían.

6. Y este pueblo, lleno de desprecio, se limitaba a oraciones mezquinas, a las cuales sus dioses no podían ni siquiera responder. Cuanto más pequeña era la petición, más difícil era para los dioses atenderla.

7. Pues es más fácil obrar un milagro que otorgar una pequeña petición; es más fácil hacer retroceder la espumante marea que escoger y agarrar un grano de arena del camino que recorre la marea.

8. Y comprendí que pedir cosas mezquinas, aunque sean muy difíciles, convierte al dios del que pide en un dios mezquino.

9 Y reflexioné. Y compadecí a este pueblo más de lo que compadecía a sus dioses.

10. Hablé de ello a los estudiantes y les dije: «Lo que este pueblo necesita es un gran milagro, para restablecer una gran admiración.»

11. Entonces los estudiantes se miraron y mostraron su amplia sonrisa, y empezaron a mezclar polvos bioquímicos.

12. Lanzaron su semilla sobre la tierra y causaron a aquel pueblo un gran perjuicio.

13. Pues, a partir de entonces, cuando una persona perdía un brazo o una pierna (y esto ocurría a menudo, ya que aquel pueblo se había vuelto muy descuidado) no sucedía lo mismo de antes. Ahora, el brazo o la pierna perdida engendraba también una nueva persona.

14. Y cuando el asombro ante la nueva descendencia se trocó en alarma ante su elevado número, la gente estaba tan ocupada promulgando y administrando leyes de control de accidentes (y nadie tan ocupado como los propios nuevos miembros) y proveyendo para la multitud de nuevas bocas que alimentar, que olvidaba a sus dioses.

15. Y sus dioses se durmieron descansando cómodamente entre sus oxidadas cadenas, y quizá duerman todavía.

CAPÍTULO VI

1. En Galatea I vimos a la gente que se inclinaba ante una máquina, reverenciándola como a su dios Molurg, olvidando que habían sido ellos los que la habían inventado.

2. Pues Molurg respondía a todas sus necesidades.

3. Y la gente cayó en la apatía, de modo que olvidó que habían acostumbrado a Molurg a contestar sus preguntas.

4. Pero un día, un niño echó al buzón una nota para su madre, que estaba en el cielo.

5. Y Molurg se la volvió a enviar diciendo: «Devuelta por mala dirección.»

6. Entonces el niño reflexionó y echó al buzón una pregunta: «¿Qué lugar es mejor que el cielo?»

7. Y Molurg, temiendo destrozar la sencilla fe del niño, contestó diciendo: «Molurg no pronuncia juicios de evaluación.»

8. Y el niño escribió de nuevo, preguntando: «Pero, ¿dónde está el cielo?»

9. Y entonces Molurg, vacilando, le contestó: «Las coordenadas del cielo no están determinadas.»

10. Y el niño siguió preguntando: «¿Hay un cielo?»

11. Molurg se estremeció, resplandeció entre trémulas luces y tembló hasta que pensé que iba a morir. Por fin, Molurg repuso con estas palabras: «Ven hasta mí y te lo enseñaré.»

12. El niño salió de su casa y recorrió el espacio que le separaba del gran edificio donde habitaba Molurg, entró en él y nunca más salió.

13. Entonces comprendí que un dios necesita a la gente más de lo que la gente necesita a un dios.

CAPÍTULO VII

1. Nos posamos sobre Alkes V y permanecimos largo tiempo. Junto a un templo corría un riachuelo donde los impíos, arrepentidos de su maldad, iban a lavar sus pecados. Pero pocos acudían, porque los virtuosos permanecían allí y se burlaban, puesto que ellos eran viejos en virtud y tenían las rodillas callosas de tanto hincarse en el suelo, mientras que los otros eran viejos en pecado.

2. Pero el supremo sacerdote lo vio y les explicó que su dios concedía su gracia tanto a los que acababan de lavar sus faltas como a los que nunca habían pecado.

3. Llegaron los pecadores y lavaron sus faltas, y luego se fueron muy orgullosos de su resplandeciente virtud.

4. Y los viejos en virtud lo tomaron a mal y censuraron a gritos al supremo sacerdote.

5. Y empezaron a pecar diciendo: «Es mejor que pequemos ahora y recibamos la absolución luego; así disfrutaremos más. Porque, ¿de qué nos servirá ganar la gracia si antes no hemos perdido el alma?»

6. Quizá el supremo sacerdote, que sabía que había actuado con sabiduría, temió que la gente le creyera un necio.

7. Quizá el supremo sacerdote observó que los habituados durante largo tiempo a la virtud no sabían cómo pecar y se hacían daño a sí mismos y a los demás en sus esfuerzos por pecar.

8. Quizá no fue por ninguna de estas razones, pero el supremo sacerdote exclamó: «¡Basta!»

9. Maldijo al arroyo y lo hizo desembocar en un estanque, para que cuando los pecadores se lavaran en el riachuelo sus pecados se reunieran en el estanque. Ordenó a los virtuosos que se purificaran en el estanque y en sus aguas contaminadas de pecados, diciendo: «Saldrán ganando, pues cuando salgan del estanque tendrán los pecados de mucha gente para lavar en el arroyo.»

10. Y anhelaban las poco deseables aguas, alabándole a gritos por lo que antes le habían censurado.

CAPÍTULO VIII

1. Entonces llegamos a Alphard I, donde la gente no daba muestras de poseer ningún culto, y ni siquiera en sus conversaciones pronunciaban ningún nombre santo.

2. Sin embargo, mantenían los ojos constantemente ocupados, como si se sintieran rodeados por cosas invisibles, lo cual parecía evidenciar que intuían una Presencia, y esto me hizo concebir esperanzas.

3. Pero entonces vi que uno de ellos sufrió un accidente (como ocurría de vez en cuando a pesar del constante movimiento de sus ojos), y soportó la herida sin gritar por su dolor ni tomar el nombre de algún dios en vano, y eso me hizo dudar.

4. Pero yo pensaba: «Seguro que en su interior apelan a algún dios para que les dé la fuerza para soportar su dolor en silencio».

5. Pero al cabo de un rato comprendí este estado de cosas (oír la verdad es más difícil que decirla), y miré, horrorizado, a aquella gente.

6. Pues no sentían el dolor de la carne; y eso les privaba del alma a mis ojos, porque el alma sólo puede existir atravesando la carne.

7. Los estudiantes se maravillaron del hecho que aquel pueblo hubiera sobrevivido sin dolor, y dijeron: «El dolor es un mecanismo de supervivencia.»

8. Pero aquel pueblo había conseguido ser grande, y la mayoría vivían hasta la vejez, y eso lo conseguían moviendo siempre los ojos, para defenderse de algo que cayera de arriba o que cediera bajo sus pies, o que la mala suerte vertiera su sangre o quemara su carne o rompiera sus huesos, de lo cual no se enteraban hasta encontrarse heridos o al borde de la muerte.

9. Pero mi corazón no los compadecía, ya que no mostraban ningún signo de culto; y rogué para que lo hicieran, para que fueran falsos con el Dios verdadero o, como Jezabel, sinceros con un falso dios, para que pudiera desbordarse mi ira.

10. Ni siquiera pude encontrar grandes pecados entre ellos, y me pregunté con asombro: «¿Acaso no pecan porque no pueden, al carecer de alma? ¿O es que están demasiado ocupados?»

11. Pero observé que, a veces, descansaban para cortejar y evitar que la raza se extinguiera, pintaban sus cuerpos con brillantes colores y paraban todo movimiento. Y entonces vi un momento de pecado.

12. Un amante, queriendo atacar a su rival, hirió a su amada, que murió sin un grito, con sus ojos fijos en los de él.

13. Y me di cuenta que el dolor de la pérdida es el mayor dolor, y que no se necesita ningún otro.

CAPÍTULO IX

1. Muchos fueron los mundos que visitamos y muchos los portentos que vimos.

2. Recuerdo un pueblo cuyos sacerdotes, en su celo, habían elaborado rituales, alargado los sermones y multiplicado los días santos de tal modo que la gente apenas tenía tiempo de trabajar la tierra para lograr el sustento diario.

3. Y recuerdo un pueblo que poseía el cielo en la tierra y no deseaba nada; y el cielo que esperaban era un lugar donde pocos deseos se cumplían.

4. Y me acuerdo de un pueblo que rogaba a su dios que los abandonara, pues les molestaba actuar siempre bien a los ojos de su dios.

5. Pero ahora sentí una nostalgia en el alma por regresar a mi propio lugar, a la Tierra Prometida.

6. Y los estudiantes me oyeron suspirar, observaron mi aflicción y quisieron conocer la causa. Así que les hablé del deseo que llenaba mi corazón.

7. Ellos movieron las colas con desasosiego y uno dijo: «Podemos conducirte a tu casa, pero no podemos hacerlo en tu propio tiempo.» Y el otro explicó que se trataba de un problema de coordenadas y vectores, empezó a hacer un cálculo de años y se calló.

8. Incliné la cabeza con pesadumbre y, con una voz casi inaudible, dije: «Sea».

9. El carro descendió sobre la Tierra, dejándome en un campo. Les dije: «Váyanse y prosperen», y se alejaron.

10. El ladrido de un perro me saludó. Y he aquí que vi a mi propio pueblo congregándose a mi alrededor.

SUCEDIÓ EN EL SUBTERRÁNEO

HARRY HARRISON

Que las grandes ciudades son cada vez más inhóspitas es algo que nadie duda. Y que las relaciones humanas están cada vez más deterioradas por la competitividad es algo que todos tenemos ocasión de comprobar personalmente cada día. Y no es menos cierto que, como sugiere el siguiente cuento, los suburbanos están llenos de monstruos...

Porque, al acabar este relato, el lector comprenderá que los monstruos del Metro no son precisamente las imaginarias criaturas escamosas que acechan en la sombra.

* * *

—¡Gracias a Dios que terminamos!

La voz de Adriann Dubois rebotó ásperamente en las paredes enladrilladas del subterráneo, puntuada por el repiqueteo de sus altos tacones. Hubo un ruidoso temblor al pasar por la estación un tren expreso, y una ola de aire viciado se deslizó sobre ellos.

—Es más de la una —dijo Chester, bostezando ampliamente y tapándose la boca con el dorso de la mano—. Lo más seguro es que tengamos que estar una hora esperando el próximo tren.

—No seas tan negativo, Chester —dijo ella, y su voz cobró el mismo timbre metálico de su taconeo—. Hemos terminado las copias para la nueva contabilidad, probablemente nos den una bonificación y mañana podemos tomarnos casi todo el día libre. Mira las cosas de esta manera, más positivamente y te aseguro que te sentirás mucho mejor.

En aquel momento, y antes que Chester pudiera pensar en una respuesta adecuada, lo que por otra parte no le resultaba fácil a la una de la madrugada, llegaron a la barrera de entrada. Puso una ficha en la ranura y Adriann entró rápidamente. Al revolver de nuevo en sus bolsillos, comprobó que aquélla había sido su última ficha, y tuvo que retroceder hasta la ventanilla de cambio, murmurando palabrotas.

—¿Cuántos? —gruñó una voz en la oscuridad de la celda enrejada.

—Tres, por favor —puso dos monedas en la ventanilla. No era que le importase pagarle el billete, después de todo se trataba de una mujer; pero no hubiera estado de más que ella diese las gracias o hiciera un simple movimiento de cabeza en señal que ella advertía el hecho que no se entra en las estaciones por arte de magia. Después de todo, ambos trabajaban en la misma casa de locos y ganaban el mismo dinero, y de ahora en adelante ella iba a ganar más. Se le había olvidado por un momento aquel pequeño detalle. La ranura engulló su ficha y pudo pasar.

—Yo subo en el último vagón —dijo Adriann, intentando ver algo por el túnel vacío y oscuro—. Vayamos hasta el final del andén.

—Yo voy en uno de los del centro —dijo Chester, pero tuvo que ir tras ella. Adriann nunca oía lo que no quería oír.

—Hay algo que puedo decirte ahora, Chester —empezó ella, con aquel modo suyo de hablar de hombre a hombre—. No he podido hacerlo antes, puesto que ambos hacíamos el mismo trabajo y, en cierto sentido, competíamos. Pero, puesto que la coronaria de Blaisdell

le impedirá trabajar durante unas semanas, yo voy a ascender a jefe de copia, con un poco más de dinero...

—Alguna cotorra me lo dijo. Feli...

—... Así que estoy en condiciones de darte un buen consejo. Debes tener más energía, Chester. Aférrate a las oportunidades cuando éstas se te presenten.

—Por amor de Dios Adriann. Pareces un mal anuncio de radio para coches con problemas de carburación.

—Y esas cosas, también. Chistes. La gente empieza a pensar que no tomas tu trabajo en serio, y eso acarrea una muerte segura en el mundo de la publicidad.

—Por supuesto que no me tomo el trabajo en serio. ¿Qué persona en su sano juicio lo haría? —oyó un ruido y miró, pero el túnel permanecía vacío; un camión allá arriba en la calle, quizá—. ¿Vas a decirme que de verdad te preocupas por escribir esa prosa interminable sobre «los sobacos de la señora olerán bien usando el adecuado Olor-Desaparece»?

—No seas vulgar, Chester. Sabes que puedes ser agradable si te lo propones —dijo ella, aprovechándose de este argumento femenino para ignorar los razonamientos de él y al mismo tiempo introducir una nota de emoción en una charla previamente lógica.

—Tienes mucha razón, puedo ser agradable —dijo él roncamente, sintiéndose por su parte inclinado a la emoción. Con la boca cerrada Adriann resultaba bastante atractiva, en un estilo ya maduro. El vestido de punto hacía maravillas por su parte posterior, y el artificio del sujetador tenía algo que ver con el sorprendente atractivo de su busto, pero apostaba que más en revestir que en rellenar.

Se aproximó un poco más a ella y deslizó una mano alrededor de su cintura, dándole unas palmaditas en la cadera.

—Y puedo recordar un tiempo en el que a ti no te importaba ser agradable también.

—Hace mucho que eso se terminó, muchacho —dijo ella con voz de maestra de escuela, apartándose con expresión de repugnancia.

A Chester se le cayó el periódico de debajo del brazo; se agachó, murmurando, a recogerlo.

Ella guardó silencio un momento, ajustándose la falda y alisándola como si se librase así de la contaminación de aquel contacto. No había ruido alguno allá arriba en la calle, y la sombría estación permanecía tan silenciosa como una cripta funeraria. Estaban solos, con la extraña soledad que experimentan las personas en una gran ciudad, siempre próximas unas a otras y al mismo tiempo tan lejanas. Cansado, súbitamente deprimido, Chester encendió un cigarrillo e inspiró una larga bocanada de humo.

—No está permitido fumar en el subterráneo —dijo Adriann, con distante frialdad.

—No está permitido fumar, ni darte un apretón, ni hacer chistes en la oficina, ni mirar con justificado desprecio a nuestros clientes.

—No, no lo está —respondió ella, levantando hacia él su índice delicado, con la uña pintada de rojo—. Y, puesto que tú lo mencionas, te diré algo más. Otros en la oficina se han dado cuenta también. Lo sé. Llevas en la empresa más tiempo que yo, y pensaron en ti para el puesto de jefe de copia..., y te rechazaron. Y me han dicho confidencialmente que están pensando en que te vayas. ¿Significa esto algo para ti?

—Sí, sí que significa. Significa que he estado amamantando a una víbora. Creo recordar que fui yo quien te consiguió este empleo, y que tuve incluso que convencer a Blaisdell de tu capacidad para hacer el trabajo. Fuiste agradecida conmigo, entonces... ¿Recuerdas aquellas escenas apasionadas en el vestíbulo de tu residencia?

—¡No seas asqueroso!

—Ahora la pasión ha muerto; también cualquier posibilidad de ascenso, y parece que mi trabajo se va a pique también. Con la querida Adriann de amiga, ¿quién necesita un enemigo...?

—¿SABEN?, HAY COSAS QUE VIVEN EN EL SUBTERRÁNEO...

La voz era ronca y temblorosa, sonó de pronto a sus espaldas, en la plataforma que supusieran vacía, sobresaltándoles. Adriann murmuró algo y se volvió rápidamente. Había una zona de total oscuridad junto al cubo de los papeles, y ninguno de los dos había advertido al hombre que estaba sentado junto a la pared. Éste hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—¿Cómo se atreve? —dijo Adriann, casi a gritos, furiosa y sobresaltada—. ¡Ahí escondido, interrumpiendo una conversación privada! ¿No hay policía en esta estación?

—Hay cosas, sabe —dijo el hombre, ignorándola y haciendo una mueca a Chester. Su cabeza se inclinó como señalando a alguna parte.

Era un vagabundo, uno de los componentes de aquella horda de desgraciados que había invadido Nueva York cuando el Bowery fue destruido y la luz penetró en aquella calle atestada de desechos humanos. Fotófobos, se fueron tambaleando, en busca de la oscuridad. Para muchos de ellos, las sombrías cavernas de los subterráneos representaron un refugio. Había coches con calefacción para el invierno, lavabos, esquinas silenciosas donde derrumbarse. El que se había dirigido a la pareja llevaba el uniforme de los de su condición: pantalones sucios y sin botones chaqueta arrugada, atada con una cuerda por cuyo cuello asomaban diversas prendas interiores, zapatos cuarteados con las suelas desclavadas, piel oscura y tan arrugada como la de una momia, con una línea de suciedad en cada grieta. Su boca era un negro orificio, con los escasos dientes sobrevivientes plantados como sucias piedras sepulcrales a la memoria de sus hermanos desaparecidos. Examinándolo detalladamente, el hombre tenía un aspecto repugnante; pero era algo tan común en la ciudad como las papeleras o los túneles.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Chester, mientras rebuscaba en los bolsillos una moneda con la cual comprar su libertad. Adriann les dio la espalda.

—Cosas que viven en la tierra —dijo el vagabundo, y sonrió tontamente, llevándose un dedo a los labios—. Los que lo saben no hablan nunca sobre ello. No quieren atemorizar a los turistas, ¡oh no...! Escamas, garras, aquí, en la oscuridad del subterráneo.

—¡Dale dinero..., deshazte de él..., esto es horrible! —dijo Adriann, agudamente.

Chester dejó caer unos peniques en la mano extendida, cuidándose de no tocar aquella piel mugrienta.

—¿Qué hacen esas cosas? —preguntó, no porque le importase realmente, sino para enojar a Adriann. Lo empujaba a hacerlo aquel sadismo suyo, viejo ya.

El vagabundo frotó las monedas una contra otra.

—Viven aquí escondidas, al acecho. Eso es lo que hacen. Es conveniente darles algo cuando uno se encuentra como usted ahora, solo a altas horas de la noche y cerca del final del andén. Peniques, por ejemplo; póngalos aquí, en el borde donde puedan alcanzarlos. Las monedas de diez centavos también sirven, pero no las de cinco, como estas que me ha dado.

—Te estás tragando una buena tontería —dijo Adriann, furiosa ahora que el primer sobresalto había pasado—. Vamos, despégate de ese vago.

—¿Y por qué sólo peniques y monedas de diez centavos? —preguntó Chester, interesado, a pesar de todo. Estaba muy oscuro, al borde del andén. Cualquier cosa podía estar oculta allí.

—Los peniques, porque les gustan los cacahuetes, y con ellos los pueden sacar de las máquinas cuando no hay nadie. Las monedas son para las máquinas de cola; la beben a veces en lugar de agua. Los he visto...

—Voy a buscar a un guardia —resopló Adriann, y taconeó decidida. Pero se detuvo a los pocos metros. Ambos hombres la ignoraron.

—Vamos —dijo Chester al vagabundo, que se pasaba una mano temblorosa por el sucio cabello—, no irá a pensar que me lo creo. Si esas cosas comen tan sólo cacahuetes no hay razón para tenerles miedo.

—Yo no dije que eso era todo lo que comían. —La mano mugrienta se aferró a la manga de Chester antes que éste pudiera evitarlo y tuvo que apartar la cabeza de aquel aliento repugnante cuando el mendigo se inclinó para susurrar—: Lo que en realidad les gusta comer es GENTE, pero no se meterán con usted siempre que les deje algo. ¿Le gustaría ver uno?

—¡Después de esta introducción es lo menos que puedo hacer!

El vagabundo fue tambaleándose hasta el cubo de los papeles, ancho como un tronco, gris verdoso y con dos compuertas semiesféricas en la parte superior.

—Tiene que ser una ojeada rápida, porque no les gusta que los miren —dijo el hombre, y empujó una de las dos compuertas.

Chester retrocedió, atónito. Había sido una visión brevísima... ¿Había, en realidad, visto dos rojas manchas brillantes, separadas un palmo una de otra, semejantes a ojos monstruosos? ¿Era posible que...? No. Todo aquello era demasiado ridículo. Se oyó el distante retumbar de un tren.

—Magnífico, compañero —dijo, y arrojó unos peniques cerca del borde del andén—. Esto les proporcionará cacahuetes por un tiempo. —Se reunió rápidamente con Adriann—. La historia mejoró después que te fuiste, ese pillo asegura que una de las cosas está escondida en el cubo de los papeles. Así que les dejé un regalito..., por si acaso.

—No sé cómo puedes ser tan estúpido.

—Estás cansada, querida. Empiezas a enseñar las uñas. Y también te muestras monótona.

El tren se oía ya más cerca, y empujaba ante sí una nube de aire enrarecido, casi como el olor de un animal... Nunca se le había ocurrido pensarlo.

—Eres estúpido y supersticioso. —Adriann tuvo que alzar la voz sobre el rumor creciente del tren—. Eres la típica persona que toca madera, que nunca pisa las rayas de la calle y que se preocupa cuando se cruza un gato negro.

—Por supuesto. Nada de esto perjudica. Ya hay suficiente mala suerte alrededor de uno para no tener que ir buscando más. Es probable que no haya ninguna COSA en esa papelera..., pero no voy a meter la mano para comprobarlo.

—¡Completamente ridículo!

Era tarde. Chester estaba cansado y con los nervios un poco descompuestos. El tren se detuvo a su espalda con un estremecimiento. Corrió hacia el final del andén rebuscando en el bolsillo y sacando todo el cambio que le quedaba.

—Escucha —gritó, abriendo unos centímetros la compuerta de la gran papelera y arrojando dentro las monedas—. Dinero. Muchos centavos y peniques. Mucha cola y cacahuetes. Pero atrapa y cómete a la primera persona que se acerque.

Detrás de él, Adriann reía. Las puertas del tren susurraron al abrirse y el vagabundo se deslizó dentro.

—Éste es tu tren —dijo Adriann, riendo todavía—. Tómalo antes que las COSAS te atrapen. Yo espero el de circunvalación.

—Toma —dijo él, enojado aún, tendiéndole el periódico—. Eres tan simpática y tan poco supersticiosa. Veamos cómo lo tiras al cubo. —Y saltó dentro del tren, un segundo antes que las puertas se cerrasen.

—Por supuesto, cariño —gritó ella, con la cara roja por la risa—. Y se lo contaré a todos mañana en la oficina. —Las puertas se cerraron cortando el resto de sus palabras.

El tren retembló un poco y empezó a moverse. A través del sucio cristal vio cómo se dirigía al cubo de los papeles. Una columna le impidió ver, y el tren empezó a tomar velocidad.

La vio de nuevo, y ella continuaba con la mano sobre la tapa... ¿O era que había metido el brazo hasta el codo? Era difícil decirlo, con aquel cristal tan sucio. Otra columna. El tren empezaba a ir muy de prisa. Otra ojeada, y con aquel cristal sucio y la poca luz no podía estar seguro, pero parecía que ella se había inclinado y metía la cabeza en el cubo.

Aquella ventana no servía. Corrió a la ventanilla frontal, que tenía el cristal algo más limpio. El tren casi había salido de la estación, balanceándose al tomar velocidad, y él tuvo una última visión, antes que la hilera de columnas se convirtiese en una bruma espesa que impedía por completo la visión.

No podía estar metida hasta la cintura en el cubo. La abertura no era lo suficiente grande como para que una persona cupiese allí. Pero, ¿cómo explicar entonces que todo lo que él había visto era su falda y sus piernas moviéndose frenéticamente en el aire?

Desde luego había sido tan sólo una visión borrosa, y debió confundirse. Se volvió hacia el vagón vacío. No, vacío no. El vagabundo cabeceaba en un asiento, dormido ya.

Aquel andrajoso, sin embargo, levantó la cabeza y le sonrió con una mueca de complicidad, cerrando los ojos de nuevo. Chester fue hasta el otro extremo del vagón y se sentó. Bostezó y se encogió en un rincón.

Podía cabecear una siesta hasta llegar a su estación; siempre se despertaba a tiempo.

Sería estupendo que el puesto de jefe de copia estuviera aún vacante. Tendría dinero extra...

¡CLAMA ESPERANZA, CLAMA FURIA!

JAMES G. BALLARD

El autor británico James G. Ballard constituye, tanto por su estilo como por su temática, un caso aparte dentro de la SF. Influido por el surrealismo y, sobre todo, por la psicología junguiana, los regresivos ámbitos descritos por Ballard, a los que dota de un extraordinario poder de evocación, son en realidad estados de ánimo, paisajes íntimos donde las sombras del inconsciente vagan como huidizos fantasmas.

El propio Ballard ha descrito Vermilion Sands como «la zona donde se encuentran y funden el mundo exterior de la realidad y el mundo interior del espíritu».

* * *

De nuevo, anoche, mientras se levantaba el viento del atardecer en Vermilion Sands, vi el débil estremecimiento de un aparejo en los arrecifes, y el extremo del mástil que se movía como una linterna de plata por entre los acantilados. Desde la terraza de mi casa, en la playa, seguí su curso hacia el abierto mar de arena y vi las espectrales velas de aquel espectral navío. Cada anochecer había visto el mismo yate; aquella goleta nocturna soltaba sus silenciosas amarras y se balanceaba en el desierto coloreado. La noche pasada, un segundo yate partió en busca de su escondite entre los arrecifes, con una mujer de cabello claro y los ojos de una triste Medea, al timón. Mientras los dos yates desaparecían en el

mar de arena, recordé mi primer encuentro con Hope Cunard, y su extraño asunto con el holandés Charles Rademaeker...

Todos los veranos, durante la temporada de Vermilion Sands, cuando la ciudad estaba llena de turistas y compañías de películas *avant-garde*, yo cerraba mi oficina y alquilaba una de las casas de la playa, muy cerca del mar de arena a diez kilómetros de Ciraquito. Allí, los largos atardeceres exhibían brillantes puestas de sol en el cielo y el desierto, cruzándose las velas de los yates con sombras jeroglíficas, señales de todas las extrañas cifras del mar de dunas. Durante el día, tomaba mi yate, una chalupa con aparejo de las Bermudas, y navegaba hacia las dunas del desierto. Las fuertes corrientes de aire me conducían majestuosamente por una estela de dorada arena.

Persiguiendo a los rayadores, a veces me encontraba a muchos kilómetros dentro del desierto, fuera de la vista de los arrecifes costeros que presidían, como deidades erosionadas, sobre las jerarquías de la arena y el viento. Me dirigía tras una bandada de esquivos rayadores volantes, dunas onduladas y velas triangulares.

Contra estos materiales, la más desnuda geometría del tiempo y el espacio, se perfilaban las extrañas figuras de Hope Cunard y su séquito, como ilusiones nacidas de este mar de ensueños.

Una mañana, salí temprano para perseguir a una bandada de extraños rayadores blancos, que el día anterior había visto a lo lejos en el desierto. Me moví durante horas por la firme arena, evitando las velas de otros navegantes y con el horizonte como único destino. A mediodía no divisaba tierra pero había encontrado los rayadores blancos, y corrí tras ellos a través de las salientes dunas. Los veinte rayadores, parecidos a blancas perlas, volaron delante, como si me condujesen a algún destino desconocido.

Las dunas dieron paso a una serie de llanuras valladas, cruzadas por venas de cuarzo. Orillando un ancho barranco, cuya boca ornamentada se abría como las puertas de una catedral medio sumergida, noté que el yate se inclinaba hacia un lado; se había abierto un boquete en la banda de estribor y un neumático había reventado. El aire parecía iluminarse a mi alrededor mientras arriaba la vela. En aquel momento descubrí que quien se había servido del yate por última vez no se había preocupado de mantener hinchado el neumático de repuesto.

Dando un puntapié al inútil neumático, observé el paisaje: sumergidos arrecifes de arena, un océano de dunas y el casco de un buque abandonado a media milla de distancia, en el estuario de una vena de cuarzo que resplandecía como las mandíbulas de un cocodrilo enojado. Yo estaba a veinte millas de la costa, y mis únicas provisiones consistían en un termo lleno de martini helado, que guardaba en el pañol de las velas.

Los rayadores, dirigidos por algún reflejo misterioso, también se habían detenido, posándose en la cresta de una duna cercana. Armado con el arpón, me dirigí hacia el barco naufragado con la esperanza de encontrar una bomba de aire.

La arena era como polvo de cristal. A unos quinientos metros de distancia, cuando tenía destrozadas las suelas de mis zapatillas de rafia volví atrás. Decidí no fatigarme, descansar a la sombra de la vela mayor, y volver a Ciraquito cuando se pusiera el sol. Mis pies dejaban huellas de sangre en la arena.

Estaba apoyado contra el mástil, mojando mis labios en el frío martini, cuando apareció un gran rayador blanco por encima de mi cabeza. Separándose de los otros, que descansaban tranquilamente sobre una duna, había vuelto para inspeccionarme. Con unas alas de casi tres metros y un cuerpo tan grande como el de un hombre, volaba sobre mí en monótonos círculos mientras yo sorbía los templados restos del martini. Pese a su curiosidad, el gran pájaro no daba muestras de querer atacarme.

Diez minutos después, como continuaba dando vueltas sobre mi cabeza, tomé el arpón del armario y le disparé en el ojo izquierdo. Atravesado por la flecha de acero, cayó en picado sobre la vela, desgarrándola desde el mástil, y se precipitó por el aparejo hasta la cubierta. Su ala chocó contra mi cabeza como un ataque del cielo.

Permanecí durante horas en el desierto mar de arena, con el gigante rayador muerto como compañero, abrasado por el aire enjoyado. El tiempo parecía haberse detenido en un mediodía inalterable y el cielo estaba lleno de parhelios, pero fue probablemente a primeras horas de la tarde cuando vi una inmensa sombra sobre mi yate. Me incorporé por encima del cadáver que yacía sobre mí, mientras una enorme goleta de arena, cuyo bauprés de plata era tan largo como mi propio navío, corrió por la arena sobre sus ruedas blancas. Con los rostros escondidos tras sus gafas oscuras, la tripulación me observaba desde el timón.

En pie, con una mano en la baranda de la cabina y los pies rodeados de aureolas que formaban las portillas de metal, estaba una mujer alta, de estrechas caderas y cabello tan claro que me recordó inmediatamente la pesadilla de vida en muerte del antiguo Marino. Sus ojos me observaban como oscuras magnolias. Levantados por el viento. Sus cabellos de ópalo, como plata antigua, formaban una casulla del viento.

Sin estar seguro de si la extraña nave y su tripulación eran una aparición conjurada por mi mente, llena del asesinato del rayador, levanté el termo vacío de martini hacia la mujer. Me miró de arriba a abajo con ojos decepcionados. Me acordé de los vidrios rotos que resonaban en mi cráneo. Entonces, dos miembros de la tripulación corrieron hacia mí. Cuando recogían el cuerpo del rayador a mis pies, miré sus rostros con atención. A pesar de estar bien afeitados y tostados por el sol, parecían máscaras.

Éste fue mi rescate por Hope Cunard. Acostado en la cabina inferior, mientras uno de los tripulantes vendaba las heridas de mis pies podía ver su cabeza de cabellos claros a través del techo de cristal. Su rostro preocupado estaba fijo en el desierto, como si buscara una presa mucho más importante que yo mismo.

Al cabo de media hora entró en la cabina. Me alargó mi permiso de conducir y se sentó en la litera, a mis pies, tocando los blancos vendajes con mano cuidadosa.

—Robert Melville..., ¿es usted poeta? Hablaba del viejo Marino cuando le encontramos.

Hice un gesto vago.

—Era una broma que me hacía a mí mismo. —No podía decirle a aquella remota pero bella y joven mujer, que al principio me había parecido la bruja de la pesadilla de Coleridge, y añadí—: He matado a un rayador que daba vueltas sobre mi yate.

Ella jugó con los colgantes de jade que descansaban en lagunas de esmeralda en los pliegues de su traje blanco. Los ojos presidían su rostro pensativo como pájaros confusos. Tomando al parecer mi referencia al Marino con absoluta seriedad, dijo:

—Puede descansar en Lizard Key hasta que se mejore. Mi hermano le reparará el yate. Siento lo de los rayadores..., le confundieron con otra persona.

Mientras estaba allí sentada, mirando a través de la portilla, la gran goleta se deslizó silenciosamente por la enjoyada arena, con los rayadores blancos volando a pocos metros del suelo a nuestra espalda. Más tarde, comprendí que habían devuelto la presa equivocada a su compañera.

Al cabo de dos horas llegamos a Lizard Key, donde yo debía permanecer durante las tres semanas siguientes. Levantándose sobre las dunas termales, la isla parecía flotar en el aire divisándose la villa con su terraza y el muelle vacío a través de la bruma. Rodeada por tres lados por los altos minaretes de los acantilados de arena, tanto la villa como la isla parecían haber surgido de alguna fantasía mineral del desierto. Los escollos se erguían como cipreses junto al camino que conducía a la villa, rodeados de esculturas silvestres.

—Cuando mi padre descubrió la isla, estaba llena de monstruos de Gila y de basiliscos —explicó Hope mientras me ayudaban a subir por el camino—. Ahora venimos aquí todos los veranos a navegar y a pintar.

En la terraza nos saludaron los otros dos habitantes de aquel paraíso privado: el hermanastro de Hope Cunard, Foyle, un joven de cabellos blancos peinados hacia la frente, labios gruesos y mejillas marcadas por la viruela, que me observaba desde la balaustrada como un sombrío Hamlet, y la secretaria de Hope, Bárbara Quimby, una esfinge de rostro vulgar, que llevaba un bikini negro y cuyos ojos indiferentes parecían dos espejos.

Ambos contemplaron cómo me subían detrás de Hope, con miradas curiosas que se transformaron en corteses cuando les fui presentado. Casi antes que Hope terminara de contar mi rescate, se fueron hacia las tumbonas de playa que había en un extremo de la terraza. Durante los próximos días, tendido en un diván cercano, tuve más tiempo para estudiar aquel extraño *ménage*. Pese a su dependencia de Hope, que había heredado de su padre la villa de la isla su actitud, con veladas bromas y miradas secretas, se parecía a la de unos conspiradores cortesanos. Sin embargo, Hope no advertía sus rastreros apartes. Al igual que la atmósfera de la propia villa, su personalidad carecía de concentración; se hallaba en otro lugar.

¿A quién esperaban Foyle y Bárbara Quimby que Hope trajese a la villa? ¿A qué navegante del mar de arena buscaba Hope Cunard con su goleta y su bandada de blancos rayadores? Yo la veía poco, aunque de vez en cuando salía a la terraza de su estudio para dar de comer a los rayadores, que volaban hacia ella desde sus nidos en las afiladas rocas. Todas las mañanas, Hope zarpaba en su goleta y escudriñaba el mar desierto con su mirada melancólica y sus cabellos color de ópalo al viento. Pasaba las tardes a solas en su estudio, pintando. No hizo ningún esfuerzo para enseñarme sus pinturas, pero al atardecer, cuando cenábamos los cuatro, me contemplaba mientras sorbía su licor como si viera mi perfil en una de sus pinturas.

—¿Quieres que pinte tu retrato, Robert? —me preguntó una mañana—. Te veo como el antiguo Marino, con un rayador blanco alrededor del cuello.

Tapó el vendaje de mis pies con una bata de brocado de oro, abandonada, supongo, por uno de sus amantes.

—Hope, me estás convirtiendo en un mito. Siento haber matado a uno de tus rayadores, pero, créeme, lo hice sin pensar.

—Igual que el Marino. —Me rodeó, con una mano en la cadera y tocándome con la otra los labios y el mentón, como si tocara una estatua antigua—. Te pintaré leyendo *Maldoror*.

La noche anterior les había hablado en defensa de los surrealistas, jactándome ante Hope e ignorando la mirada aburrida de Foyle, apoyado sobre los codos. Hope me había escuchado con atención como si se sintiese insegura de mi verdadera identidad.

Mientras miraba la tela blanca que Hope se hiciera bajar del estudio, me preguntaba qué imagen de mí surgiría de sus pinceles. Como todas las pinturas hechas en Vermilion Sands en aquella época, no necesitaría la mano del pintor. Una vez elegidos los colores, la pintura fotográficamente sensible, produciría imagen de cualquier naturaleza muerta o paisaje al que fuera expuesta. Aunque se tratara de un proceso lento, que requeriría una exposición de por lo menos cuatro o cinco días, tenía la inmensa ventaja de no exigir la presencia

continua del modelo. Disponiendo de unas pocas horas al día, las pinturas de sensibilidad fotográfica se amoldarían a los perfiles de una silueta.

A esta discontinuidad se debía todo el encanto y la magia de tales pinturas, en lugar de ser una simple réplica fotográfica, los movimientos del modelo originaban una serie de proyecciones múltiples, tal vez con las formas analíticas del cubismo, o bien, menos exageradamente, con la agradable vaguedad del impresionismo. Sin embargo, estas imprevisibles variaciones en el rostro y la forma del modelo eran a menudo desconcertantes en su percepción del carácter. El trazado de la silueta, o la separación de tonalidades, podía revelar indiscretas arrugas en la textura de la piel y en los rasgos, o generar extraños círculos en los ojos del modelo, como las epilépticas espirales de los últimos paisajes dementes de Van Gogh. A estos desafortunados efectos venía a añadirse con facilidad cualquier movimiento nervioso del modelo.

La probabilidad que mi propio retrato le revelara más de mis sentimientos por ella de lo que yo quería admitir, se me ocurrió cuando la tela ya estaba instalada en la biblioteca. Me recliné con rigidez en el sillón esperando que las pinturas estuvieran dispuestas, cuando apareció el hermanastro de Hope, con una segunda tela entre las manos.

—Querida hermana, siempre te has negado a posar para mí. —Cuando Hope empezaba a protestar, Foyle la interrumpió—. Melville, ¿se da usted cuenta que ella nunca en su vida ha posado para un retrato? ¿Por qué, Hope? ¡No me digas que las telas te asustan! Deja que te veamos con tu verdadero disfraz.

—¿Disfraz? —Hope le miró con ojos perspicaces—. ¿A qué estás jugando, Foyle? Esa tela no es un espejo mágico.

—Claro que no, Hope. —Foyle le sonrió como Hamlet contemplando a Ofelia—. Sólo puede decir la verdad. ¿No está de acuerdo, Bárbara?

Con los ojos ocultos tras las gafas oscuras, la señorita Quimby asintió con presteza.

—Totalmente. Señorita Cunard, será fascinante ver lo que sale. Estoy segura que usted saldrá muy hermosa.

—¿Hermosa? —Hope contempló la tela a los pies de Foyle. Por primera vez parecía hacer un esfuerzo consciente para recobrar el dominio de sí misma y de la villa de Lizard Key. Entonces, aceptando el reto de Foyle y negándose a ser humillada por su sonrisa burlona, dijo—: De acuerdo, Foyle. Posaré para ti. Mi primer retrato..., quizá te sorprendas de lo que veas en mí.

Poco nos imaginábamos los peces de pesadilla que nadarían en la superficie de aquellos espejos.

Durante los días siguientes, mientras nuestros retratos emergían como pálidos fantasmas de las pinturas, extraños duendes nos rodearon. Todas las tardes veía a Hope en la biblioteca, cuando posaba para el retrato y me escuchaba leer *Maldoror*, pero sólo estaba interesada en observar el desierto mar de arena. Una vez que ella había salido a navegar con los rayadores blancos por las dunas vacías, yo me escabullí hasta su estudio. Allí encontré una docena de sus cuadros montados en caballetes junto a las ventanas mirando hacia el desierto. Como centinelas acechando al Marino fantasma de Hope, revelaban con monótono detalle el contorno y la textura del desierto paisaje.

En comparación, los dos retratos que se desarrollaban en la biblioteca eran mucho más interesantes. Como siempre, recapitulaban en sentido inverso, como un extraño embrión, una completa filogenia del arte moderno, una regresión a través de las principales escuelas del siglo XX. Después de las primeras ondas líquidas y el movimiento de una fase cinética, se estabilizaban en los colores de la escuela rígida, y desde allí, como un millar de arterias de color, irrigaban la tela en una brillante réplica de Jackson Pollock. Éstos se fundían en

las crudas formas de los últimos Picasso, en los cuales Hope aparecía como una *madonna* parecida a Juno, con hombros macizos y rostro concreto, y después en fantasías surrealistas de anatomía hacia los múltiples trazos del futurismo y el cubismo. Por último surgió un período impresionista que duró unas horas, un rosáceo mar de polvorienta luz en la cual parecíamos una tranquila pareja doméstica en los parques suburbanos de Monet y Renoir.

Contemplando esta evolución a la inversa, yo esperaba algo al estilo de Gainsborough o Reynolds, un retrato de Hope de cuerpo entero vestida de escarlata bajo un cielo azul, como una belleza inglesa de pálida piel en su casa de campo.

En vez de eso, retrocedimos al bajo mundo de Balthus y Gustave Moreau.

Mientras surgían los extraños trazos de mi propia figura, yo estaba demasiado sorprendido para observar los raros elementos del retrato de Hope. A primera vista, la pintura había reproducido una semejanza fiel, aunque estilizada de mí mismo sentado en el sofá, pero por un sutil énfasis del diseño, la escena estaba totalmente transformada. Las cortinas de color púrpura que había detrás del sofá se parecían a una inmensa vela de terciopelo doblada sobre la cubierta de un barco fondeado, mientras los asideros en espiral emergían como una proa ornamentada. Lo más impresionante de todo era que los almohadones de encaje blanco contra los que me apoyaba parecían el plumaje de un enorme pájaro marino posado sobre mis hombros como un ancla caída del cielo. Mi propia expresión, de amargo patetismo, completaba la identificación.

—Otra vez el antiguo Marino —dijo Hope sopesando mi ejemplar de *Maldoror* en la mano, mientras se paseaba alrededor de la tela—. El destino parece haberte encasillado en un tiempo, Robert. Sin embargo, éste es el papel en que siempre te he visto.

—¿Mejor que el Holandés Errante, Hope?

Ella se volvió de improviso, con un tic nervioso en una comisura de la boca.

—¿Por qué has dicho eso?

—Hope, ¿a quién estás buscando? Puede que yo me cruce con él.

Se apartó de mí y fue hacia la ventana. En el extremo de la terraza, Foyle jugaba con los rayadores, derribándolos con sus pesadas manos y lanzándolos después sobre las puntiagudas rocas. Los largos picos arañaban su cara marcada por la viruela.

—Hope... —Me acerqué a ella—. Tal vez será mejor que me vaya. Ya no hay motivo para que permanezca aquí. Mi yate está reparado —añadí, señalando la goleta atracada junto al muelle con neumáticos nuevos en sus ruedas.

—¡No! Aún estás leyendo *Maldoror*, Robert.

Hope me miró con sus enormes ojos como si me viese el rostro a través de un microscopio y esperase a que se estabilizara algún elemento ausente de mi carácter.

Durante una hora leí para ella en voz alta, con la intención de calmarla. Por alguna razón, ella seguía escrutando la pintura que mostraba mi velado parecido con el Marino, como si esta imagen ocultara algún otro marinero del mar de arena.

Cuando se fue a recorrer las dunas con su goleta, yo me acerqué a su retrato. Fue entonces cuando comprendí que había aparecido un intruso más en aquella casa de ilusiones.

El retrato mostraba a Hope en una posición convencional, sentada como cualquier heredera en una silla tapizada de brocado. Atraía la vista su cabello de ópalo, que caía como un arpa blanda sobre sus fuertes hombros, y también la firme boca con las comisuras ligeramente caídas. Lo que Hope y yo no habíamos observado era la presencia en el cuadro de una segunda figura. Apoyado en la terraza detrás de Hope, destacándose en el horizonte,

estaba la imagen de un hombre con chaqueta blanca y la cabeza baja, mostrando la despejada frente. El borroso perfil de su figura (sus manos colgaban a los lados como pálidas manchas) le asemejaba a un hombre llegado de algún mar sumergido, cubierto de algas blancas.

Asombrado por este espectro que surgía en el fondo de la pintura, esperé a la mañana siguiente para ver si era alguna aberración de luz y pigmento. Pero la figura continuaba allí, incluso con más fuerza, con los rasgos huesudos emergiendo a través del empaste. Paseaba su mirada oscura a través de la habitación. Mientras leía para Hope después de comer, esperaba que ella me hiciera algún comentario sobre aquel extraño intruso. Alguien, que desde luego no era su hermanastro, pasaba por lo menos una hora al día frente a la tela para imprimir su imagen en la superficie.

Cuando Hope se levantaba para irse, el rostro del hombre, pensativo y triste, le llamó la atención.

—¡Robert..., tienes algo de mágico! ¡Estás allí otra vez!

Pero yo sabía que aquel hombre no era yo. La chaqueta blanca, la frente huesuda y la boca dura eran características de otra persona. Después que Hope se fuera a caminar por la playa, subí a su estudio y examiné las telas que continuaban vigilando el paisaje para ella.

Y, en efecto, en las dos pinturas que miraban a los arrecifes del sur, encontré el mástil de un barco que esperaba, medio oculto entre los bancos de arena.

Todas las mañanas, la figura emergía con más claridad y sus ojos observadores parecían acercarse. Una noche, antes de irnos a la cama, cerré las ventanas de la terraza y cubrí la pintura con una cortina. A medianoche oí algo que se movía en la terraza, y encontré abiertas las ventanas de la biblioteca y descorrida la cortina del retrato de Hope. En la pintura, el rostro duro pero melancólico de un hombre me observaba desde arriba con una intensidad casi espectral. Salí corriendo a la terraza. A través de la luz polvorienta, la envuelta figura de un hombre caminaba con firmes pasos por la playa. Los rayadores blancos revoloteaban en el aire oscuro sobre su cabeza.

Cinco minutos después, la figura de claros cabellos de Foyle surgió de la oscuridad. Sus labios gruesos hicieron una mueca de mal humor al volver. En sus zapatillas de seda negra no había rastros de arena.

Un poco antes que amaneciera, me hallaba en la biblioteca, devolviendo la mirada a aquel fantasmal visitante que acudía cada noche para velar ante la pintura de Hope. Saqué mi pañuelo, restregué su rostro de la tela y permanecí durante dos horas con mi propio rostro cerca de la pintura. Rápidamente la pintura borrosa tomó mis propios rasgos y los pigmentos cambiaron de lugar en una convección de tonalidades. Una parodia apareció ante mí: un hombre con blazer blanco, de fuertes hombros y ancha frente, el físico de un inteligente hombre de acción, en el cual estaban superpuestos mis propios rasgos y mi corto bigote.

La pintura se recoció cuando la primera luz del incierto amanecer tocaba la terraza sembrada de arena.

—¡Charles!

Hope Cunard entró por el ventanal abierto, con una bata blanca ondeando alrededor del cuerpo desnudo, como un tembloroso fantasma. Se colocó a mi lado y observó mi cara en el retrato.

—Así que eres tú; Robert, Charles Rademaeker ha vuelto con tu imagen... El mar de arena nos trae extraños sueños.

Cinco minutos después, mientras íbamos tomados del brazo por el pasillo hacia su dormitorio, entramos en una habitación vacía. Hope sacó un blazer blanco del armario. El

hilo estaba usado y manchado de arena. Una mancha de sangre seca rodeaba el agujero de una bala en el talle.

Me lo puse como si fuera una diana.

La imagen de Charles Rademaeker surgió ante los ojos de Hope cuando se sentó en su cama, como un sonámbulo agotado, y me miró mientras corría las cortinas de su dormitorio.

Durante los días que siguieron, mientras navegábamos juntos en el mar de arena, me contó algo de sus relaciones con Charles Rademaeker, el holandés solitario e intelectual que vagaba en su yate por el desierto, catalogando la singular fauna de las dunas. Escapando, dos años antes, del viento del atardecer con una verga rota, había fondeado en Lizard Key. Desembarcó para tomar el aperitivo y su estancia duró varias semanas, ya que surgió un extraño idilio entre él y aquella tímida y hermosa pintora, idilio que tuvo un final violento. Hope nunca me aclaró lo ocurrido. A veces, cuando llevaba la chaqueta manchada de sangre con el agujero de bala, suponía que ella le había disparado, quizá mientras posaba para un retrato. Era evidente que había ocurrido algo raro con una tela, como si hubiese revelado a Rademaeker alguno de los elementos desconocidos que había empezado a sospechar en el carácter de Hope. Después del trágico final, cuando Rademaeker había sido asesinado o se había escapado, Hope recorría el mar de arena todos los veranos, buscándole en su blanca goleta.

Ahora Rademaeker había vuelto (del desierto o de la muerte), surgiendo de la agrietada arena en mi propia persona. ¿Creía Hope en realidad que yo era su amante reencarnado? A veces, por la noche, cuando se acostaba junto a mí en la cabina, con la luz reflejada por las vetas de cuarzo moviéndose como collares sobre su seno, me hablaba como si conociera mi distinta identidad. Luego, después de hacer el amor, deliberadamente me impedía dormir, como si incluso le molestara este intento de abandonarla, y me llamaba Rademaeker, con el rostro desfigurado de una mujer neurótica y desequilibrada. En tales momentos, yo entendía por qué Foyle y Bárbara Quimby se habían refugiado en su mundo particular.

Ahora, al mirar hacia atrás, creo que sólo proporcioné a Hope una tregua en su obsesión por Robert, una oportunidad de vivir su ilusión en aquella extraña pantomima emocional. Mientras tanto, el propio Rademaeker nos esperaba allí cerca, en los escondites del desierto.

Un atardecer llevé a Hope a navegar por el oscuro mar de arena. Hice que la tripulación encendiera las luces del aparejo y las bombillas del toldo de cubierta. Conduciendo aquel navío de luz por la negra arena, permanecí con Hope apoyado en la barandilla de popa, con el brazo alrededor de su cintura. Adormeciéndose, apoyó la cabeza en mi hombro. Su cabello de ópalo se levantaba sobre la oscura estela, como el esqueleto de algún pájaro primitivo.

Cuando llegamos a Lizard Key, una hora después, vi una goleta blanca que levaba el ancla entre los acantilados de arena y se adentraba en el desierto.

Ya sólo el hermanastro de Hope me recordaba mi precaria unión con ella y con la isla. Foyle se había mantenido fuera de mi camino, dedicado a sus juegos particulares en los arrecifes bajo la terraza. De vez en cuando, al vernos pasear tomados del brazo, nos miraba desde la tumbona con festivos, pero astutos ojos.

Una mañana, poco después de haberle sugerido a Hope que mandara de nuevo a su hermanastro y a la señorita Quimby a la casa de Red Beach, Foyle entró en la biblioteca.

Percibí una marcada arrogancia en sus maneras. Con una mano ante la boca, señaló con escepticismo mi retrato y el de Hope.

—Primero el antiguo Marino, ahora el Holandés Errante..., para ser un mal marinero interpreta usted muchos papeles marinos, Melville. Treinta días en un sofá abierto, ¿eh? ¿A quien encarnará la próxima vez? ¿Al capitán Ahab, a Jonás?

Bárbara Quimby entró detrás de él, y ambos me sonrieron con afectación, Foyle con su fea cabeza de fauno.

—¿Qué hay de Próspero? —interrogué a mi vez—. Esta isla está llena de visiones. Con usted como Calibán, Foyle.

Haciendo un gesto con la cabeza, Foyle se acercó a las pinturas. Una gran mano trazaba perfiles obscenos. Bárbara Quimby empezó a reír. Enlazados por la cintura, se fueron juntos. Sus risas se mezclaron con los gritos de los rayadores, que volaban en círculo sobre los escollos en el aire rojizo.

Poco después, empezaron a ocurrir los primeros cambios curiosos en nuestros retratos. Aquella tarde, cuando estábamos juntos en la biblioteca, vi una ligera pero precisa alteración en los planos del rostro de Hope, unas huellas como de viruela en la piel. La textura de su pelo se había alterado, tenía un resplandor amarillento y los bucles más rizados.

Esta transformación se hizo más pronunciada al día siguiente. Los ojos de la pintura habían empezado a bizquear, como si la tela hubiera comenzado a reconocer algún desequilibrio en la mirada de Hope. Me volví hacia mi propio retrato. Aquí también se producía un cambio notable. Mi rostro había empezado a desarrollar una nariz similar a un hocico. La carne se había amontonado alrededor de los labios y las ventanas de la nariz, y los ojos se empequeñecían, sumergidos en rollos de grasa. Incluso la textura de mis ropas era diferente: los cuadros blancos y negros de mi camisa de seda recordaban el traje de algún extraño arlequín.

A la mañana siguiente, esta horrible metamorfosis era tan asombrosa que incluso Hope la hubiera notado. Con la luz del amanecer las figuras que me observaban eran las de unos monstruos saturninos. El cabello de Hope era ahora amarillo brillante. Los bucles rizados enmarcaban un rostro parecido a una polvorienta calavera.

Y en cuanto a mí, el rostro de hocico de cerdo se parecía a una de las caras de pesadilla de los negros paisajes de Hieronymus Bosch.

Corrí la cortina sobre las pinturas y me examiné la boca y los ojos en el espejo. ¿Era ésta la falsa imagen que teníamos Hope y yo en realidad? Llegué a la conclusión que los pigmentos estaban defectuosos (Hope raramente renovaba sus existencias) y que por eso producían aquellas enfermizas imágenes. Después de desayunar, vestimos nuestras ropas marineras y bajamos al muelle. No le dije nada a Hope. Navegamos durante todo el día sin perder de vista la isla, y no volvimos hasta el anochecer.

Poco después de medianoche, acostado junto a Hope en su dormitorio bajo el estudio, fui despertado por los rayadores blancos, que chillaban en la oscuridad frente a las ventanas. Volaban en círculos como luces agitadas. En el estudio, con cuidado de no despertar a Hope, examiné las telas junto a las ventanas. En una encontré la fresca imagen de un navío blanco, con las velas ocultas por una cala, a media milla de la isla.

Así que Rademaeker había vuelto y su maligna presencia había falseado de algún modo los pigmentos de nuestros retratos. Convencido en seguida por esta lógica demente, hundí los puños en la tela, destruyendo la imagen del barco. Con los brazos y manos untados de pintura fresca, bajé al dormitorio. Hope dormía sobre las almohadas cruzadas, con las manos juntas sobre el pecho.

Tomé la pistola automática que ella guardaba en la mesilla. A través de la ventana, se levantaba el blanco triángulo de la vela de Rademaeker en el aire nocturno, levando anclas.

Desde media escalera pude ver la biblioteca. Habían colocado focos en el suelo, que bañaban las telas con poderosa luz, acelerando el movimiento de los pigmentos. Delante de las pinturas, en posiciones obscenas, se hallaban dos criaturas de pesadilla. La más alta llevaba una túnica negra como la casulla de un cura y una máscara de cerdo de papel *maché* en el rostro. A su lado, como monaguillo de esta misa negra, estaba una mujer con una peluca amarilla, el rostro empolvado y los labios y los ojos brillantes. Ambos se acicalaban y arreglaban delante de las pinturas.

Abriendo la puerta de un puntapié, vislumbré estas figuras de pesadilla con sus máscaras dementes. En las pinturas, la carne se fundía como cera sobrecalentada mientras mi imagen y la de Hope adoptaban su propia posición obscena. Al otro lado del resplandor de los focos, la mujer de la peluca amarilla se escurrió a la terraza a través de las cortinas. Mientras yo sorteaba los cables, observé brevemente detrás de mí a un hombre cubierto por una capa. Entonces, algo me golpeó bajo la oreja. Caí arrodillado y las negras túnicas me arrastraron a la ventana.

—¡Rademaeker! —exclamé, llevando a mi cuello una mano llena de pintura.

Tropecé con la pequeña estatua de latón con la que había sido golpeado, y corrí hacia la terraza. Los frenéticos rayadores revoloteaban en la oscuridad como retazos luminosos. Debajo de mí, dos figuras corrían entre los escollos hacia la playa.

Llegué exhausto hasta la playa y caminé por la oscura arena, con los ojos irritados por la pintura que manchaba mis manos. A cincuenta metros de la orilla, las velas blancas de una inmensa goleta se elevaban en el aire nocturno con la proa señalando hacia mí.

Sobre la arena, a mis pies, estaban los restos de una peluca amarilla, un hocico de cerdo y la vieja casulla. Al tratar de recogerlos, caí de rodillas.

—¡Rademaeker...!

Un pie me golpeó el hombro. Un joven esbelto y altanero, que llevaba una gorra de marino, me miraba con ojos irritados. Aunque era más bajo de lo que yo me había imaginado, reconocí inmediatamente el austero y melancólico rostro.

Me ayudó a levantarme con una mano fuerte. Señaló la máscara y el disfraz y mis brazos manchados de pintura.

—Dígame, ¿qué son estas locuras? ¿A qué están jugando?

—Rademaeker... —Dejé caer la peluca amarilla en la arena—. Creí que era...

—¿Dónde está Hope? —Miró hacia la villa con las mandíbulas tensas—. Esos rayadores... ¿Está ella aquí? ¿Qué es esto, una misa negra?

—Algo condenadamente parecido. —Miré hacia la playa desierta iluminada por la luz que reflejaban las grandes velas de la goleta. Comprendí a quién había estado viendo frente a la tela—. ¡Foyle y la chica! Rademaeker, ellos estaban ahí...

Él ya estaba subiendo por el sendero, deteniéndose sólo para gritar a sus dos marineros, que nos contemplaban desde el bauprés del yate. Corrí tras él, secándome la pintura del rostro con la peluca. Rademaeker abandonó el sendero para tomar un atajo hasta la terraza. Su figura compacta se movía rápidamente entre las rocas, sorteando las estatuas que se elevaban de la arena.

Cuando llegué a la terraza él ya estaba en la oscuridad, junto a los ventanales de la biblioteca, mirando hacia la brillante luz del interior. Se quitó la gorra con un gesto cuidadoso, como un cortesano cortejando a su novia. Sus cabellos suaves, ondulados por la presión de la gorra, le daban un aspecto sorprendentemente juvenil, muy distinto del duro vagabundo del desierto que yo había imaginado. Mientras estaba allí contemplando a Hope, cuya figura blanca se reflejaba en las ventanas abiertas, pude representármelo en la

misma posición en sus secretas visitas a la isla, contemplando durante horas el retrato de ella.

—Hope..., déjame...

Rademaeker tiró su gorra y corrió hacia delante. Se oyó un fuerte disparo cuyo impacto rompió uno de los cristales del ventanal, y resonó entre las afiladas rocas, asustando a los rayadores, que echaron a volar. Apartando las cortinas de terciopelo, entré en la habitación.

Las manos de Rademaeker se agarraban al sillón tapizado de brocado. Empezaba a avanzar lentamente, tratando de llegar hasta Hope antes que ella le viera. Ella, de espaldas a nosotros, se hallaba ante la pintura con la pistola en la mano.

Excitados por la intensa luz de los focos, los pigmentos casi se habían fundido sobre la superficie de la tela. Los lívidos colores del descompuesto rostro de Hope eran como carne en putrefacción. Junto a ella, el sacerdote con hocico de cerdo que era yo, presidía sobre su cuerpo como un fiscal del infierno.

Con una mirada de hielo, Hope se volvió hacia mí y Rademaeker. Miró fijamente la peluca amarilla que yo tenía en las manos, y la pintura de mis brazos. Su rostro era impasible. Toda expresión había desaparecido de él como arrastrada por una avalancha.

El primer disparo había agujereado el retrato de Hope. Y la pintura empezaba a correr por el agujero de bala. Como un vampiro, el monstruo de cabellos amarillos que era Hope empezaba a desintegrarse.

—Hope... —Rademaeker dio unos pasos cautelosos hacia delante.

Antes que pudiera sujetarla por la muñeca, ella se volvió y disparó contra él. El disparo rompió el cristal de la ventana, muy cerca de mí.

El siguiente disparo alcanzó a Rademaeker en la muñeca izquierda. Cayó sobre una rodilla, agarrándose la herida llena de sangre. Confusa por las explosiones que casi le habían arrancado la pistola, Hope sostenía el arma con ambas manos, apuntando a la sangre seca de mi chaqueta. Antes que pudiese disparar, yo di un puntapié a uno de los focos. La habitación se movió como un escenario giratorio. Tomé a Rademaeker por el hombro y le empujé hacia la terraza.

Corrimos hasta la playa. A medio camino, Rademaeker se detuvo, como si quisiese volver. Hope estaba en la terraza, disparando a los rayadores que gritaban en la oscuridad sobre nuestras cabezas. La goleta blanca se disponía a levar anclas, y sus velas se desplegaban en el aire nocturno.

Rademaeker me hizo una seña con su muñeca ensangrentada.

—Vamos al barco. Ahora ella está sola..., para siempre.

Nos pusimos en cuclillas ante el timón de la goleta, escuchando, mientras los últimos disparos sonaban en el desierto vacío.

Al amanecer, Rademaeker me dejó a un kilómetro de la playa en Ciraquito. Había pasado la noche al timón, con su muñeca vendada contra el pecho como si fuera una condecoración, dirigiendo con su mano sana. En el frío aire de la noche, traté de explicarle por qué Hope le había disparado, en un último intento de escapar de las ilusiones que se multiplicaban a su alrededor y alcanzar alguna especie de realidad.

—Rademaeker..., yo la conocía. No le ha disparado a usted, sino a una ficción de usted..., a la imagen del retrato. ¡Maldición! Ella estaba obsesionada con usted.

Pero él ya no parecía interesado, y sus labios inquietos no pronunciaron ninguna respuesta. En cierto modo, me había decepcionado. Quienquiera que fuese el que sacara a Hope de Lizard Key tendría primero que aceptar las múltiples ilusiones que eran parte integrante de la isla. En su negativa a admitir la realidad de sus fantasías, Rademaeker la había destruido.

Dejándome entre las dunas, cerca de las casas de la playa, me saludó con brusquedad, giró el timón en redondo, y su figura no tardó en desaparecer detrás de las crestas de arena. Tres semanas después, alquilé un yate a uno de los pescadores locales, y volví a la isla para recoger mi balandro. La goleta de Hope estaba atracada. Ella misma, tranquila, pálida y bella, vino a saludarme.

Las pinturas habían desaparecido, y, con ellas, todo recuerdo de aquella noche horrible. Los ojos de Hope me miraron con serenidad. Sólo sus manos se movían con una inquietud propia.

Al extremo de la terraza su hermano se hallaba tendido en una de las tumbonas, con la gorra de Rademaeker calada hasta los ojos. Bárbara Quimby estaba junto a él. Yo no sabía si explicar a Hope la morbosa y macabra farsa que habían organizado a su costa, pero ella se fue a los pocos minutos. Los labios burlones de Foyle eran el último residuo de aquel mundo. Carente de malicia, aceptaba la realidad de su hermanastra como la suya propia.

Sin embargo, Hope Cunard no ha olvidado enteramente a Charles Rademaeker. A medianoche la veo a veces navegando por el mar de arena, en persecución de un navío blanco con blancas velas. Anoche, actuando por un extraño impulso, me vestí con la chaqueta manchada de sangre que una vez usara Rademaeker, y navegué hasta la orilla del mar de arena. Esperé junto a un arrecife por donde sabía que ella pasaría. Cuándo se deslizó por mi lado en silencio, destacada su alta silueta contra los últimos rayos del sol, permanecí inmóvil en la proa, para que viera la chaqueta. De nuevo la llevaba como si fuera una diana.

Pero otros navegaban por este extraño mar. Hope pasó a cincuenta metros de mí sin verme; pero media hora más tarde pasó un segundo yate, un queche de contrabando con ojos de dragón en la proa y al timón un hombre alto, de labios gruesos, que llevaba una peluca amarilla. Junto a él, una mujer de ojos oscuros sonreía al viento. Al pasar, Foyle me saludó con la mano, y una risa irónica resonó por la arena muerta hasta donde yo estaba con la chaqueta que me convertía en diana. Disfrazados de sacerdote loco, sirena o bruja de las dunas, cruzan el mar de arena a su antojo. Por las noches, mientras pasan navegando cerca de mí, los oigo reír.

EL HOMBRE MECÁNICO

RON GOULART

Los golpes de Estado de derechas, de los que últimamente hemos tenido trágicos ejemplos, como el de Chile o Grecia, amenazan en realidad a todos los países que evolucionan hacia una progresiva liberalización, por leve o aparente que ésta sea.

La situación descrita en El Hombre Mecánico, *en unos Estados Unidos del próximo futuro, muy bien puede considerarse una parábola de la situación actual, en que los grupos marginados se enfrentan con una extrema derecha cada vez más reaccionaria a la sombra de un Gobierno cada vez más fascista.*

* * *

La joven loca corrió airadamente por la luminosa habitación de la torre y tapó la vista del tumulto. Dos terapeutas, vestidos de calle, se precipitaron tras ella hacia la gran estancia circular, y se agacharon para no tapar la vista que se dominaba desde las ventanas de vidrios de colores. La joven delgada y rubia, eludió al terapeuta jefe y fue directamente hacia el sargento James Xavier Hecker. Éste ya se levantaba de la silla de plástico y le tendía la mano.

—Ahora tranquilícese —le dijo.

Desde la silla contigua, el terapeuta jefe Weeman exclamó:

—¡Alto, señora Gibbons!

Se inclinó hacia delante y golpeó a la delgada joven con la correa de su porra. Ella se quedó rígida, sin llegar a tocar a Hecker.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Hecker, sosteniendo el cuerpo paralizado de la chica.

—Intentamos proporcionar a nuestros más esperanzados pacientes una apariencia de autonomía y libre acción —dijo Weeman. Guardó la porra en el bolsillo de su túnica verde—. Los incidentes no pueden fomentarse, pero, por otro lado, tampoco deben ser eliminados con medidas demasiado drásticas.

Los dos terapeutas vacilaban, con las manos extendidas discretamente hacia la paciente. Hecker dijo:

—Tardará dos horas en sobreponerse a esto.

Dejó que los dos fornidos hombres se llevaran a la muchacha fuera de la torre del centro de rehabilitación.

Weeman dio unos tironcitos a su rubia barba, como si, de repente, dudara de su autenticidad.

—Encuentro casi fascinante su interés por una trastornada ama de casa, una joven a la que ni siquiera conoce.

—¿Por qué no me entrega las fichas de Kendry, y me largaré?

Hecker era un hombre enjuto, alto y algo encorvado, de cara huesuda y manos demasiado grandes. El departamento social del cuerpo de policía le había permitido dejarse un hirsuto bigote, pero probablemente no ascendería mucho más allá de sargento.

El terapeuta jefe Weeman tenía ante sí gran cantidad de tarjetas de microfilmes. Golpeó la película con los dedos de la mano izquierda y miró hacia las ventanas panorámicas.

—Me gustaría que compartiese mi fascinación por estos desórdenes, aunque usted tiene sus razones para no hacerlo. Ese que tiene lugar ahora mismo en Citrus Knolls está lleno de hechizo. He observado todos los recientes desórdenes de los suburbios en el área, pero éste es el primero que ocurre, como quien dice, en mi propio patio.

A lo lejos y al otro lado de un río artificial, una tropa de jóvenes exploradores acababa de incendiar el centro recreativo de la comunidad; y a la izquierda, una masa de matronas de mediana edad lanzaban bombas de plástico al edificio principal del club de tenis. La mayor parte de los miembros de veteranos de la invasión china arrojaban las granadas sobrantes en los patios y los jardines, a lo largo de las anchas y limpias calles y avenidas de Citrus Knolls. Más de dos mil residentes del barrio, una tercera parte de sus habitantes, estaban implicados en el tumulto y el pillaje.

—Ya llegan las tropas —dijo Hecker, volviendo la espalda a las ventanas.

Weeman conectó un interruptor que había en el brazo de su silla, y aparecieron varias pantallas de televisión en el panel lateral de la torre del centro de rehabilitación.

—Quiero verlo todo a la perfección. Estas primeras confrontaciones entre los aturdidos ciudadanos y el ejército de la República de California del Sur son poco menos que fascinantes.

Hecker lanzó una mirada a las imágenes de los soldados de la República de California del Sur, que vestían uniformes amarillos, y marchaban por la explanada principal de Citrus Knolls.

—Las fichas de Kendry —repitió.

—¿Qué cree usted, como representante del departamento social (una división de nuestro Gobierno de California del Sur que considero más liberal de lo necesario), qué cree usted que causa estos desórdenes en nuestras mejores barriadas, sargento?

Weeman, que seguía retorciendo los pelos de su poblada barba, inclinó la cabeza hacia delante.

Al parecer, el ejército usaba gases paralizantes, y la gente que se veía en las pantallas, llevando todavía antorchas, bombas y relucientes rifles nuevos, se iba deteniendo e inmovilizando.

—Los desórdenes atañen a la Junta —dijo Hecker—. Ellos gobiernan la República de California del Sur.

—Parece reacio a expresar una opinión estrictamente personal, sargento Hecker.

—Yo aquí sólo trabajo.

—Mire eso —exclamó Weeman—. Esa viejecita ha tirado a uno de los cámaras del tejado de la Unión Metodista. —Entonces examinó el microfilme que tenía en la mano, y contempló a Hecker durante largos segundos—. Algunas personas, una pequeña, pero importante minoría, creen que la causa de los disturbios es el reciente rigor en la ejecución de la ley y el estacionamiento de tropas adicionales en algunas de nuestras ciudades más seguras. ¿Qué opina usted, sargento Hecker, sobre la teoría respecto a que la Junta ha gobernado la República con excesiva severidad en los últimos años?

—Puesto que mi departamento del cuerpo de policía está bajo la jurisdicción de la Junta, no es necesario que me lo pregunte —le contestó Hecker. Se alejó del terapeuta y miró brevemente las altas columnas de humo negro y sucio que invadían el brillante cielo de la tarde.

—La gente joven —dijo Weeman— olvida los sucesos de 1981 y aquellos años. Antes que los comandos chinos fueran vencidos en la batalla de Glendale, había mucha gente, no visionarios sino gente pacífica y racional, que creía que China roja llevaría a cabo con éxito su invasión de California del Sur.

—Si California del Sur no se hubiera separado de la Unión en 1980, las cosas no hubieran ocurrido del mismo modo.

—El presidente de Estados Unidos, a pesar de la secesión de su pueblo, debía habernos ayudado —dijo Weeman—. Si no se hubiera formado la Junta, absorbiendo a nuestros mejores militares y cerebros industriales de California del Sur, en un grupo regente dedicado y leal, la República hubiera atravesado días muy negros. Usted, un hombre de veinticinco o treinta años, no se acuerda de aquellos malos tiempos.

—Probablemente no —contestó Hecker. Volvió a sentarse junto al terapeuta jefe—. Pero esta noche debo acudir a una cita.

—Esta época, gracias a los residentes jóvenes como usted, sargento Hecker, ha sido bautizada con razón la «era de la ansiedad» —Weeman enterró sus gordos dedos en su barba—. Yo mismo, sargento Hecker, estoy de acuerdo con la teoría de conspiración que explica los disturbios. Hay, en estos recientes desórdenes, una extraña fascinación. —Liberó los dedos de entre sus cabellos faciales y, señalando los incendios y la lucha, que proseguían abajo, continuó—: Las represiones sociales, supuestas injusticias y limitaciones ilegales, no evocan la especie de fanatismo que estamos presenciando en este momento, sargento Hecker Un examen detallado del poblado panorama de la historia de los desórdenes nos indica que los habitantes de cómodas casas con jardín, de cien mil dólares, en las áreas seguras no robarían ni quemarían. La mayoría de ellos no son negros, ¿no es

así? —Juntó las tarjetas de microfilmes y las tendió a Hecker—. Los desórdenes clásicos en Estados Unidos, y en California del Sur en especial, a causa de nuestro clima casi tropical, han sido tradicionalmente provocados por militantes negros, sargento Hecker. Aunque puede no estar al corriente de ello, dado que se trata de épocas muy remotas.

—Estudiamos los disturbios en la escuela —dijo Hecker. Hojeó las tarjetas y las miró una por una a trasluz—. Ya tenemos casi toda esta información sobre la familia Kendry en los archivos del departamento social. Creía que usted poseía otro material que no podía ser transmitido.

Weeman extrajo una última tarjeta de su amplio bolsillo.

—Es un material retrospectivo de Jane Kendry. Pruebas y proyecciones hechas durante el breve período en que fue paciente del sistema de rehabilitación. ¿Cuál es exactamente su misión en el departamento social, sargento?

Hecker tomó la nueva tarjeta en su mano de grandes nudillos, se dirigió hacia el proyector de microfilmes que había en la pared y la insertó en él.

—Ya se lo dijeron cuando el departamento social pidió esta entrevista.

—¿Así que esa historia no era una tapadera? ¿Alguien del clan Kendry ha avisado al departamento social que tenía información sobre la causa de los desórdenes?

—La naturaleza de la información enviada y los procedimientos sugeridos indican que la familia Kendry puede estar involucrada —dijo Hecker. El rostro juvenil de una delgada y vehemente joven apareció en la pantalla del proyector. Tenía la piel suave y morena, y el cabello largo, de un color dorado con reflejos rojizos—. Jane Kendry —musitó Hecker para sí mismo.

—Hace siete años —dijo Weeman—. Entonces tenía quince años. Su violento padre y una pandilla del clan la sacaron de un centro de rehabilitación muy poco seguro, cerca del sector de Laguna. Allí hay un precioso panorama marino. Es una joven astuta, y creo que es Jane Kendry quien guía a esta banda de andrajosas guerrillas. Su padre, el viejo Jess, tiene ahora más de sesenta años, está lleno de vicios y heridas mal cicatrizadas. Es una joven decidida, sargento Hecker, y no tiene el mismo aspecto que en esta fotografía. Jane Kendry ya no es así. ¿Es su contacto?

—No lo sé —repuso Hecker—. Nuestra información no es tan detallada. El lugar de nuestra cita está bastante cerca de una de las ciudades inseguras donde se cree que operan los Kendry. Tengo una especie de salvoconducto. Vine aquí para informarme a fondo sobre ellos.

El terapeuta jefe Weeman se levantó y se colocó detrás de Hecker.

—No tiene aspecto de policía, ni siquiera del departamento social, cuando va vestido de civil. —Pulsó una serie de palancas y la vista de las ventanas se extinguió, así como las de las pantallas—. Escúcheme bien, sargento Hecker. Trabajé en el caso de la joven Kendry en el sector de Laguna, hace siete años. Ella me gustaba y creí haber solucionado su caso. Hablábamos los dos de sus problemas y conflictos. Entonces llegaron aquellos salvajes, lo estropearon todo y se la llevaron.

Hecker dejó de observar el microfilme.

—¿Y bien?

—Tengo autoridad para traerla a rehabilitación —dijo Weeman, acercándose al sargento del departamento social—. Si ella lo desea, podemos ayudarla, reintegrarla a los legítimos procesos sociales de la República de California del Sur. Es una joven de posibilidades fascinantes.

—Quizá no quiera volver —repuso Hecker—. Probablemente su exilio es voluntario.

—A menudo creemos eso, sargento, y a menudo nos equivocamos —dijo el terapeuta—. Si ve a Jane Kendry, propóngaselo. Dígale que el terapeuta jefe...; no, ella me conoce como terapeuta asociado... Dígale que el doctor Weeman puede conseguirle un

salvoconducto para el centro de rehabilitación de Pasadena. Puede ser su única oportunidad.

Hecker frunció el ceño.

—Espere, ¿por qué su única oportunidad?

—Usted puede tener, sargento Hecker, un competidor en su búsqueda de Jane Kendry.

—Y tal vez ni siquiera la vea —dijo—. Pero, ¿quién la busca?

—¿Ha oído hablar del subteniente Same?

—¿Norman Same? —preguntó Hecker—. Forma parte del consejo de Manipulación. ¿Para qué quieren a Jane Kendry?

—¿Para qué quieren a la gente, por regla general, en Manipulación? —inquirió el terapeuta—. La Junta puede querer encarcelarla o, olvide este negro pensamiento, simplemente matarla. Las guerrillas significan un problema, y el subteniente Same, que también ha estado aquí buscando material retrospectivo, cree que Jane Kendry las capitanea.

—Quizá haya habido una filtración en el departamento social, si Same ya ha estado aquí. —Hecker golpeó sus dientes con el huesudo pulgar—. Entonces ya veremos.

—Llegue hasta ella y dígale que tenga cuidado —dijo Weeman—. Cuando esté aquí en rehabilitación, puedo garantizar que nadie le hará nada. Créame, sargento Hecker, si le digo que realmente puedo ayudar a Jane Kendry.

—Se lo diré —dijo Hecker—. Ahora recuperaré mi heliplano, que he dejado en su tejado, y me iré.

En el tejado más alto de la torre de cinco pisos del centro de rehabilitación, Hecker pudo ver Citrus Knolls, que ardía a lo lejos, oscureciendo la luz diurna. Su aparato del departamento social, que no estaba marcado, no se hallaba en la pista reservada del área de aterrizaje del tejado. Dos soldados del ejército de la República de California del Sur, con uniforme amarillo, estaban donde debía hallarse el pequeño heliplano.

—¿Está buscando su aparato? —preguntó uno de los soldados, inquisitivamente.

—Así es —dijo Hecker. Como iba de civil, llevaba la pistola bajo el brazo y no podía sacarla con facilidad—. ¿Ustedes lo tomaron?

—Lo siento, sargento —dijo el otro. Ambos eran jóvenes soldados rasos—. Necesitábamos más aparatos y hubo una alteración del orden. Su departamento social informó que aquí había estacionado un heliplano, al servicio del sargento James Xavier Hecker, y lo recogieron. Se dirigieron a Citrus Knolls y lo utilizan para lanzar polvos paralizantes a la gente que intenta desmantelar la plaza del mercado.

Hecker inspeccionó el tejado. Un viejo y abollado aparato, con la insignia ARSC vagamente visible en el costado, estaba estacionado allí cerca.

—¿De quién es éste?

—Es para usted, si quiere usarlo —contestó el soldado—. El cabo Bozes dijo que podía disponer de él. Por eso rondábamos por aquí, por si acaso podíamos servir de ayuda. Este cacharro no sube muy alto, y no tiene suficiente acero en la barriga. Los francotiradores podrían prender fuego a la cola con mucha facilidad.

—Espero que me servirá —dijo Hecker—. Tengo una cita.

—Puede servir para los fines del departamento social —dijo el soldado.

Al cabo de cinco minutos, Hecker estaba en el aire. Tenía que llegar al sector de San Emanuel, una ciudad costera más allá del sector de Laguna, al anochecer. La ciudad no era una de las calificadas como seguras por los militares, y no podría esperar ninguna ayuda por parte de los oficiales de la República de California del Sur, una vez se encontrara allí. El viejo heliplano del ejército, que debía abandonar antes de llegar a San Emanuel, atravesaba ruidosamente el cielo. Se esforzó en tomar altura, gimiendo, durante casi media hora. Entonces empezó a hacer extraños sonidos y cayó en picado hacia una playa de gran

extensión. Los cinturones de seguridad de Hecker se rompieron cuando intentó enderezar la nave. Al estrellarse, se golpeó con fuerza contra el cuadro de mandos.

El heliplano se desmontó pieza tras pieza, como un rompecabezas que se deshace. Había muchas manos arenosas a su alrededor, penetrantes olores de mar, y fuertes aromas de especias. Hecker se sobrepuso y se apoyó contra el respaldo. Unas manos recorrían sus ropas y una extrajo el paquete de sus documentos de identificación, mientras que otra le quitaba la pistola. Como había entrado en el centro de rehabilitación mediante grabaciones de retina y voz, el paquete sólo contenía los documentos falsos que necesitaría en su viaje a través de las ciudades inseguras, además de la tarjeta de negocios doblada con el dibujo de una gaviota, la misma que había llegado a los cuarteles del departamento social con el mensaje del posible contacto de Kendry. Las manos habían encontrado la tarjeta y alguien dijo:

—Un pase de Kendry. Manténganlo vivo y a salvo.

Devolvieron la pistola a Hecker; éste la metió en su funda y la acarició.

—Basura —exclamó, cuando empezó a ver un poco mejor—. Gente de la playa.

El viejo heliplano del ejército estaba completamente desmantelado, y el asiento del piloto, donde todavía se hallaba Hecker, estaba inclinado sobre un montón de arena. El cielo se había aclarado y el aire se tornó más caliente. Ya era media tarde. Cuando Hecker se tocó la cabeza, encontró un buen chichón en el lado izquierdo de su rostro, y una mancha de sangre seca en el centro.

El hombre que aún agarraba a Hecker era viejo, de sesenta y cinco años o más, y curtido por la edad y el sol.

—Si quiere hablar, puede hablar. Si quiere comer, puede comer. Si quiere esconderse, puede esconderse. Soy Rius. —Parecía tener demasiadas costillas; marcaban su cuerpo delgado en sitios donde no debían haber costillas—. Los militares no se aventurarán en este lugar. Se encuentra usted en el sector de la playa de Manhattan, al sur de Venecia.

—Tengo que llegar a San Emanuel esta noche —dijo Hecker, dejando que Rius le ayudara a levantarse.

—Entonces es que conoce a los Kendry —dijo una joven rubia y alta, que llevaba unos finos pantalones cortos de color gris, y unos viejos mocasines de diferente color.

—Aquí disfrutamos de libertad y tranquilidad —le informó Rius. Tenía una bolsa de plástico llena de pepitas de ají verde en el bolsillo de sus pantalones cortos—. No tiene por qué hablar; ni siquiera compartir nada con nosotros.

—Me parece que ya he compartido el heliplano con ustedes —contestó Hecker. Vio que podía caminar y se desasió del brazo del viejo.

—Tenemos derecho al botín —dijo Rius—. Una antigua ley del mar. —Mordió una pepita y con la otra mitad señaló el océano Pacifico.

El destello del sol sobre el agua hizo volver la cara a Hecker. A lo largo de la playa se hallaban diseminadas unas cincuenta personas, la mayor parte de las cuales vestían tan simplemente como Rius y la rubia. Hecker alargó uno de sus delgados brazos y tomó su carpeta de identificación de manos de Rius, junto con la tarjeta de Kendry.

—Muchas gracias —le dijo.

—¿Nos hablará de sus problemas? —preguntó la rubia—. ¿Se propone abandonar la convencional cultura de la República?

—Es libre de hablar o no hablar —recordó Rius, mordiendo una nueva pepita de ají—. Aquí somos así.

—Si quiere hablar de los asuntos que tiene con los Kendry —dijo la rubia, que tenía unos senos pequeños—, también puede hacerlo.

Un hombre rollizo y pálido, con el cabello recién cortado, se acercó a ellos y miró de soslayo a Hecker.

—No me han avisado hasta ahora. Soy el doctor Jay V. Leavitt. ¿Qué ha ocurrido? ¡Oh, no, está bien...! No tiene por qué decírmelo. Es la costumbre de aquí.

—Mi heliplano se estrelló y entonces sus muchachos lo desmontaron pieza por pieza —dijo Hecker—. Hablaré largo y tendido sobre esto. Me golpeé la cabeza contra el cuadro de mandos porque se rompieron los cinturones de seguridad.

—Apuesto a que ni siquiera le han preguntado por qué iba usted en ese viejo aparato del ejército —dijo el doctor.

—Lo tomé prestado.

El doctor sonrió y se encogió de hombros.

—Mi esposa me deja pasar un mes aquí, cada primavera. ¿Puedo examinarle la cabeza?

—Desde luego.

—Vivimos en un apartamento en el sector de Pacific Palisades. Es nuestro segundo apartamento. El primero que tuvimos cayó al océano. Pero aquí no tenemos que preocuparnos por cosas como ésa. —Pasó sus dedos llenos de arena por la cabeza hinchada de Hecker—. Ni siquiera estoy esterilizado. Espero que no le provocaré ninguna infección.

—No se preocupe.

—Parece ser que el cerebro no está dañado. —El doctor hundió los dedos en los párpados de Hecker; luego le dio un golpe seco en la cabeza—. Tampoco hay señales de fractura. Apuesto a que ni siquiera tiene conmoción. Podría tomarse un par de días de descanso aquí en la playa, si quiere, aunque no se trata de una receta. Las noches son frías, pero encendemos fogatas.

—Estoy en camino hacia San Emanuel —dijo Hecker.

—Debería hablar con Marsloff y Percher —le recomendó el doctor Leavitt. Metió la mano en el bolsillo de sus nuevos pantalones cortos, de color gris—. Tenía algunas vendas aquí. No, ya las he usado todas.

—¿Quiénes son Marsloff y Percher?

—Conducen uno de los camiones —explicó la joven rubia—. Intentarán llegar al sector de San Diego esta noche con un cargamento. El doctor Leavitt probablemente le está sugiriendo que vaya con ellos hasta San Emanuel. Supongo que no le importa que hable en su nombre.

—En absoluto —replicó el doctor—. Eres una chica lista. ¿Acaso eras recepcionista o enfermera de higiene dental, allí en la República?

—Sólo ama de casa —contestó la rubia—. No podía tener ninguna conversación satisfactoria con mi marido. Investiga el control de los desórdenes y acostumbraba traer a casa nuevo equipo para probar. —Se dirigió a Hecker—. Tenga cuidado con Percher; es un maníaco de la mecánica.

—¡Oh! —dijo Hecker. Había estado trabajando en casos de adictos a la mecánica en el departamento social.

—Un maníaco de la mecánica es una persona —explicó el doctor Leavitt— que usa instrumentos para producir estímulos eléctricos en el cerebro, y otros efectos peligrosos, aunque momentáneamente agradables. La estimulación eléctrica del cerebro fue declarada fuera de la ley, hace ya más de dos años, por la Junta.

—¿Dónde está su socio, el tal Marsloff? —inquirió Hecker.

—Los dos están allí abajo. —La rubia señaló el lugar con la cabeza—. ¿Ve el viejo restaurante derruido junto a la playa con el letrero «Pobre muchacho» en un lado? El camión está escondido allí. Marsloff es aquel hombre alto, de cabello oscuro, apoyado en la barrera. Percher es rubio; debe estar en el camión.

—Anoche conectó un mezclador eléctrico para estimularse —dijo el doctor, tristemente—. Es un joven brillante, cuando no se halla en estado comatoso.

—Tendría que haber estado aquí cuando se metió en la máquina de refrescos reconstruida —dijo la rubia—. ¿Quiere que le acompañe?

—Desde luego —asintió Hecker.

Comenzó a caminar y él la siguió.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí? —preguntó.

—Creo que un año. Mi nombre es Hildy. No tiene por qué decirme el suyo. Aquí no nos importan esas cosas.

—James Xavier Hecker. —En los papeles falsos constaba su nombre real.

—Ya he leído sus documentos de identificación. ¿Le llaman Jim?

—Hecker, casi siempre —contestó.

—Oye, Marsloff. Rius dice que ayudes a este muchacho. —Se detuvo a pocos metros del hombre fornido—. Conoce a los Kendry. Quiere que alguien le lleve al Sur.

Marsloff se acercó en dos zancadas. Tenía el cabello negro grisáceo, corto en la cabeza y largo y rizado en el resto del cuerpo.

—¿Sabe conducir un camión?

—Sí.

—Mi compañero, Percher, es un maníaco de la mecánica. Esta mañana encontró media docena de anticuados cepillos de dientes eléctricos y está en trance en la cabina del camión. Tiene su propio generador portátil en lo que solía ser la despensa del café. Ahora mismo está en coma.

—¿Por qué no llama a Leavitt para que le examine?

—Esto no es la República —replicó Marsloff—. Siempre se recupera. No deja que nadie le cuide cuando atraviesa uno de sus comas. Por esta vez le dejaré en la cabaña, tapado con un cubrecama. ¿Le vigilarás un poco, Hildy?

—Como quieras.

Marsloff miró el sol poniente.

—Nos iremos dentro de media hora. ¿Va muy lejos hacia el sur?

—A San Emanuel —contestó Hecker. La luz del sol ya no le molestaba tanto.

—Entonces debe conocer a los Kendry —dijo Marsloff. Rió entre dientes—. Percher trae de contrabando cerveza del enclave de Tijuana, una verdadera cerveza mexicana. Está caliente porque ha usado la máquina de hielo para sí mismo. Espere aquí y conseguiré un par de botellas. Podemos enfriarlas en el océano. —Dio unos golpecitos en la espalda a Hecker y a la chica y caminó sobre trozos de madera y yeso, hacia los restos del café costero.

El letrero balanceado por el aire nocturno, decía: «Giacomo de San Emanuel.» El rótulo se columpiaba sobre el umbral de un edificio que ya no existía. Aparte de él, sólo estaban los vestigios de un muelle en ruinas, ahora cercano al océano, restos de restaurantes y de tiendas. Era su lugar de reunión, y Hecker esperó allí, en un rincón del muelle, sin oír nada más que los embates del agua oscura chocando contra la arena que había debajo de los pilares. Montones de conchas llenaban esta parte de la playa de San Emanuel, así como retorcidas algas marinas. El viento arrastró, por encima de la cabeza de Hecker, algo que parecía un mantel a cuadros rojos hecho jirones. El trozo de tela se retorcía y agitaba y acabó por desaparecer en la oscuridad, entre las vigas caídas y los entarimados. Pensó en la joven que había tratado de llegar hasta él en la torre de rehabilitación.

—La tarjeta. Enséñeme la tarjeta —dijo una voz de muchacho.

Hecker dio media vuelta con precaución.

—¿Qué tarjeta?

El chico era demasiado bajo para su edad. Debía tener alrededor de quince años y apenas medía un metro y medio de altura. Sus piernas eran delgadas y un poco arqueadas, y sus brazos también. Llevaba un gran gato peludo en los brazos, contra su pecho desnudo.

—Soy el hermano menor —dijo a Hecker—. En realidad, un hermano adoptado. Pero soy un Kendry.

El gato estaba inmóvil, pero despierto; recostado cómodamente, miraba a Hecker con sus redondos ojos de un verde amarillento.

—Dime el nombre del gato —pidió Hecker.

—«Burrwick» —repuso el chico— si se empeña en saberlo. Ahora veamos la tarjeta. Sáquela despacio, o sentirá un cuchillo en sus rollizos costados.

—¿Te parezco gordo? —Hecker extrajo el paquete de los documentos de identificación, junto con la tarjeta de la gaviota de color azul pálido.

El muchacho la tomó y la sostuvo cerca de su cara.

—Todo el mundo me parece gordo. Me escondí de los soldados demasiado tiempo y no pude conseguir suficiente comida. Lo llaman desnutrición; ya sabe, todo eso de las vitaminas y los minerales. He leído mucho sobre este tema, pero por ahora no he podido cambiar mi aspecto.

—No te desanimes —dijo Hecker—. ¿Puedes decirme quién te ha enviado?

—No puedo —contestó el muchacho. El gato maulló una vez, y puso una pata sobre su hundido pecho—. Debo guiarle a un cónclave. Una reunión de familia; cosas de los Kendry. Allí habrá centenares de los nuestros. Debe presentarse a sí mismo como un primo político de la vieja Mace Kendry. Use su verdadero nombre, o el que sea que conste en sus papeles. Se casó usted con la segunda hija de Mace, Reesie. Ambas fueron apresadas por el ejército y ahora están muertas. Usted ha estado en una celda individual en el sector de San Pedro desde poco tiempo después de su matrimonio, hace dos años. Le liberaron en la amnistía del aniversario de la Junta, hace una semana. Mace le dio esta tarjeta, y usted se enteró de la reunión de esta noche en un bar del sector de Venecia llamado Tío Avram. ¿Podrá recordarlo todo?

—La mayor parte.

—Será mejor que se acuerde de todo. Mace, en el caso que alguien se lo pregunte, tenía el brazo cortado justo debajo del codo, a causa de una ráfaga de metralleta de la policía. Reesie era una joven alta, de huesos grandes, con los dientes delanteros defectuosos. Bien parecida, pero demasiado gorda. —El muchacho acarició el estómago del gato—. Con doscientos Kendry juntos, es probable que alguno quiera matarle por diversión. Si se dan cuenta que usted miente y se equivoca en algo, le acuchillarán desde varias direcciones.

—Gracias —dijo Hecker—. No me equivocaré. ¿Cómo te llamas?

—Esto no entra en la información. —El chico le hizo señas para que le siguiera.

Mientras se alejaban del derruido muelle, Hecker dijo:

—Lo preguntaba porque me gustaría saberlo.

—Jack —contestó el joven.

—Jack.

—¿Sabe de dónde saqué este nombre?

—No.

Doblaron una esquina y se adentraron en una calle bordeada de tiendas y hoteles que todavía se mantenían en pie, pero vacíos desde hacía tiempo. Los árboles de la avenida habían crecido a su antojo y se veía un revoltijo de ramas y hojas.

—Del letrero que hay allí. Giacomo es Jack, más o menos, en italiano. Me gusta verlo allí, tan cerca del agua; sobre todo de noche. ¿Ha oído hablar alguna vez de gente que se llama así?

—Claro, Jack. Muchas veces.

—Los Kendry no creen que exista alguien con este nombre.

—Pero tú sí —dijo Hecker—. Por cierto, ¿puedes decirme quién se pondrá en contacto conmigo en esta reunión familiar?

—No, tampoco puedo. Pero alguien lo hará, no se impaciente. —Caminaron dos manzanas más, y entonces el gato maulló, arqueó el lomo y su cola se puso erecta—. Ya estamos cerca.

El gato maulló de nuevo, se removió inquieto, saltó a los hombros de Jack y desapareció en la oscuridad.

—No le gustan demasiado los Kendry —observó Hecker.

—Son buenas personas, pero no muy amables. —El delgado chico señaló una verja enmohecida al otro lado de la calle. Se encontraban en la parte posterior de lo que, en otro tiempo, fuera el complejo de una escuela pública, cuyo gimnasio estaba brillantemente iluminado; se oían voces que salían del interior—. La puerta se cayó. Entre y baje al gimnasio. Cuente su historia. ¡Buena suerte! Yo no voy a la reunión.

—De acuerdo. Gracias, Jack.

—¿Tiene usted un nombre?

—James Xavier Hecker.

—Xavier me gusta. Lo añadiré al mío algún día. Adiós.

Dio media vuelta y desapareció en la oscuridad, bajo los árboles, y Hecker se dirigió al ruidoso y brillante gimnasio.

Una rolliza mujer con un traje de cuero sin mangas alargó a Hecker un trozo de pollo.

—Miren cómo se porta —gritó—. Es presumida y provocativa.

—Una constante preocupación para su padre —gritó una mujer madura, a la izquierda de Hecker—. La guerra de guerrillas ya es bastante difícil sin una hija estúpida con ideas propias.

Tomó un aguacate de la bien surtida mesa y lo partió con el cuchillo que llevaba sujeto al muslo; sacó la semilla, grande como un huevo, y dio la mitad del aguacate a Hecker.

—Come esto, primo Jim. Estás demasiado delgado.

—Mírenla —gritaba la mujer gorda—. Delgada como una tabla y sin una pizca de carne. ¿Les gustan las mujeres cadavéricas en tu rincón de la República, primo Jimmy?

Antes que Hecker pudiera contestar, uno de los muchachos Kendry le asió por el brazo, alejándole del rincón-comedor del destartalado gimnasio y le empujó hacia el grupo de varios centenares de Kendry.

—Juega, primo Jim —gritó. Era un hombre de casi dos metros de altura, cercano a los treinta años, vestido con ropa de trabajo, y con el pelo largo y ensortijado—. Vamos a jugar a la calabaza.

—De acuerdo —dijo Hecker.

—Apuesta a que sí —gritó el joven Kendry—. Yo soy Rollo.

—Encantado de conocerte, primo Rollo.

—Primo segundo —dijo Rollo—. Acaba el aguacate y el trozo de pollo y empezaremos. ¿Ves la canasta que hay allí arriba?

Hecker inclinó la cabeza hacia atrás. Por encima del humo y la bruma; la canasta de baloncesto del viejo gimnasio aún seguía en su lugar.

—Ya la veo, primo segundo Rollo.

—El objeto de este juego es meter las calabazas en el agujero, a puntapiés. Diversión garantizada para todos los jugadores. —Miró a Hecker y le metió en un círculo formado por ocho muchachos Kendry. En medio del círculo estaban amontonadas tres enormes calabazas naranja.

—El primo Jim dará el primer puntapié.

—Me habías prometido que lo daría yo —dijo Milo Kendry, que se había dado a conocer hacía un rato.

—¡Maldito seas! —exclamó Rollo—. ¡El primo Jim es nuestro invitado, patán!

—No me maldigas —replicó Milo. Agarró la calabaza más grande y la aplastó contra la cabeza de Rollo.

—¡No estropeen el juego! —dijo otro Kendry. Se inclinó y dio un puntapié a una de las restantes calabazas, que se elevó hacia el techo de vigas metálicas, voló torpemente y fue a caer en el estrado de los músicos.

Una docena de Kendry se hallaban en la plataforma provisional, tocando violines y banjos con amplificadores. El Kendry del micrófono había estado cantando una melodía que repetía constantemente la palabra «estampar». La calabaza cayó sobre el extremo del micrófono y quedó ensartada allí. El cantante siguió cantando.

Rollo sacó del bolsillo de su americana un trozo de enmohecido alambre; se lo enrolló en el puño y lo lanzó contra Milo. Éste emitió un bramido, sacudió la cabeza llena de semillas y se abalanzó sobre Rollo.

—Te gustaría causarme el tétanos, idiota —gritó Milo—. El tétanos o algo parecido, estúpida equivocación. —Dio un puntapié en el estómago a Rollo.

Otro Kendry empujó a Hecker lejos del lugar.

—¿Qué tal, primo Jim? Soy tu tío Fred. ¿Qué opinas de las últimas disposiciones del testamento de Jess?

—¿Se refiere al padre de Jane?

—Jess le ha dejado todos sus bienes. Creo que no ha estado completamente bien desde que la madre de Jane desapareció. El ejército la mató con ese nuevo gas que inventaron ese año —dijo el tío Fred. Era corpulento y alto, pero demasiado gordo—. Los insurgentes no deberían ser dirigidos por una muchacha. Las mujeres están mejor en casa. Cuando uno necesita pegar a alguien, una mujer a mano es lo mejor. Me gustaba desafiarlas, pero ahora soy demasiado viejo para eso. Las mujeres sirven para desafiarlas, pero no para mandar una banda de guerrillas. ¿Has comido bien?

—Sí, perfectamente —contestó Hecker.

—Mira estos dientes —dijo el tío Fred, abriendo la boca—. Es mi tercer juego este mes. Los robé en una incursión por el sector de Santa Mónica. Los chicos más jóvenes se divierten dando puntapiés a un viejo en la cara. No me importa que se diviertan un poco, pero me cuesta un juego de dientes cada dos por tres. A medida que uno se hace viejo se vuelve sentimental en esta cuestión de los dientes. Pero ese deseo de Jess es una mala cosa. ¿No lo crees así?

—Me figuro que Jess sabe lo que hace. —Hecker ensartó un trozo de calabaza

—Este cónclave no es como los que solíamos celebrar —gritó el tío Fred.

Un hombre de finos cabellos blancos se acercó y tocó el brazo del tío Fred. Era un hombre que caminaba muy erguido, alto y fornido.

—¿Te estás quejando de algo?

—Sólo de la comida, Jess. La comida no es como antes, ni el pollo, ni las patatas. Incluso la lechuga es diferente.

—Tampoco tú eres como antes —dijo Jess Kendry, jefe del clan y de las guerrillas. Sonrió a Hecker—. Tú debes ser el primo Jim.

—Así es.

—Celebro conocerte —dijo Jess, tendiéndole la mano—. No olvides saludar a Jane. —Guiñó el ojo izquierdo y miró a tío Fred—. Jane es una chica inteligente, que ha nacido para mandar. Fred puede decírtelo.

—Ya se lo he dicho, Jess.

Un Kendry sonriente saltó sobre la espalda de Jess, y éste, sin volverse, se inclinó y envió al Kendry sonriente contra la pared más próxima.

—Ahí está mi hija Jane. Ve a saludarla, primo Jim.

Hecker ya se había fijado en ella; unos parientes le habían revelado su identidad. Era alta, debía medir casi un metro ochenta, y esbelta. Sus cabellos eran más oscuros ahora que en la época de las fotografías que había en rehabilitación; los tenía largos y lisos. Llevaba unos pantalones caqui y un *pullover* blanco sin mangas. Su cara morena estaba algo ruborizada. Hecker se abrió camino hacia ella. Alguien puso en su mano un ala de pollo, y otro le dio un codazo en los riñones.

—Quería presentarme yo mismo, prima Jane —dijo Hecker.

Ella había estado guardando silencio, sin mirar a nadie. Sus ojos grises parpadearon y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

—Tú debes ser Jim. Tengo que hablar contigo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Del problema del gato perdido.

—¿Cómo se llama?

—«Burrwick» —repuso ella—. Casi siempre pasea junto al mar.

—¿Cerca de Giacomo?

—Eso es. —Le puso una mano en el brazo—. Acompáñame a la salida y hablaremos.

—Muy bien —dijo Hecker.

Ella estudió su rostro mientras se dirigían a la entrada abovedada.

—No te han hecho daño aquí, ¿verdad?

—No, aquí no —contestó Hecker. Había olvidado que en el rostro llevaba las señales del aterrizaje forzoso.

Jane se detuvo y apoyó la espalda contra la pared.

—¿Sabes lo que nos proponemos? —preguntó con voz tranquila.

—Quieren deponer a la Junta.

—Y tú trabajas para ellos.

—El departamento social no está obligado a coincidir siempre con la Junta —dijo Hecker.

—Tal vez —observó la muchacha—. Con eso contamos. Los Kendry, y los que se han unido a nosotros, hemos sido culpados de los disturbios. No me opongo a esa clase de rebelión si sus motivos pueden sernos útiles. Por lo que he podido averiguar, estos disturbios no nos favorecerán; los fomenta alguien de fuera, alguien que quiere utilizarlos contra la Junta.

—¿Estás segura?

—He recogido la información suficiente para hacerme una idea —dijo Jane—. Hay gente en la República de California del Sur que considera a la Junta demasiado benévola. Me temo que son los responsables de los desórdenes en la periferia. Si se hacen con el poder, lo cual es una posibilidad, la situación empeorará. Nuestros esfuerzos por lograr un buen gobierno para la República se verán frustrados. Ya es bastante difícil ahora.

—¿Quién crees que está detrás de estos disturbios, y cómo lo hacen? —preguntó Hecker.

—No sé cómo —repuso Jane—. En cuanto a quiénes son, tengo un nombre que ni siquiera es un nombre. No hago más que oír acerca de alguien llamado «el hombre mecánico».

—¿Hombre mecánico?

La muchacha explicó:

—Sé dónde puedes obtener una pista. Hay alguna relación entre este hombre mecánico y Nathan E. Westlake, aunque todavía no he podido comprobarlo. Creo que ha llegado el momento para que intervenga alguien oficial.

—¿Te refieres a Nathan E. Westlake, el anterior vicepresidente de los Estados Unidos?

—Sí, a él. Ve a verle e investiga. Puede que descubras algo.

—Es director de aquella sala de baile del sector de Santa Mónica... —empezó Hecker. Se detuvo y se quedó mirando hacia la orquesta. Jane siguió su mirada.

—¿Qué ocurre?

—Allí, junto a los músicos —dijo él, marcando las sílabas—. Es el subteniente Same.

La muchacha le tomó una mano.

—¿El concejal de Manipulación? ¿Le dijiste que viniera?

—No —contestó Hecker—. No. Sólo he enviado un informe al departamento social a última hora de esta tarde. Naturalmente, allí, ya sabían que yo debía ponerme en contacto con alguien en algún lugar de San Emanuel. Debe haber algún traidor en el departamento. —La miró a los ojos—. No les he preparado ninguna trampa. Pero es a ti a quien Same quiere atrapar.

La muchacha volvió a escrutar su cara.

—Está bien; no mientes. Debe haber hombres rodeándonos.

—Tal vez —dijo Hecker—. En general, a Same le gusta trabajar solo o con muy pocos hombres. Prefiere la táctica a la cantidad.

—Ven por aquí —urgió ella—. Hay una salida de emergencia en aquel armario. Dudo que quiera acorralar a todo el clan. Papá y los chicos pueden salir de aquí luchando, si es necesario.

Caminó casualmente hacia una puerta marcada: «Vestuarios masculinos.»

—¿Tienes un lugar donde pueda ocultarme durante un rato?

—Iré contigo —dijo Jane—. Alguien nos prestará un medio de transporte. Iré contigo hasta casa de Westlake.

Hecker no puso ninguna objeción.

Fueron dando tumbos por la ladera de la colina, llena de palmeras muy frondosas y de enredaderas. Había tantas flores, todas de color escarlata, que Hecker no podía correr sin dejar a su paso un rastro de pétalos reducidos a fragmentos. Al final del declive, Jane Kendry le tomó de la mano y tiró de él.

—Por este sendero entre los árboles —dijo—. ¡Rápido!

Por encima y por detrás de ellos, se oyeron las ráfagas de las metralletas, mientras las ramas crujían y se hacían pedazos.

—Yo podría hablarles —dijo Hecker, corriendo con la muchacha a la sombra que los árboles producían en la cálida tarde.

—El ejército no lo hará —dijo Jane—. Los soldados de estas patrullas no hablan. Se limitan a exterminar, en estas áreas revueltas.

Jane le condujo fuera de los senderos y se internaron en la espesura, a través de la maleza. Pasaron por lugares que parecían impracticables, pero que no lo eran. De pronto, divisaron una puerta de madera en medio de la jungla, oculta casi completamente por gruesos helechos y verdes matorrales.

Hecker tomó aliento y dijo:

—Después de todo, pertenezco al cuerpo de policía.

—No podrías acercarte lo suficiente como para decírselo a los soldados —repuso la esbelta muchacha, al tiempo que abría la puerta—. Aquí no nos encontrarán; nunca lo han hecho.

—El ejército no abatirá a un policía del departamento social —dijo Hecker.

—Quédate fuera y lo comprobarás —contestó Jane, atravesando el umbral.

Hecker la siguió.

—¿Dónde estamos?

Jane cerró la puerta, pasó el cerrojo silenciosamente y le empujó hacia un largo pasillo de paredes color pastel.

—Son los estudios Wheelan; el edificio de sus escritores —contestó la muchacha—. Esa jungla que has visto no es la auténtica California del Sur. Es el lugar donde filmaban las películas de la jungla. Después de la invasión y del colapso económico en que cayó la mayoría de los Estados Unidos, este lugar se clausuró.

Hecker apenas oyó a la media docena de soldados, uniformados de amarillo, que pasaba a lo lejos, barriendo la jungla. Se oyó un grito, un crujido y los disparos de las metralletas. Los hombres siguieron su camino y los sonidos se hicieron más lejanos.

—¡Salvados! —dijo Hecker—. Probablemente no nos perseguían a nosotros.

—Puede que a ti no —contestó Jane—; pero los militares tienen órdenes de matarme, lo cual, lo admito, no es problema tuyo.

—La Junta ha endurecido su política, Jane, pero no han dado ninguna orden como ésa. —Hecker meneó la cabeza—. No disparan contra las mujeres.

—¡Oh, claro! —Jane siguió caminando hacia el interior del edificio—. Mira esto —le llamó desde el umbral de una oficina sin puerta.

Sobre un escritorio de brillante y limpio metal, había una unidad de dictado-mecanografiado, compacta y cromada.

—Una antigualla —observó Hecker—. ¿De cuándo? Debe ser de principios de 1980.

—Así es —dijo Jane—. La arreglé para que funcionara con una célula de energía.

—¿La usas?

Ella se había detenido frente a los dos cuadros de la pared, uno de una actriz desconocida para ambos y el otro de un hombre rollizo vestido con un traje pasado de moda, junto a un helicóptero último modelo del año 1980.

—Sí; grabo cosas. Cuando era más joven nunca lo hacía; llevaba un diario o cosas parecidas. —Le miró con la cabeza inclinada y sonriendo serenamente.

Hecker asintió. A través de la alta ventana de la habitación se veía la jungla y la luz del sol.

—Creo que son mis memorias, mis reflexiones —prosiguió Jane. Se apoyó en el escritorio y se pasó una mano por la frente—. Aparte del subteniente Same y el Consejo de Manipulación, ¿quién me persigue? ¿Quién tiene órdenes de atraparme?

—Nadie —respondió Hecker—. El departamento social del cuerpo de policía, no, desde luego.

—¿Ni el sistema de rehabilitación?

—Eso depende de ti. Un chico llamado Weeman me dijo que podías recurrir a él. Cuando un centro de rehabilitación te dé un pase, ni la policía ni los militares podrán hacerte nada. Estarás a salvo. Mientras estés a bien con ellos, estarás segura.

Jane se tocó la mandíbula con el dedo, con expresión pensativa.

—Supongo que el doctor Weeman tenía razón. Quería ayudarme, pero no comprendía nuestra causa.

—¿La tuya y de tu padre?

—No sólo nuestra —replicó la joven—. En la República hay miles de personas que simpatizan con nosotros. Aunque no es más que un porcentaje muy pequeño del total de la población, podríamos derribar a la Junta, si fuese necesario. El resto de los Estados Unidos aún está demasiado oprimido para intervenir, ni ahora ni en los próximos años.

—Todas vuestras incursiones y correrías —dijo Hecker— están encaminadas a perjudicar a la Junta, a controlar el Gobierno y a instaurar un sistema mejor. ¿Es a esto a lo que aspiran los Kendry y todos los demás?

Jane cruzó los brazos debajo del pecho.

—Sé que has tenido acceso a montones de archivos y a toda clase de material retrospectivo sobre los Kendry. Pero no creciste junto a mi padre y por eso no lo entiendes; ni sus métodos, ni su estilo.

—Probablemente.

—Hemos atemorizado ciudades, hemos saqueado. Es preciso inquietar a la gente, obligarla a pensar. Podemos usar las técnicas de malhechores y bandidos, y no ser ni una cosa ni otra. Mi padre es violento y fuerte —continuó la muchacha—, y no adopta una posición oficial. No tiene miedo. Cuando sabes quién eres, no tienes que disculparte por lo que haces.

Hecker estaba mirando hacia la jungla.

—Tu padre creía que no debías comunicarle al departamento social que conocías la existencia del hombre mecánico, ¿verdad?

—Sí —repuso Jane—. Como ya te he dicho, hay que conocer a mi padre. A él, a mi madre, como han vivido, y qué sucedió. Entonces se comprende por qué no quería que hablase con alguien como tú.

—¿No estabas de acuerdo con él?

—He actuado por propia iniciativa, sin que él lo sepa.

—Pero tú eres jefe de las guerrillas, ¿verdad?

—No, el jefe es mi padre. Yo le ayudo; soy el subjefe. —Tras una pausa, Jane añadió—: Estamos a unos cuarenta kilómetros de la casa del antiguo vicepresidente Westlake, del pabellón de baile electrónico *No me Pises*. Te llevaré allí.

—Same te está buscando.

—Nadie sabe adónde me dirijo, a excepción de mi hermanastro Jack —dijo Jane—. Mi padre se imagina que estoy en una de mis correrías; y tú no has enviado ningún otro informe, ¿verdad?

—No he tenido oportunidad de hacerlo —contestó Hecker—. De todos modos, creo mejor no hacerlo. El departamento social nos permite guardar silencio cuando la misión lo requiere.

—«Guardar silencio cuando la misión lo requiere» —repitió la chica, cruzando más los brazos—. Eres un ejemplo típico de lo que mi padre llama «un hombre que asimiló de niño lo *establecido*». ¿Por qué tienes que ser tan rígido y serio?

Hecker se rascó la espalda.

—Escucha —dijo—, podemos acostarnos juntos ahora mismo. No tienes que iniciar una discusión para lograrlo.

Jane permaneció inmóvil durante unos segundos, y entonces bajó los brazos.

El pabellón de cristal estaba lleno de banderas de neón. Se encendían constantemente, mostrando los colores rojo, blanco y azul, interrumpidos por estrellas y nubes nocturnas, que se vislumbraban a través de la gran cúpula de cristal. Ondeando sobre las paredes más altas, en luces multicolores, se leía: «Pabellón de baile No me Pises». Debajo, en luces intermitentes, había un letrero que decía: «Su anfitrión: Nathan E. Westlake, antiguo vicepresidente de Estados Unidos de Norteamérica». Sobre unos pedestales muy altos se hallaban las réplicas de los antiguos presidentes de Estados Unidos. En el umbral del pabellón de cristal, de espaldas a los trescientos bailarines, estaba un hombre negro de reducida estatura, que llevaba una peluca empolvada y un traje de ante.

—Bien venidos al No me Pises —dijo, cuando Hecker y Jane entraron.

—Buenas tardes —contestó Hecker.

—Soy Ralph E. Prickens —dijo el negro—. Si conocen a fondo la historia norteamericana, me recordarán como el primer secretario de Defensa negro.

—¿No fue su política —preguntó Jane, que había tomado una peluca oscura del abandonado estudio cinematográfico— la que condujo a...?

—Al último colapso del Gobierno de los Estados Unidos —terminó Prickens—. Es bonito que le recuerden a uno.

—Y hubo —añadió Hecker gritando, a causa de la música—, el escándalo SFX.

—Sí —contestó el negro, tocando su peluca empolvada—. Ése fue uno de los momentos cumbres de mi carrera.

—¿Qué era SFX, un bombardero o un cohete? —preguntó Jane.

—Nadie lo supo nunca —dijo Prickens—. Eso formó parte del escándalo. Aquellos días fueron gloriosos en la capital de nuestra nación, cuando todavía éramos una nación.

—¿De qué va disfrazado, señor secretario? —preguntó Hecker, asiendo ligeramente el brazo de Jane.

—Adivínelo.

—La peluca es de George Washington —dijo Jane, recibiendo la aprobación del negro—. El traje de ante es de Daniel Boone.

—Es muy satisfactorio ser ecléctico y patriótico —dijo Prickens, meneando la cabeza—. Cuando se cansen de bailar, les enseñaré mi museo de armas norteamericanas. Ambos parecen lo bastante maduros como para apreciar el pasado de Norteamérica.

Se oyó un ruido que prevenía del otro extremo del pabellón. Hecker señaló hacia allí.

—El presidente Hoover acaba de caerse de su pedestal.

Prickens se pasó la mano por la peluca y soltó una risita.

—Sí. Está programado para hacerlo. Los clientes se aburren de ver las réplicas androides bailando y pronunciando discursos.

—Hemos oído hablar mucho del antiguo vicepresidente, a pesar de no haber estado aquí hasta ahora —dijo Jane—. ¿Habría alguna posibilidad de ver al señor Westlake en persona?

—Está en el estrado de los músicos, tocándose los dedos de los pies —repuso el negro—. Es un nuevo paso de baile que el vicepresidente está ensayando. ¿Le ven? Toque su dedo del pie izquierdo, enderécese de un salto, aplauda, toque su dedo del pie derecho, dese una palmada en el vientre, aplauda, y camine como un pato.

El estrado de los músicos del No me Pises estaba montado sobre cuatro astas de bandera rematadas por sendas águilas, y lo llenaban músicos electrónicos vestidos como el ejército de la Unión. El antiguo vicepresidente Westlake, con el familiar cigarro en la boca, bailaba frente al contrabajo, vestido como Abraham Lincoln. Perdió la chistera en medio de un frenético paso de pato y se balanceó en el borde de la plataforma, para acabar deslizándose por un asta. En el suelo de mosaico rojo, blanco y azul, se quitó la capa de Lincoln de los hombros y se la colocó alrededor de las caderas.

—Aquí puede descansar más que en la Casa Blanca —dijo Prickens—. Allí estaba demasiado ocupado. —De repente sonrió a Hecker y Jane—. Veo que no tienen ganas de bailar. Vengan primero a ver mi museo. Llamaré al vicepresidente, podrán estrecharle la mano y él les dará uno de sus lápices como recuerdo.

Siguieron al antiguo secretario de Defensa a través de los bailarines, la mayoría de los cuales parecían jóvenes y despreocupados. En la puerta del Museo de Armas Históricas Norteamericanas estaban esculpidos los principales momentos de la vida de Benjamín Franklin. También era una sala abovedada, pero la mitad de grande que el pabellón. Las armas (mosquetes, M-16, cañones, bazookas, fusiles de chispa, lanzallamas, granadas, y

otras cosas no tan fácilmente identificables) estaban amontonadas sobre el suelo de mosaico.

—Todavía no he tenido tiempo de ordenarlas —admitió Prickens. Se quitó la peluca empolvada y suspiró—. Para mí lo más emocionante es coleccionar; catalogar y clasificar es enervante. En este lugar colocaré los aviones: bombarderos y cazas. Últimamente he tenido mucha suerte en aviones de guerra y me han caído en las manos algunos ejemplares realmente preciosos. —Señaló la media docena de deteriorados aviones, junto a la pared del fondo. Dos de los aparatos estaban boca abajo; los instrumentos y los cables salían de la cabina de uno de ellos—. Acérquense y darán un vistazo.

—¡Impresionante! —exclamó Hecker, aproximándose a los aviones.

Un hombre delgado, de pelo canoso y vestido de gris, se asomó por la cabina de un antiguo avión de la Segunda Guerra Mundial. Su cara era larga, triste y tenía grandes ojeras.

—¡Atrapados! —exclamó. En la mano derecha sostenía una reluciente pistola, el arma más moderna del museo, con la que apuntaba a Hecker y Jane.

—Ya son nuestros —dijo Prickens—. Les reconocí nada más entrar.

—Estoy encargado de este caso —dijo Hecker al hombre del avión—. ¿Qué pretende hacer, Same?

El subteniente Same, del Consejo de Manipulación, sonrió, pero su rostro no perdió la expresión de tristeza.

—No, Hecker. El Consejo de Manipulación no necesita de protocolo y tramitaciones; puede prescindir de ellos. Por otro lado —añadió, saliendo de la nave—, mi interés personal por la señorita Kendry es mayor que el del Consejo de Manipulación.

—Me preguntaba por qué me estaría apuntando con una pistola —dijo Hecker.

—Exactamente —respondió Same—. Sirvo a varias causas. Trabajo para los que provocan los desórdenes. Al interrogar a la señorita Kendry serviré a los instigadores de los disturbios y al Consejo de Manipulación. Lo mismo ocurrirá si la elimino.

Jane tomó la mano de Hecker, mientras miraba a Same.

—¿Quién le dijo que vendríamos aquí?

Same saltó del avión al suelo.

—Un desgarbado muchacho llamado Jack. Parecía ser el único que lo sabía.

Jane avanzó unos pasos y dio un puñetazo a Same en la boca.

El subteniente Same dijo:

—A veces es necesario desahogar las frustraciones físicamente.

Prickens agarró a la chica y le dijo:

—Cálmese, señorita.

—Parece que les ha gustado el baile —dijo el antiguo vicepresidente Westlake, que había entrado en la habitación cuando Jane se abalanzaba sobre Same—. El toque latino del final ha levantado una salva de aplausos. ¿Son ellos?

—Quiero averiguar —explicó el subteniente— lo que sabe la chica y a quién se lo ha dicho; también quiero averiguar lo que sabe el funcionario social y a quién se lo ha dicho.

El rostro de Westlake aún estaba congestionado por el esfuerzo del baile.

—¿Ha traído su propio equipo de interrogatorios? El de Ralph siempre se estropea; es aquel cacharro pasado de moda de la guerra contra Brasil.

—No puedo tener todas estas malditas piezas de museo en condiciones —dijo Prickens.

Sonriendo tristemente, el subteniente Same alargó la mano para recoger un maletín de piel.

—Yo sólo uso el mío.

Westlake sacó otro cigarro.

—Cuando Swingle tome el poder, no tendremos que quejarnos de equipo anticuado.

—No mencione su nombre —dijo Same, colocando el maletín con su mano libre sobre un montón de rifles.

—¿Qué nombre? ¿El de Swingle? —preguntó Westlake—. Algo que aprendí en los ocho largos años que estuve en la Casa Blanca, Same, es que no importa lo que se dice delante de la gente que va a morir.

Prickens soltó a Jane y se acercó al maletín de interrogatorios de Same. Siempre con la peluca empolvada en la mano, le dijo:

—No se peleen cuando hay gente delante.

Hecker hizo a un lado a Jane y le dijo que se cubriera.

Agarró la peluca de Prickens y la tiró con fuerza al rostro de Same.

La metralleta del subteniente disparó una ráfaga, que fue a incrustarse en el costado de un tanque Sherman.

Entonces Hecker recogió los extremos de la capa del vicepresidente, tiró de ellos alternativamente y lanzó a Westlake contra Prickens. Los dos hombres perdieron el equilibrio y derribaron al subteniente Same, que cayó de espaldas y disparó al cristal azul de la cúpula.

Hecker sacó su propia pistola y disparó en dirección a los tres hombres. Saltó por encima de un montón de máscaras antigás y de cascos de avión, y encontró a Jane. La delgada joven estaba lanzando granadas inutilizadas en la dirección de Same

—Vamos —dijo Hecker.

Tomaron una bazooka y la usaron para romper un pedazo de la pared de cristal del museo. Hecker hizo fuego otra vez, por encima de su hombro, cuando Same, mirándolos, triste y ceñudo se enderezaba y se preparaba para disparar.

Detrás de la sala había una extensión de campo de unos cincuenta metros, cubierto por hierba muy alta. Hecker y Jane lo atravesaron antes que el subteniente Same pudiera abrirse camino entre los recuerdos y llegar al boquete de la pared.

A continuación venía un bosque y luego unas cuantas casas junto a la playa. Delante de la segunda casa, totalmente a oscuras, estaba estacionada una helimotocicleta.

—Ocúpate de ellos, hasta que lo ponga en marcha —dijo Jane.

—Aún no hay señales de nadie.

Jane conectó el interruptor de arranque de la helimotocicleta de dos plazas y la puso en marcha antes que se encendieran todas las luces de la casa.

La niebla empezó a disiparse y la lluvia se hizo más fina. Jane dio media vuelta, separándose de Hecker, y la manta gris que les habían prestado resbaló de sus hombros. Hecker se sentó, se desperezó y se frotó la cabeza. Allí cerca habían empezado a hacer el desayuno. Hecker contempló el océano y luego estudió a la gente, diseminada por esta extensión de playa insegura.

Una muchacha negra, vestida con un uniforme de los comandos chinos, le saludó con la mano y pronunció la palabra «café». Hecker hizo señas afirmativas y se puso en pie.

Jane se lamentó una vez y se sentó, completamente despierta.

—Buenos días —dijo.

—¿Quieres un poco de café? —le preguntó Hecker, arrodillándose y poniendo la palma de su mano en la nuca de la joven.

—Desde luego —contestó ella.

Hecker caminó por la fría arena hacia la muchacha negra.

—¿Me darás dos tazas?

—Sí, claro. Conoces a Marsloff, ¿verdad? —Cuando Hecker asintió, ella dijo—: Está en aquella arcada derruida que hay encima de la playa. Te vio anoche, cuando llegó. Dice que

si quieren que les lleve a alguna parte, a ti y a Jane, no tienen más que decírselo; y que, incluso si no lo necesitan, vayan a saludarle.

Cuando Hecker volvió al lado de Jane, le preguntó:

—¿Podemos confiar en Marsloff?

—Sí —contestó Jane, tomando una de las tazas de estaño que él le ofrecía.

—Está aquí y se ofrece a llevarnos adonde queramos.

—Aún nos hallamos a treinta kilómetros de Swingleton —dijo la chica—. Fue una buena idea guardar la helimotocicleta donde lo hicimos, pero podemos usar otro medio de transporte.

—Swingle, el hombre que Westlake mencionó, ¿aún vive allí?

—Que yo sepa, sí. —Jane se calentó la barbilla con la taza—. Erwin LeBeck Swingle. Se le consideraba como el segundo hombre más rico del país, cuando todavía existían los Estados Unidos. Deben cumplirse cerca de treinta años desde que compró casi todo el sector de Anaheim y lo transformó en una ciudad modelo para ancianos.

—Había oído algo de eso. Ahora debe tener casi noventa años —dijo Hecker. Bebió un sorbo del cargado café—; es la clase de tipo que podría estar ligado a Westlake y a su patriótico pabellón.

—Me pregunto si Swingle está a la cabeza de los que provocan los desórdenes.

—¿Quieres decir que Swingle podría ser el hombre mecánico?

—Claro que lo es —intervino Marsloff, que se había acercado a ellos—. Es un hombre mecánico.

—No *un*, sino *el*, —Hecker estrechó la mano del velludo gigante.

—Eso no lo sé —dijo Marsloff—. Swingle es un maníaco de la mecánica. Cada dos por tres, cuando Percher inventa alguna novedad en cuestión de estimulantes eléctricos, vamos a Swingleton y la vendemos a uno de los muchachos del viejo Swingle. Calculo que hay docenas de maníacos de la mecánica que le abastecen.

—¿Con quién se ponen en contacto en Swingleton? —preguntó Hecker,

—Nunca con el viejo en persona. A él nunca lo hemos visto. —Marsloff olfateó mientras se volvía hacia la chica del café y continuaba hablando—. A Swingle nunca lo hemos visto. Vamos al Club Repose. Es un confortable lugar para ciudadanos viejos. Allí hablamos con el cocinero. —La muchacha negra le alargó una taza de café, Marsloff le dio un beso en la mejilla y trotó hacia Jane y Hecker—. El cocinero del Club Repose es el hombre con quien nos ponemos en contacto. Se llama Joe Senco.

—¿Podría Percher conseguirnos algún mecanismo? No debe ser nada demasiado original. Jane y yo tenemos que entrar en Swingleton y llegar hasta Swingle. Quiero algo que nos sirva de pasaporte.

—Están de suerte. —Marsloff se bebió el café de un trago—. Ahora Percher está consciente y dice que se siente creador.

Hecker miró a Jane, sonriendo.

El cocinero Senco tenía seis ollas hirviendo en la enorme cocina.

—Hacer una comida apetitosa para personas de más de ochenta años es una especie de reto —dijo a Hecker y Jane.

—Huele muy bien —observó ella, que llevaba la peluca rubia de una chica de la playa.

—Harina de avena —le explicó el cocinero—, mezclada con remolacha a dados, atún a la crema y puré de espinacas. —Hizo una pausa y retrocedió unos pasos—. El ruido del club me destroza los nervios. Deberían jugar a los tejos y a los bolos fuera, al aire libre. —Se alejó de ellos y rodeó su nueva mesa de trinchar, hasta llegar junto a unas cacerolas de cobre colgadas de la pared, que golpeó con ambos puños, para replicar al ruido que

hacían los ancianos clientes de Club Repose—. ¿Qué es lo que nos envía el pequeño Percher?

Hecker sacó un barómetro de una bolsa de papel.

—Este mecanismo tiene el aliciente de ser prácticamente una antigüedad. Es una de esas casitas de las que sale una bruja cuando el tiempo será malo, y dos muchachos rubios cuando será bueno.

—¡Muy ingenioso! —dijo el cocinero Senco—. ¿Cómo funciona?

—Fíjese en las figuritas —explicó Hecker—. Ahora cada una está unida a una diminuta aguja. Este aparato combina la diversión de la ruleta rusa con la antigua terapia de choques eléctricos. Por lo menos, es lo que Percher dice. Pide mil dólares por él.

—Les diré lo que haremos —dijo el cocinero, señalándoles con una cuchara de madera—. Percher ha tenido ideas tan brillantes, que el viejo Swingle quiere expresarle su agradecimiento personalmente. Es una verdadera lástima que Percher no viniera esta vez, pero ustedes dos le sustituirán en la pequeña ceremonia de agradecimiento que Swingle tiene pensada. —Se dirigió a los fogones—. Déjenme bajar el fuego y les acompañaré hasta él.

—Nos sentimos muy honrados —dijo Hecker.

La torre era más alta que la del centro de rehabilitación, y sus ventanas de cristal oscuro apenas dejaban pasar la luz del sol. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Jane dijo:

—Esto no me gusta.

—Es lo mismo que pensé cuando el subteniente Same nos abrió la puerta —contestó Hecker.

Al otro lado de la habitación, detrás de una ancha pantalla de pie, el subteniente Same estaba hablando a alguien. Detrás de Hecker y Jane se hallaba el cocinero, con una pistola que emergía de su rayado delantal.

—Le gustaría conocerles —dijo Same, emergiendo de detrás de la pantalla—. Puedes volver a tu cocina. Joe.

El cocinero salió, y Hecker y Jane se acercaron a la pantalla.

—Queríamos saber qué haría usted, Hecker. No ha enviado ningún informe al departamento social desde nuestro encuentro en el pabellón —dijo Same—. Creía que inventaría un acercamiento más indirecto.

—Me lo figuro —contestó Hecker.

—De todos modos, tomé las precauciones necesarias para el caso de ocurrírsele presentarse allí.

Conocieron a Erwin LeBeck Swingle, situado detrás de la pantalla. No parecía quedar gran cosa de él. Sólo la cabeza, el brazo izquierdo y la pierna derecha hasta la rodilla. Todo lo demás era de metal cromado y plástico, partes mecánicas. Estaba conectado a muchos cables. De su cuerpo salían alambres y circuitos que se desparramaban por el suelo, detrás de él. Estaba conectado a una vieja computadora, adosada a la pared posterior y a una pequeña consola de programación contra la que se apoyaba el subteniente Same. Swingle se hallaba también unido a un complejo mecanismo de bombeo que hacía el mismo monótono ruido de una sierra.

—*El* hombre mecánico —murmuró Jane.

—El hecho que aún viva —dijo Swingle con una voz que no parecía emitida por su boca— es un continuo milagro.

—Muy complicado —observó Hecker.

El rostro del anciano era largo, delgado, con infinitas arrugas.

—Los trasplantes y las piezas de repuesto me han mantenido con vida. ¿Cuánto tiempo hace que abandonamos los trasplantes humanos, Same?

—Hace veinte años, señor.

—Ahora todo es maquinaria y mecanismos —les dijo Swingle—. La mecánica siempre me gustó, así que estoy contento de ser casi un mecanismo. Es un milagro. ¿O ya lo he dicho, Same?

—Sí, señor.

—Dos cerebros, además del mío, para más seguridad —prosiguió el anciano—, y aun así tengo algún lapsus. Es la edad. La edad siempre te traiciona, por listo y astuto que seas. Me apuesto algo a que cuando sea sólo un mecanismo, también tendré olvidos. Aún tiemblo de vez en cuando. La chica es bonita, ¿verdad, Same? Alta y erguida.

—Su postura es mala, señor.

—No, yo la encuentro bella. —El anciano se rascó una parte metálica con una mano verdadera, haciendo un ruido discordante—. Me temo que los mataremos a los dos, después que averigüemos lo que saben y a quién se lo han dicho.

Se formó una burbuja en la superficie del líquido amarillo que contenía el gran depósito conectado al aparato de bombeo del hombre mecánico.

—¿Qué se propone usted realmente? —preguntó Hecker.

—No tiene tiempo de explicárselo —intervino Same.

—Sí que lo tengo —dijo el anciano—; aún tengo tiempo. He cumplido noventa y cuatro años, jovencitos, y no pienso morirme por ahora. Mis propósitos son sencillos: derribar al Gobierno de California del Sur. Llevar esta parte del Estado por el camino que le corresponde. Después, destruiremos el enclave de San Francisco; es inútil tratar de inculcarles los tradicionales valores norteamericanos. Siempre ha ocurrido lo mismo aquí, incluso cuando existía Norteamérica. Apoderarme de California; tengo que destruir a todos los habitantes del enclave de Frisco. «No la llamen Frisco», solían decir. Creo que he elaborado bien el plan; tengo tres cerebros para meditarlo. Same está apoyado en uno de ellos, con una tranquila expresión en la cara. No es muy divertido, pero trabaja como un demonio. Nos proponemos reconstruir Norteamérica, jovencitos, devolver la gloria al viejo país. No como era en 1970 ni en 1980, sino como era mucho antes, en una época más sosegada. Yo crecí en un lugar lleno de sosiego. Teníamos casi tres acres de tierra, árboles y campos. Mi padre, al que Dios tenga en su gloria, solía ordeñar a mano. Él no tenía máquinas. Pero de esto hace mucho tiempo.

Las bombas, el vidrio y el metal chirriaban y latían metódicamente.

—¿Por qué los desórdenes? —preguntó Hecker al hombre mecánico.

—Para aterrorizar a la Junta —repuso Swingle—. Es sólo una parte de mí plan. Pronto usaré más fuerza; cuando las cosas estén más cerca del caos.

—¿Cómo organiza los desórdenes? —inquirió Jane.

Swingle rió con algún mecanismo de su interior.

—Utilizo a los chinos.

—¿Qué chinos? —preguntó Hecker—. ¿A los comandos? —Aún sostenía el barómetro y se puso bajo el brazo la bolsa que lo contenía.

—No use el plural, sino el singular —dijo el anciano—. Aunque, de hecho, él sólo era un comando. Los chinos rojos lo guardaban como reserva, pero su unidad se estropeó y nunca llegaron a utilizarlo. Le encontramos caminando al azar, aturdido y con quemaduras, en uno de mis huertos de naranjos. Me enteré de sus habilidades y lo guardé para cuando pudiera serme útil. Yo soy inmune a él; me aseguré de ello.

—¿Qué puede hacer?

—Es un hipnotizador de masas —explicó Swingle—. Se llama Lee Bock, y le tenemos encerrado en el sótano de esta casa.

—¿Qué hace?

—Elegimos un barrio, colocamos nuestras cámaras de televisión de modo que no se vean y suministramos a Lee Bock imágenes del lugar. También le damos mapas, circulares de la Cámara de Comercio y otros detalles sobre la zona en cuestión. Entonces Lee Bock se concentra, se concentra e induce a la gente a rebelarse. Es un místico. Ni siquiera quería ser un comando. Le reclutaron. Si no hace lo que le ordenamos, no le damos alimentos. Same es inmune a Lee Bock; ésta es una de las razones por las que le permito trabajar para mí, aparte del hecho que sabe persuadir a Lee Bock para que organice los desórdenes.

—¿Está aquí mismo, en el sótano? —preguntó Jane.

—Sí —dijo el hombre mecánico.

—Es curioso —comentó Hecker.

Se adelantó y metió el barómetro en el depósito de cristal de la bomba más grande de Swingle. La figura de la bruja se desprendió y cayó fuera del depósito, entre los alambres y circuitos que lo rodeaban.

En el depósito empezaron a formarse gruesas burbujas, y partes de la bomba empezaron a crujir y chirriar.

—Ellos no —jadeó Swingle haciendo bajar la pantalla al subteniente Same—. Atiéndeme primero a mí.

—Pero, señor...

Hecker tomó la mano de Jane y corrieron hacia el otro lado de la pantalla. Allí se detuvieron y empujaron hasta que la pantalla empezó a tambalearse. Tras un fuerte empujón final, cayó encima de Same y Swingle.

—Vamos abajo —dijo Hecker.

Debajo de la pantalla se oían silbidos, explosiones, chisporroteos y crujidos.

El sótano les confundió. Los tubos de iluminación del techo, de color anaranjado se encendían y apagaban. Las puertas se abrían y cerraban solas, haciendo un gran estruendo. Daba la impresión que en toda la torre sonaban los timbres de cientos de habitaciones. Tres ayudantes, vestidos de amarillo, pasaron junto a Hecker y Jane y subieron por una rampa.

—Debe ser una redada del Gobierno —jadeó uno de ellos.

Se abrió una puerta en el momento en que Hecker pasaba por delante. En la habitación oscura, de techo bajo, había un anciano chino que vestía una bata blanca sin cinturón.

—Usted es Hecker —dijo el chino, que era alto y un poco encorvado.

—Sí. ¿Y usted es Lee Bock?

—En efecto. —Se levantó del sillón de cuero donde estaba sentado y recogió un paquete que había sobre el suelo alfombrado—. Tenía prevista su llegada y les estaba esperando. Todos los mecanismos de este edificio están conectados con Swingle; es una de sus excentricidades. Lo que usted ha hecho ha desconectado toda la estructura. ¿Cómo está usted, Jane Kendry?

—Bien, ¿y usted?

—Cansado —dijo Lee Bock—. Ahora podemos irnos.

Fuera de la torre, el sendero estaba flanqueado por naranjos artificiales.

—Nos seguirán antes que lleguemos a las afueras de Swingleton —dijo Hecker.

—Ya he pensado en esto —repuso Lee Bock. Su bata se hinchó con el viento—. Por pura diversión, Hecker, causaré un disturbio. Mi última insurrección. —Se detuvo bajo un naranjo—. Quédense cerca de mí y pongan sus manos en mis hombros para no correr el riesgo de ser afectados por los impulsos que voy a crear. —Así lo hicieron, y Lee Bock cerró los ojos y se agarró los codos. Pasó un minuto—. Ya podemos seguir —dijo el místico chino—. Supongo que habrá suficientes diversiones.

De la clínica dental que había a su derecha llegó una explosión de cristales y miles de radiografías de dientes salieron volando por una ventana del piso superior. En el campo de golf cercano a la clínica, cuatro jugadores corrían en forma amenazadora tras un empleado con sus palos en alto. Las viejas estaban abandonando sus patios para conspirar en grandes grupos bajo las farolas.

—¿Capta usted a toda la población? —preguntó Hecker, mientras corrían en la dirección opuesta a la del gentío.

—No —dijo Lee Bock—, sólo a aquellos que ya estaban insatisfechos.

A su alrededor empezaron a arder grandes hogueras.

El místico chino había extendido su bata sobre la arena como si fuera una manta. Estaba sentado, con las manos sobre las rodillas, inclinado hacia delante.

—No debería usted reanudar su profesión todavía, Hecker —dijo Lee Bock.

Acurrucado junto a Jane en la playa insegura, Hecker preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Soy capaz de ver —dijo el anciano chino— que no puede usted confiar en sus superiores; y me temo que tampoco en el terapeuta jefe Weeman. En cuanto lleve a Jane al centro de rehabilitación, la enviarán al Consejo de Manipulación.

—No puedo creerlo —dijo Hecker.

—Es la verdad —respondió Lee Bock—. Aunque la Junta no está a favor de los desórdenes, aún está peor predispuesta contra los Kendry. Jane Kendry será ejecutada, silenciosamente y de forma no oficial, si se acerca a un centro de rehabilitación o a cualquier miembro de la policía de graduación superior a teniente. Usted no sabía esto, Hecker: el Consejo de Manipulación hace tiempo que controla al cuerpo de policía. De hecho, ha estado trabajando para ellos.

—No lo sabía —dijo Hecker, levantándose—. Todavía no estoy seguro de poder creerle.

—Reflexione sobre todo lo que le ha estado ocurriendo —dijo el chino—. Haga un examen de sí mismo y de sus sentimientos. Entonces, decida.

Hecker miró a Jane. Ella le sonrió serenamente.

—De acuerdo —dijo, y se sentó junto a ella.

EL MAESTRO DE ALTAMIRA

STEPHEN BARR

Los arqueólogos han dado diversas interpretaciones a las sorprendentes pinturas de Altamira y al arte rupestre en general, y casi todos coincidían en atribuirles un carácter mágico-evocador: al reproducir las imágenes de los animales en la pared de la cueva, se los conjuraba para propiciar su captura. El relato que sigue se basa en esta hipótesis.

Recientemente, sin embargo, los especialistas se inclinan más por una interpretación didáctica y artística, que, precisamente por ser la más obvia, hasta ahora no se había tomado en consideración: los cavernícolas pintaban animales para que los cazadores neófitos aprendieran a conocerlos..., o por la sencilla y muy buena razón del hecho que les gustaba pintar.

* * *

En el interior hacía aún mucho fresco, casi frío, y estaba empezando a llenarse de humo a causa de la lámpara de grasa. Alcanzaban a oler la primavera que entraba del exterior como una templada brisa.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —preguntó un hombre viejo.

—Así hace animales —contestó el hijo más fuerte.

El que estaba pintando no prestaba atención. Una ligera ráfaga de aire que olía a tierra mojada hizo oscilar la pálida llama de la lámpara de piedra, y la puso a su lado izquierdo para ampararla. Una de las mujeres se levantó buscando mejor sitio para ver.

—Él hace los animales y entonces nosotros, los cazadores, salimos de la cueva, y los animales están ahí —dijo el más fuerte de los hijos.

Otro de los jóvenes gruñó:

—Él no sale a cazar.

El pintor no escuchaba. Dejó en el suelo el húmedo terrón de ocre que tenía en la mano y recogió un trozo de cinabrio que metió en la grasa contenida en el hueco de un pedrusco caliente.

—Pero, ¿por qué sigues haciendo eso? —repitió el viejo.

—Cuando los pastos de la primavera estén altos —dijo el hombre joven—, los animales se irán de este sitio. Los que él está haciendo y los que hay fuera. Entonces él tendrá que venir con nosotros.

—En mis tiempos... —dijo el viejo.

Una mujer exclamó:

—¡Shush! Tus dientes cayeron, abuelo.

—Cállate tú —gritó el más fuerte de los hijos—. ¡Bruja! ¡Cizaña! —Dio un salto y la abofeteó. Ella se rió y fue hacia él. Era su medio hermana y pronto sería su compañera.

El pintor dejó el pedazo de cinabrio en el borde de la piedra caliente y se limpió en el muslo la mano derecha. Luego tomó la lámpara y la levantó sobre su cabeza, permaneciendo de espaldas. Los grandes omóplatos del bisonte tenían un ardiente rojo de cinabrio. Los pies delanteros de la res, los pequeños cascos, estaban en recíproco equilibrio. Arriba, hacia el final de la cueva, había un espacio en blanco en la pared. Se dirigió hacia allí y se puso a observarlo. Luego volvió con sus colores y grasa caliente.

Un hombre joven comentó:

—Esto no parece un bisonte: sólo tiene tres patas. ¿Dónde está la otra?

El hijo más fuerte dijo:

—Éste es un bisonte con tres patas; podremos atraparlo fácilmente. —Miró por encima del hombro, a los demás—. Miren: él los hace así para que podamos cazarlos.

—A veces están de una forma que tienen tres patas —expuso el pintor—. Como pasa con éste.

—Es una gran magia —dijo una mujer vieja.

—Hace animales —comentó el hijo más fuerte—. Esto no es magia. Los animales están ahí cuando salimos.

—Me gusta hacer esto —puntualizó el pintor.

Un hombre que estaba sentado en la boca de la cueva y tenía un martillo de granito sobre las rodillas, dijo, sin volver la cabeza:

—Vienen dos hombres.

Acto seguido, se levantó del montón de helechos secos. El hijo más fuerte dio un silbido y todos se quedaron inmóviles. Luego fue hacia el hombre que estaba vigilando y se puso a escuchar con él. En la cueva, las mujeres que tenían hijos los llevaron hacia dentro. El

pintor añadió con la mano algo de grasa derretida. La lámpara chisporroteó y llameó con más fuerza.

—¿Quiénes son? —preguntó con calma el hijo más fuerte al observador—. ¿Alcanzas a olerlos?

Se volvió a mirar al hombre joven e hizo el gesto de disparar con un brazo. Sin apartar los ojos de la boca de la cueva, recogieron sus proyectiles y fueron todos hacia él.

El observador dijo:

—Quizá sean los dos hermanos, los que expulsaste. Llevan carne de oso..., es demasiado fuerte. No puedo saberlo aún...

—¿Qué pasa? —preguntó el viejo.

—¡Shush! —dijo una de las mujeres al tiempo que le golpeaba en la cara.

Se oía desde el fondo de la cueva el gotear del agua calcárea y los sibilantes susurros que las madres hacían para aquietar a sus hijos. Ninguno de ellos hacía, sin embargo, ningún ruido comprometedor.

El pintor había puesto su lámpara sobre un saliente y ahora miraba hacia la abertura con las manos colgando a los lados del cuerpo. Una vez miró de reojo hacia su trabajo.

Fuera, los hombres jóvenes estaban en pie, olfateando el aire con las narices distendidas, mientras su cabeza se movía ligeramente de un lado a otro para captar el rumbo de los que se aproximaban. El observador dijo:

—Ahora sí los huelo; son los hermanos.

Los hombres salieron en silencio y se adentraron en la oscuridad; era imposible ver dónde estaban. Eventualmente, algunos de ellos se hallaban a medio camino hacia los árboles cercanos, otros arriba, frente a la roca, al cuidado de la gruta. El pintor había vuelto a su trabajo. Estaba dibujando pequeños uros en el trozo de pared que aún quedaba libre.

—¡Carne de oso! —exclamó—. ¡Ah!

Los dos hombres que llevaban el oso no se escondían, sino que andaban con naturalidad, sin preocuparles el ser vistos. Al llegar al límite del círculo de luz que rodeaba la cueva, se detuvieron. Uno de ellos dejó salir ruidosamente su aliento al dejar caer el cadáver.

—¡Un regalo! —gritó. Se hizo el silencio.

—¿Por qué? —dijo el más fuerte de los hijos. Y hubo otra pausa. Los recién llegados hablaron entre sí en voz baja durante un momento.

—No llevamos piedras. ¿Podemos ir a la cueva?

—¡No! Dejen el regalo y vuelvan mañana con la luz del sol.

En la cueva, el hombre viejo preguntó:

—¿De qué están hablando?

—¡Te dije que callaras! —exclamó la mujer. Dejó de abofetearle y le dio un manotazo en la boca. El viejo sonrió y movió la cabeza. El pintor seguía con sus uros, con el entrecejo fruncido y los ojos entornados.

—Esto es un amuleto prodigioso —dijo la mujer vieja. Estaba completamente ciega y no podía ver las pinturas.

Fuera, los hombres del oso empezaron a cargarlo de nuevo sobre sus hombros.

—¡Dejen la comida! —les gritaron.

—Queremos ver los animales que ése ha hecho.

—¡No! Son nuestros; no los verán.

Entonces se oyó el impacto del oso al desplomarse sobre la hierba.

—¿Mañana? ¿Con la luz del día?

—Pueden venir a la luz del día a la cueva, pero no verán los animales. Son nuestro amuleto.

El pintor salió a la boca de la cueva con la lámpara en una mano y un trozo de carbón en la otra.

—¡Callen! —gritó—. ¡Niños! ¡Viejas sin dientes!

Volviéndose hacia él, el hijo más fuerte y el observador le lanzaron una mirada feroz, enseñándole los dientes. Los dos de la comida observaban todo esto con atención. Luego miraron disimuladamente sobre su hombro y después de nuevo a los otros tres.

El observador puso su mano sobre el brazo del hijo más fuerte y acercó la boca a su oído.

—Han llegado más —le susurró.

Los dos hombres dejaron el oso y se adelantaron hacia el resplandor de la lámpara de pedernal. Llevaban hachas de obsidiana colgadas de sus muñecas con cuerdas de tripa. El pintor vio todo esto y dijo:

—Los animales son míos —y volvió a meterse en la cueva.

Nadie se movía. Los recién llegados permanecían confiados y sonrientes, con la espalda encorvada. Pasaban los dedos sobre los mangos de sauce de sus hachas, mirando primero a la cueva y luego a los oscuros bosques. Un débil ruido llegó del otro lado del claro.

—Tenemos que ver los animales —dijo uno de los recién llegados—. Ya no encontramos nada en las colinas. En esta cueva está todo el juego. No se nos deja nada.

El observador empezó a volver la cabeza hacia el lugar de donde había llegado el leve ruido. El hijo más fuerte aún estaba de pie, con los ojos fijos en los hermanos, intentando olfatear el nuevo olor, pero el que llegaba del oso era demasiado fuerte. El primer alcanzado fue el observador que quedó con la garganta abierta.

Algunos de los jóvenes corrieron rápidos a la boca de la cueva, pero la mayoría de ellos esperaron cuanto pudieron para caer sobre las espaldas de los hombres que llegaban de lo oscuro. Las mujeres amontonaban frente a la gruta brazadas de helechos encendidos. Sus cabellos estaban chamuscados, y ellas marcaban un ritmo loco con sus gritos. Nadie prestó mucha atención al fuego. El hijo más fuerte levantó a un hombre con sus brazos y le lanzó contra el suelo, y volvió la cabeza y mordió a uno de los hermanos que se lanzaba gritando hacia él con una piedra afilada y la boca sangrienta. Había ahora una gran cantidad de esos hombres.

Algunos de ellos, los rapaces, estaban en la gruta. Muchos de los niños habían sido ya muertos, y ahora miraban a las mujeres. Cuando hacían eso, se apoyaban alternativamente en una y otra pierna y presentaban una cara completamente exánime. Muchas de las mujeres, con sus hijos muertos en brazos, tenían la boca abierta y los ojos apretados. Cerca de la boca de la cueva, el hombre joven que se había quejado del pintor estaba intentando aguantar con las dos manos la muñeca de un hombre enorme y casi imbatible. Había creído que podría con su terrible adversario.

Uno de los que había entrado en la cueva, preguntó:

—¿Dónde están los animales?

El viejo señaló el muro: era demasiado débil para tener miedo. El merodeador miró a la pared, buscando carne seca colgada, o grietas. Se volvió furioso hacia el viejo.

—¡Los animales! ¡Los que el mago tiene aquí! ¿Dónde están?

Mató al hombre con su hacha de obsidiana antes que éste le pudiera responder.

Se volvió y miró de nuevo al muro, abriendo las ventanas de la nariz al llegarle el olor de la grasa. Se abalanzó y olfateó las gruesas líneas del dibujo. El ocre seco le hizo estornudar y debió apartarse de la roca. Volvió a mirar y tensó sus músculos. Le llamó la atención el rojo cinabrio del bisonte y se inclinó hacia delante para probarlo con el dedo. Miró fijamente la yema de éste y otra vez a la pared. Luego fue de nuevo al cuerpo del viejo y volvió a machetearlo.

Un grupo de hombres entró en la cueva llevando al pintor, que forcejeaba y trataba de soltarse.

—Aquí está el que hace los animales —dijeron—. ¡Dinos dónde están!

Le alzaron para tirarlo al suelo con fuerza. Luego miraron las paredes de la cueva. Sus ojos no alcanzaron a distinguir las líneas coloreadas de la pintura. Uno de ellos exclamó:

—Debe tener un talismán.

Otro que estaba cerca del cuerpo del pintor le dio la vuelta con el pie.

—No —dijo—. No tiene ninguno. No tiene ningún amuleto.

El primero exclamó:

—Sabía que era mentira. ¡Vámonos!

Faltaba casi una hora para la salida del sol, cuando se fueron, llevándose con ellos a las mujeres que estaban aún vivas. Volvieron por entre los bosques primaverales, recogiendo al pasar la carne de oso. Cruzaron por los pantanos y vadearon un río que había allí entonces. Por fin, ellos y su griterío se perdieron en la espesura de la selva al otro lado de las distantes colinas.

En la cueva, se apagó la llama de la lámpara de pedernal. Por un momento, un destello de sol, hizo centellear la grasa que se helaba en el rubicundo lomo de un bisonte.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar